



A. R. Cid

Coquetas ♡

El cóctel perfecto de humor, amistad, deseo y pasión.
¡No te lo pierdas!

Coquetas

A. R. Cid



A. R. Cid

Copyright © 2024 A. R. Cid

Copyright © 2024
A. R. Cid Todos los derechos reservados

Los eventos descritos en este libro son ficticios. Cualquier similitud con personas reales, vivas o muertas, es una coincidencia y no ha sido intencionada.

Ningún fragmento de este libro puede ser reproducido, almacenado en un sistema de recuperación o transmitido de cualquier forma o por cualquier medio, electrónico, mecánico, fotocopiado, grabación o de otro modo, sin el permiso expreso por escrito de la autora.

Si quieres leer mis libros están a buen precio y escribirlos ha llevado trabajo, valóralo... NO a la piratería.

Ilustración portada: Mazo
Diseño de portada: A. R. Cid
Editor: A. R. Cid

*Para todos esas personitas que, en algún momento de su vida, sintieron que necesitaban escapar.
Nunca creas que es el final, caerse es necesario para levantarse con más fuerza.
También una mención especial a mis tres preciosas lectoras cero: Mónica, Sara y Tessa.
Gracias por estar ahí cuando se os necesita.*

Contents

[Title Page](#)
[Copyright](#)
[Dedication](#)
[Mónica](#)
[Creación literaria](#)
[Sara](#)
[Tessa](#)
[Ana](#)
[Mónica](#)
[Ana](#)
[Ana](#)
[Capítulo 1](#)
[Capítulo 2](#)
[Capítulo 3](#)
[Capítulo 4](#)
[Capítulo 5](#)
[Capítulo 6](#)
[Capítulo 7](#)
[Capítulo 8](#)
[Capítulo 9](#)
[Capítulo 10](#)
[Capítulo 11](#)
[Capítulo 12](#)
[Capítulo 13](#)
[Capítulo 14](#)
[Capítulo 15](#)
[Sara](#)
[Tessa](#)
[¿Final?](#)
[Agradecimientos](#)

Mónica



Nunca pensé que acabaría como un personaje de libro, la verdad. Pero ahí está ella, arreglándose para salir con otras tres locas. Tres locas ficticias que salieron de las mentes de tres grandes mujeres.

«Espero que no haga nada que yo no haría...», pienso mientras inspecciono mi creación de reajo. Juraría que puede leerme la mente cuando, con una sonrisa traviesa, suelta:

—Como si eso fuera posible.

No me queda otra que, rodar los ojos, y suspirar. ¡Maldita sea! Es un puñetero calco mío. Será mejor que os deje con ella...

Creación literaria

Si te digo la verdad, ni siquiera tengo idea de lo que estoy haciendo. La mayor parte del tiempo me escudo tras los libros, pero en este momento estoy enfrentando un espejo que me dice que, la mujer que veo reflejada, va a triunfar esta noche. ¿Te lo puedes creer? Mis consoladores están rezando para que eso sea cierto y así les dé unas vacaciones.

¡Desagradecidos!

Con lo bien que los cuido...

De todos modos, eso sería un cambio agradable. Encontrar un hombre que me dé exactamente lo que quiero sin que tenga que darle instrucciones. ¿Qué soy? ¿Un mueble de Ikea?

En fin, ya que he comprado ropa interior nueva, será mejor que alguien me la arranque del cuerpo. Las bragas de Pokemon se quedan en el cajón por el momento...

¡Uy! Las chicas ya están aquí. A ver qué nos depara la noche. Ojalá sea una movidita... Ya me entendéis...

Sara



No me lo podía creer, tras una interminable lluvia de ideas por chat con estas tres locas que sólo conocía cibernéticamente... ¡Pluf! Surge la idea de plasmar nuestras excéntricas personalidades en un libro tan loco como las cuatro amigas empoderadas que narran sus experiencias:

—A ver Sara, no te enrolles que tenemos que escoger modelito para esta noche y sabes que O-D-I-O llegar tarde, además hoy me toca conducir y hay que ir con tiempo —protesta mi Sarina literaria.

—Di tu algo, a este ritmo tu armario me va a abducir de la cantidad de ropa que tienes. Aunque ya sabes que, estas curvas tienen un límite, así que algo que no nos marque las carnes serranas que gastamos sería lo mejor.

—¡Que sí pesada! Esta falda con la blusa roja está genial y los tacones son perfectos. Maquillaje natural, pelo suelto y, sin olvidar, ¡las gafas! Sino la armamos seguro... —comenta mi clon con una orgullosa sonrisa.

—¡Pues listo! A pasarlo bien con las chicas y, a poder ser, sin percances, que siempre la acabáis liando.

—¡Qué cosas tienes! Me marcho que ya es hora. Sólo espero no tener que sacar la pala del maletero. ¡Mañana te veo!

¡Besos!

Tessa



Siempre he pensado que las ideas improvisadas dan resultados geniales... Aunque, supongo que, a estas alturas, ya sabéis cómo surgió todo. ¿Mi personaje? Una psicóloga un poco chiflada, pero simpática como la que más...

Este es nuestro bebé literario y nosotras las protagonistas, ¿qué os parece?

Aquí encontraréis una historia totalmente ficticia, pero a la orden del día. Vale, nuestros personajes tienen algunos añitos menos (al menos el mío), pero eso son detalles insignificantes.

¿Ahora queréis saber mi edad? ¡Os j...!

—¡Que no les voy a decir mi edad! Apenas rozo los... —gruño, tapándome la boca con rapidez.

—¿Le podemos contar cuando al vecino se le cayeron los calzoncillos en el tendedero? Rezábamos para que bajase en bolas a buscarlos...

—¡Calla! Esas cosas no se pueden contar... —replico con mirada pícara.

¡Fuera gafas! Vamos a por las lentillas, adentrándonos en esta historia en la que, en quince minutos, debería tocar la puerta de una locuela... ¿Llevo el vino? Sí, bien. Repaso obligatorio del bolso: las llaves, el móvil, el desodorante, toallitas... maquillaje, y un par de bragas (que nunca vienen mal, ¡por lo que pueda pasar!). Pero lo más importante, incluso más que las bragas, ¡una botellita de aceite de girasol!

¿Queréis saber por qué es imprescindible?

Acompañadme y veréis.

Ding dong.

¡Chicas! ¡Ya llegué!

Ana



Dicen que la risa es la mejor medicina y precisamente eso es lo que vais a encontrar. Mucho humor, amistad y deseo, porque al final el cántaro va tanto a la fuente que se mojó...

—Que no les voy a contar lo de la oficina... ¡Shh!

Perdonad que alce la voz, pero durante semanas nuestras creaciones fueron ganando fuerza y, últimamente, tratan de imponerse. ¡Como si tuvieran algún poder!

Aunque, pensándolo bien, es posible que se os caliente el cuerpo, os salten las lágrimas y os entren calenturas.

Si os sucede alguna de estas cosas no es preciso que acudáis a vuestro doctor, ¡yo tengo la solución!

Síntomas:

Risas descontroladas, dolor de barriga y quedarse sin aire.

Remedio:

Echarle la lengua al mirón que te juzga envidioso desde la esquina.

Síntomas:

Humedades varias, boca seca, respiración pesada e hipersensibilidad labial inferior...

Remedio:

Recuerda que las pilas triple A duran mucho mucho tiempo.

¡Nos vemos!

Mónica

Romántica y Perversa, ¡presente!



No recuerdo la vida antes de mis tres locas, pues siempre que las necesito ahí están, sin preguntas ni críticas, solo un hombro en el que apoyarme y palabras de aliento. No importa el tiempo o la distancia, el lazo que nos une va más allá.

¿Cómo sé que siempre estaremos juntas? La prueba de fuego fue el día de la gran vomitona, un momento que pasaría a nuestra historia y que tiende a salir a colación cada vez que tenemos una cerveza en la mano, o un agua en caso de Anita...

Bueno, mientras espero la llegada de estas tres os haré un resumen de lo acontecido:

Noviembre, frío, lluvia y una gran noticia. ¡Sara había conseguido el trabajo! Aunque cualquier excusa es buena para quedar, ese día decidí hacer un banquete digno de reinas como nosotras para pasarnos la noche de risas y con el estómago bien lleno.

Tras más de tres horas en la cocina y con pelos de loca, di por concluida mi gran labor y me

dispuse a adecentarme. Hasta ahí todo bien.

Llegaron, saltamos, reímos, la puteamos un poco y a comer. ¿Nada raro?

El problema llegó mientras Teresín nos narraba con pelos y señales lo mal que lo pasó con su último ligue. Aquí haré un inciso, no puedo evitarlo: chicos, el sexo es importante y la lengua puede ser un gran complemento. Sí, el mete-saca es divertido, pero existen más formas para complacer una mujer y, desde luego, ponerse nervioso y ponerte a pedir perdón por haberte corrido no es la forma correcta.

No sé cómo hago que siempre me voy por las nubes.

El caso es que, entre copa y copa, las risas fueron degenerando y, entre gritos, nos dispusimos a narrar esos momentos de intimidad en los que nos habría gustado que la tierra nos tragase. Desde don condón, que por pedir una XL estaba dispuesto a que su polla bailase dentro de este o al lagrimillas, que por los sonidos que emitía al eyacular parecía que lo estuvieran torturando.

Casi recuerdo la conversación a la perfección, perdonad si cambio alguna que otra palabra:

—¿Con calcetines? ¿No se los quitó en ningún momento? —preguntó Ana, tapándose la boca mientras sonreía.

—Sí, mujer, sí. El tío todo empalmado y como dios lo trajo al mundo, si ignoramos los calcetines rojos con un reno a cada lado. ¡Ni siquiera estábamos en navidad! —exclamó Teresín casi sin aire, apretando los labios al terminar. Sus mejillas sonrojadas y la forma en la que contenía el aliento debió darnos una señal de que algo iba mal.

—Tiene que ser lo más anti-erótico que exista —intervine yo.

—¿De verdad? Imaginad que estáis súper excitadas y os pide que le dejéis que os chupe el dedo gordo del pie —acotó Sara, el escalofrío que la zarandeó nos hizo esbozar una mueca divertida.

—Mientras no se lo tuviera que chupar yo... ¡Eso tiene que oler a queso! —exclamó Anuska.

—¿Queso? Llevaba tenis y había estado toda la noche trabajando. No imagináis a qué olía, pero agradable no era. Eso no es un fetiche, es una salmonela en potencia —aulló Sara completamente indignada.

—¡Exagerada! —rebatí Ana, saltando sobre ella y envolviéndola desde atrás.

¿Lo raro? Que Teresín estuviera tanto tiempo en silencio. La miré preocupada, más cuando se tapó la boca con ambas manos y se puso en pie como si quisiera hacer un simpa, ahí comprendí que era algo serio.

—¿Estás...? —traté de preguntar, no tuve tiempo a más.

La pota salió con tanta brusquedad que sus dedos se vieron incapaces de contenerla. Un mejunje asqueroso era lo que quedaba de tan maravillosas creaciones culinarias. Todas saltamos lejos de su rango de acción, aunque no estábamos muy lúcidas y nuestros reflejos estaban tan ebrios como sus dueñas.

Salté, tropecé con la mesa, me hostié y me levanté con la dignidad de una reina. ¿El resultado final? Mi pantalón algo salpicado, culo y costado dolorido, y un suspiro aliviado. ¿Lo que no se podía prever?

El sonido me hizo girarme asustada, los ojos de Anuska estaban fijos en la escena, su tono ceniciento y yo gritando:

—¡No! ¡Todas al baño!

Fue tarde, tan tarde...

—No puedo ver a nadie vomitar o... —logró balbucear Anuska.

Y ahí Sara y yo tratando de sujetarles el pelo, guiarlas por el camino correcto e ignorando las cálidas y grumosas salpicaduras que se adherían a nuestros, hasta entonces, hermosos conjuntos. El plan de salir ya quedó descartado. Por mi parte, en lo único que podía pensar, era en que

necesitaba un chubasquero y un paraguas nuevo.

—Dile que pare ya... —suplicó Ana, tomando la preciosa ensaladera de cristal y usándola como retrete mientras giraba rumbo al salón para evitar mirar el espectáculo.

—¡Me habéis envenenado! —nos acusó Teresín con el poco aire que logró reunir.

—Si lo sé no me esfuerzo tanto... —rumié cansada.

—¿Qué cojones le habéis echado a la lasaña! Aquí salen cosas muy raras. Dios, se me queda pegado al paladar —describió Teresín, demasiado bien para nuestro gusto.

—¡Calla! —bramó Ana.

—¡Y un cojón! ¡Las estoy pasando putas!

—¿Y yo no? —Ana jadeó y, sin ningún tipo de contención, abrió el grifo de la cocina y metió la cabeza debajo. El agua fría logró atemperarle el estómago, sin embargo, el sonido que llegaba del servicio avecinaba tormenta.

—¡Me pudro! ¡Me estoy descomponiendo y vosotras no me estáis ayudando una mierda!

—¿Qué quieres que hagamos? —inquirió Sara, dándole manotazos a un trozo de pasta que se había aferrado con desesperación a su falda. Su mueca, que me llegó a la perfección gracias al espejo del pasillo, era todo un poema.

—¡Matadme! ¡Te...ned compasión!

A excepción de Ana, que se tumbó en el sofá con unos cascos y aguardó a que amainase la tormenta, el resto nos congregamos en el servicio. A turnos, tratamos de ayudar a Tessa, aunque casi la matamos cuando nos contó que era intolerante al aceite de oliva. ¡Al aceite de oliva! ¿Cómo se puede ser intolerante al aceite de oliva? Eso debería ser su tarjeta de presentación:

—Hola, soy Teresa y, si me das una gotita de aceite de oliva convertiré lo que tenga en el estómago en un arma de destrucción masiva que os lanzaré sin ningún tipo de contención. Es más, creo que podría ganar guerras con un par como ella.

A pesar de todo, eso no nos impidió sufrir con ella y apoyarla, porque para eso estamos, para comernos las mierdas juntas y despellejar a quien ose mentar a otra de malas maneras.

¡El timbre! Nos vemos en otro momento y os cuento más.

Ana

Paciencia cero



Tras hablarlo durante horas, con un vaso en la mano y alguna que otra anécdota por el medio, hemos llegado a una conclusión que nos cambiará la vida para siempre.

¿Queréis saberlo?

Pues os jodéis y esperáis un poquito pues, para conocer el final de una historia y comprenderlo, debemos remontarnos a una semana antes. Poneros en antecedentes será una ardua tarea y, para ello, cuento con tres pepitos grillo que no dejan de gritarme al oído y robarme el bolígrafo.

¡Que sí! Pondré que besa con demasiada saliva y que el otro tiene una almorrana que... ¿Qué?

¿No era eso? Entonces os calláis y me dejáis continuar, pedazo de pesadas.

Como iba diciendo... ¡Ah! ¡Sí!

Todo comenzó hace exactamente seis días y doce horas. ¿Muy preciso para vosotros? Una noche en la que el plan era salir a cenar y de fiesta, en la que tiramos la casa por la ventana y nos

vestimos para matar, para que cuantos nos vieran comprendieran que no estábamos a su alcance. Sexys, independientes, locas y completamente libres.

Dejamos atrás los prejuicios y la vergüenza, aferrándonos a esa necesidad de vivir que todas, por algún motivo, sentíamos. Juntas, siempre juntas.

Yo seré la narradora de esos momentos en los que estábamos todas, mas, como comprenderéis, en ocasiones solo las protagonistas pueden narrar su historia.

—Teresín, ¿de verdad crees que es una buena idea? —pregunto a la desesperada, temiendo demasiado las manos en las que puedan caer tan íntimas confesiones.

—Leí que era bueno sacarnos de encima todo lo que nos preocupa... —argumenta ella.

—Pues, en las series que yo veo, lo último que recomiendan es dejar pruebas que puedan ser usadas en nuestra contra —canturrea Sara con una mueca siniestra en el rostro.

—¡No vamos a cargarnos a nadie! —grito con voz aguda, dejando el portátil a un lado y cruzando los brazos—. Debes aprender a perdonar.

—Trató de metérsele por los ojos... —refunfuña Sara.

—Yo diría que por la bragueta.

—Mónica, no metas más cizaña.

—¿Qué? ¿Me vas a decir que no trataba de seducirlo? Solo le faltaba subirse la falda, poner el culo en pompa y dejar que la montasen.

—Puede que no fuese precisamente sutil —reconozco—. Sigo considerando que no es motivo suficiente para cavar un hoyo y deshacernos de su persona.

—¿Por qué no? —pregunta Sara de morros.

—Nos detendrían —numero, sin más argumentos que ese. ¿Desde cuándo soy tan sádica?

—No si lo hacemos bien —expone Sara, por su gesto juraría que ya tiene la lista mental de todo lo que precisaríamos en caso de optar por esa solución que, desde luego, sería definitiva. ¡Quién nos escuche!

—¡Suficiente, atajo de locas! Ya que he aceptado redactar nuestra historia al menos dadme cierta libertad para pensar cómo soltarlo sin que acabemos todas en un manicomio.

—Mientras los enfermeros estén buenos...

—Mónica, de verdad, ¿cuántas veces tendremos la misma discusión? Lo importante no es que estén buenos, sino que sepan usar lo que les ha sido dado.

—A ver Teresín, si me ponen a un tío bien hecho y me dejas usarlo... no te preocupes por él, ya me divierto yo sola.

—¿Y de que te sirve sí, tan pronto le montes, se corre! Eso sí que sería una putada.

—¿Lengua? —Enumera Mónica con evidente interés y bajando el rostro, parece haber pensado mucho en eso.

—Si yo te contase... He tenido hombres caracol y chihuahua.

—Lo de caracol puedo entender, pero ¿lo otro? —comenta Sara.

—¿No lo sabes? —inquirimos las tres a un tiempo. La verdad es que tenemos tiempo más que suficiente para este inciso. Todavía me parto de risa solo con imaginarlo y, ver gesticular a una indignada Tessa mientras se traga la mala hostia que todavía siente al recordarlo, es algo impagable.

—¡Yo se lo cuento!

—Shh —le pido a Mónica mientras miro a Tessa y le hago un gesto—. El escenario es todo suyo.

—Empezaré describiendo al tipo —comienza Teresín, sacándose la chaqueta y levantando las solapas de la blusa que lleva. Se pone las gafas de diadema y achica los ojos—. Un dato

importante para que podáis comprender que acabase con él es que me puse las lentillas y, a mitad de la noche, perdí una. ¿Conclusión? Mi mente prodigiosa decidió igualar la situación y me quitó la otra. Esa noche yo era el bombón, porque estoy para comerme, topo.

—¡Si la última vez te comiste el sofá y te caíste encima de la madre de Mónica! —exclama Sara. Tessa se encoge de hombros.

—¿Qué quieres? Tampoco perdí una a propósito. Cosas que suceden...

—A eso sí que se le llama cita a ciegas. —No puedo evitarlo, de verdad que no puedo. El comentario sale solo y agrego (de perdidas al río)—: ¿Os imagináis la mañana siguiente en Mordor?

—No será para tanto... —susurra Sara.

—¡Ja! Yo vi las fotos —señalo acusadora el teléfono que descansa sobre el mesado de la cocina. Todas corremos, Sara es la más rápida y lo esconde a su espalda antes de que Teresín pueda arrebatárselo—. Junio, ¡busca en junio!

—¡No te atrevas!

Agarro a Tessa por detrás en un abrazo de oso y beso su mejilla con cariño al tiempo que ella se rinde avergonzada.

»Tenía una voz grave impresionante y fue todo un caballero —prosigue en su defensa, aunque sin mucha convicción.

—¿Y yo cómo no me entero de estas cosas? —nos interroga ofendida Sara, tras abrir los ojos asustada y girar la pantalla en nuestra dirección—. ¿Este? ¡No es posible! ¡Dime que no!

—Lo importante no es el físico...

—Ya estás desembuchando y rapidito —ordena Sara, mandándose la imagen antes de que la pillen.

—Ahora que le has visto comprenderás mejor mi interpretación que, no solo se basa en los pequeños, casi inexistentes, ojos que se esconden en su cara. Tampoco en los pelos de hombre recién electrocutado ni en que apenas tuviera carne para sostener los huesos del cuerpo —exagera Tessa con evidente placer.

—¡Me niego a creer que palpando no te dieras cuenta de que era un hueso gigante! —comenta Mónica de nuevo en la eterna pregunta, ¿hasta qué punto no sabía cómo era físicamente?

—¡Que se vendió muy bien! Besito aquí, te invito a una copa, eres preciosa...

—Vamos, que lo que te gusta es que te doren la píldora y la barra libre —resume Sara.

—¿Me dejaréis terminar?

—Si te lías tú sola —echo más leña al fuego.

—Rápido y sencillo. Cuando ya estoy en pelotas, caliente como una mona y con las vergüenzas fuera, el tipo se quita el pelo. ¡Se quita el pelo! Parecía una rata recién esquilada. ¡Si te pones pelo postizo al menos que sea realista!

—Realista era o habrías sospechado... —la pica Sara.

—¡Que no veía nada!

—Había que estar ciega para no ver esa escoba a una canica pegada —comento, tomando asiento para una de las mejores representaciones de la historia pues, a pesar de lo que pueda parecer, esto no es una pelea, sino uno de nuestros interminables debates en los que nos burlamos de nuestras grandes cagadas mientras disfrutamos de la agradable compañía.

Bueno, reconozco que, de vez en cuando, vuelan los cojines, pero ¿a quién no le han dado de lleno mientras se descojona?

—Ahí me aferré a mi mantra de que lo importante está en el interior para no coger mi ropa y largarme.

—Más testaruda que una mula —comenta Sara—. ¿Tanto te costaba reconocer que la habías cagado y largarte por patas? Si seguía buscando en el interior te ibas a quedar solo con el esqueleto. Dime que la polla, al menos, no era de pega.

—Bueno...

—¿Cómo que bueno? Explícate antes de que me dé un ataque.

—¿Habéis visto a dos chihuahuas copulando? Parece que les ha dado un ataque epiléptico y están a punto de palmar. Ahora imaginaros a un tipo que parece a punto del jamacuco, sudando la gota gorda, que parece que estás más concentrada en esquivar la lluvia que en el sexo, y bufando mientras temblequea.

—¿Temblequea? —inquiero, la historia mejora atendiendo al número de veces que se cuenta.

—Ni entraba ni salía, se mantenía en un mismo punto mientras hacía toda la interpretación.

—¿Vibraba? —sugiere Mónica.

—¡Ni hablar! He tenido vibradores más activos —nos corta Tessa, guardando silencio un minuto entero tras el cual—: Yo por si acaso, tras su final apoteósico, recogí y le dejé un papelito con el número de emergencias sobre la mesilla.

—Ni siquiera se despidió. Aprovechó a que el tipo se fue corriendo al baño y se largó —resumo.

—¿Qué querías que hiciera? Esquivé sus besos como pude, la idea de que tratase de compensarme... Buff, no quiero ni pensarlo.

Me voy a un lado para regresar a mi amada escritura y sonrío. Si de algo estoy segura es de que no vais a aburriros y de que, de algún que otro momento húmedo, no os libraréis.

Quizás ellas no sean conscientes, no obstante, en estas páginas descubriréis que, debajo de tanta locura y palabrotas, existen personas con miedos y sueños, con cicatrices y un pasado que, si bien no han logrado olvidar, sí superar como las guerreras que son.

Mis guerreras, mis compañeras de locuras, mis tres patosas enamoradizas con un gusto pésimo para los hombres.

(Que sepáis que el mío es el único que se salva).

En gustos nada está escrito.

Ana

El inicio de una gran amistad



¿Qué mejor forma de ponerlos en antecedentes que contar cómo nos conocimos? Ese momento tan mágico y aparentemente inocente que uniría nuestros destinos para siempre. En ocasiones, un mal día puede ser lo único que se necesita para encontrar la felicidad.

Las cuatro estudiamos en el mismo instituto, un lugar decadente creado para destruir la imaginación, ilusión, lívido... ¿Por qué? Porque acababan de pillarme dándome el lote con mi novio y la bronca fue monumental, que no digo que no tengan razón, pero si supieran lo mucho que estaba conteniéndome...

¿Tanto les cuesta entender que, con diecisiete años, las hormonas controlan la mayor parte de nuestras decisiones? (Por no decir todas.)

El caso es que me tocaba lidiar con una profesora de gesto huraño y el aula de castigo. El hábitat de los malotes que, de alguna manera, no era más que otro lugar en el que perder el tiempo,

como si eso fuera a cambiar algo...

Reconduzco que me pierdo.

El caso es que, tras una hora insulsa, mi humor no era ni mucho menos el mejor. Vamos, perfecto para encontrarme con un par de tías metiéndose con otra que estaba a nada de llorar mientras tiraban las cosas de su mochila y la zarandeaban. Yo misma sé lo que es que alguna zorra la pille contigo y ya llevaba encendida la sangre.

Sí, ya, debería aprender a controlar mis impulsos.

—Y yo que creía que las barbies lo único que sabían hacer era dejarse follar y pintarse los labios. ¿Ahora también le dais a las bandas? —comenté con ironía, acercándome sin prisa, pero con las pupilas clavadas en la cabecilla. Esa tonta de ojos saltones que se creía única por llevar un pequeño taparrabos que poco dejaba a la imaginación.

—Lárgate —escupió una.

—Eso, es hora de que cada quien aprenda cuál es su lugar —la secundó una pelirroja bastante gordita que escogió ser la que golpea antes que arriesgarse a la otra posibilidad.

—¿De verdad? —musité, achicando los ojos y tensando los músculos. Dejé caer mi propia mochila y cerré las manos, sin preocuparme porque estaba en inferioridad o la posibilidad de que, cualquiera de los tipejos que se las trajinaban, interviniera.

Tiffany, la cabecilla, aferró por el pelo a Yamile y la arrastró mientras esta trataba de ponerse en pie para evitar que sus cabellos se desprendieran. Se giró parcialmente para dedicarme una mirada victoriosa y... La bofetada la hizo caer.

¡Joder! Sonó tan bien que hasta me puse cachonda.

—¿Qué coño haces? —bramó Julia (la pelirroja), aunque no tan valiente como al principio y sin acercarse demasiado.

—¿No decíais que deberíamos poner a cada una en su lugar? La gente como vosotras tendría que besar el suelo que pisan los demás —comenté, al tiempo que me encogía de hombros. Naturalmente la valentía de algunas depende del número de combatientes que tengan de su lado y no tardaron en reponerse, dirigiéndose ambas hacia mí.

Si bien es cierto que lancé algún que otro puñetazo, también recibí y no tardé en moverme a la defensiva. Bueno, aunque a una ya le sangraba el labio y la otra se acariciaba la mejilla...

Fue entonces cuando noté cómo un brazo se cruzaba en mi cuello y apretaba. La angustia me cegó, traté inútilmente de soltarme e intenté tomar aire sin mucho éxito.

Qué despacio pasa el tiempo cuando sabes que la venganza va a ser cruel.

Lo único que me consoló fue ver cómo Yamile se ponía en pie y se alejaba, sin llegar a irse. Su mirada agradecida fue tan dulce que le respondí con una sonrisa altanera que esperaba que menguara la sensación de culpa que, seguramente, sentía por no intervenir.

¿Qué tiene que ver todo esto con mis loquillas?

Sara y Tessa compartían clase de filosofía y regresaban de la biblioteca de hacer un trabajo. Momento en el que, la primera, tras seguir lo que acontecía desde lejos, no dudó en participar en tan particular reyerta. Fue impresionante la forma en la que barrió con la pierna al inmenso jugador de baloncesto, obligándole a soltarme.

El chaval ni siquiera sabía de dónde le venían los golpes pues, si bien Sarina es más bien tranquila, una vez se enciende... Digamos que casi le rompen varios huesos y todavía debería dar gracias porque no pasó. Vale, quizás influya el hecho de que sea cinturón negro de Kárate...

—Alejémonos. No quiero que me salpiquen la chaqueta —comentó caritativamente Tessa, mientras me arrastraba lejos.

¿Mónica? Mónica era la chica que, mientras saboreaba un chupa chups, nos observaba desde la

zona de juego y que no dudó en, una vez nos llamaron a dirección, acudir a dar su imparcial versión.

Ese día nos ganamos el respeto de muchos y también el cariño de quienes se creían solos y desprotegidos, haciendo que nos uniésemos sin darnos cuenta. Es extraño cómo personalidades tan diferentes encajaron tan bien, aunque todas ellas poseen un corazón que no les cabe en el pecho...

No sé, ese día me salvé de acabar hecha trizas y descubrí que Tessa era la más imaginativa de todas. Aunque nadie sabrá nunca quién estuvo detrás del extraño olor que salía de la taquilla de los del equipo de baloncesto o de las pijas de clase.

¡Esas son mis niñas!

Capítulo 1

Ana

Caminar recto no es tan fácil como parece



Odio beber. Algo en mi organismo se niega a la ingesta sin control de alcohol y, justo por eso, han escogido esta noche para emborracharme. Aseguran que será inolvidable y de eso estoy segura.

—¡Ni de coña! ¡No me gusta el licor café! —protesto sin que me hagan el más mínimo caso, al contrario, ponen más empeño que antes en que sujete el chupito mientras Sara llena el resto.

—¿De verdad no quieres saber lo que se siente? Creí que tendrías algo más de curiosidad... —me tienta Mónica, conocedora de mi gran debilidad. Achico los ojos y le echo la lengua mientras acepto, al fin, dicho vasito.

«De un trago, venga, tú puedes y te dejarán tranquila».

No obstante, tan pronto mi lengua entra en contacto con dicha sustancia mi estómago se cierra,

negándose a recibir invitados indeseados. Lo intento un par de veces más y, tras comprobar que el resto ya ha terminado, me rindo.

—No puedo, es demasiado... ¿dulce? —presupongo, casi avergonzada.

—No importa, seguiremos probando —tercia Sara, llamando a la tranquilidad con esa forma que tiene de tratarnos. En el fondo envidio su paciencia y la abrazo con mimo, adorando la forma en la que nos hace sentir seguras con su mera presencia. Es nuestro faro, esa personita sensata que mantiene la cabeza fría en todo momento.

—La noche es larga... —insinúa Mónica, con ganas de portarse mal y, ¿por qué negarlo? Nos dejamos contagiar con gusto.

Nos vestimos coquetas y preparamos entre nosotras mientras me tienden una copa de vino rosado, asegurándome que es lo suficientemente suave para que mi “exquisito” paladar pueda tolerarlo. A traguitos, voy dejando que, tanto el alcohol como las sonrisas, fluyan.

Envuelta en un vestido de gasa negra que deja mi espalda al descubierto y crea un corsé en torno a mi cintura, me siento sexy. ¡Qué sencillo parece comerse el mundo cuando llevas las pinturas de guerra! Sin embargo, me aferro al brazo de Sara en busca de confianza mientras nos dirigimos al coche.

—Hace tanto tiempo desde la última vez que nos despendolamos —exclamo feliz, tomando el asiento más importante de todos dentro del coche, ¡el del copiloto! Esa personita imprescindible que debe saber dar, a tiempo y correctamente, todas las indicaciones.

—No te me echas atrás ahora —susurra Mónica en tono amenazante mientras se recoloca las tetas. Está espectacular.

—No tenía intención, ¿ya habéis decidido a dónde queréis ir primero?

—A comer, no podemos beber sin tener el estómago satisfecho —propone Tessa—. Hay varios restaurantes nuevos de los que me han contado maravillas. Dicen que, en uno en concreto, el espectáculo mientras te preparan la comida es brutal.

—¿En alguno te alegran la vista? —acota Mónica.

—No será un boys lo que tienes en mente, ¿verdad? —intercepta Sara, girando al cabeza mientras pone en marcha el vehículo—. La verdad es que no estaría mal como experiencia.

—¿Como experiencia? Ya, claro —suspiro, cansada de lidiar con mis propias emociones. ¿En qué momento acepté como compañero a mi dildo? Vale, es fiel como ninguno, pero echo de menos el calor de otro cuerpo sobre mío, las manos de un hombre aferrando mis carnes al tiempo que me domina. Quizás haya vuelto a la adolescencia, pero de pronto tengo unas ganas horribles de llegar y dejar que me seduzcan, no me importa si eso forma parte de la función, necesito sentirme especial.

—Bueno... Hay un restaurante de sushi en el que colocan estratégicamente la comida sobre el cuerpo de un hombre para que no sea vea nada, intuyéndolo todo —explica Mónica.

—¿Dirección? —salta Sara con voz de pito.

—¿En serio vamos a hacerlo? —pregunto emocionada.

—La paso por el grupo —replica Mónica.

Y así es como acabo dándole instrucciones para llegar. Mis ojos vagan impacientes por la pantalla del teléfono mientras trato de olvidar que ya no soy una niña. Tan concentrada estoy que, cuando percibo algo moverse ante mí por el rabillo del ojo, tardo un par de segundos en reaccionar.

Alzo la mirada con miedo, parpadeo y mi mandíbula cae. Si pudiera, en ese momento me habría teletransportado lejos, dejándolas solas con la bestia, mas estoy enjaulada y aúllo.

—¡Una araña!

—¿Qué? —se alzan varias voces.

—¿Dónde? —Sara reduce la velocidad.

—¡Ahí! ¡Joder! ¡Se ha girado! ¡Me está mirando! —exclamo.

—¿Cómo va a estar mirándote? —ruge Mónica, tan excitada como yo misma.

—¡Que sí! Es súper peluda, esta tiene que ser venenosa seguro.

—Anita, déjate de tonterías y aplástala —pide Tessa.

—¡Hazlo tú, no te jode! —abro la puerta sin recordar siquiera que estamos en marcha, Sara gira bruscamente y me mira furiosa.

—¿Qué coño haces?

—¡Que viene! —No puedo ver ni pensar, estoy al borde del colapso mientras veo la vida correr ante mis ojos. El peligro es real y está tan cerca... que me fundo con el asiento. Desesperada, me retuerzo, siendo amordazada por el cinturón de seguridad, que no comprende la seriedad de la situación—. ¡Sara! ¡Haz algo!

—¿Qué quieres que haga? ¡Yo eso no lo toco!

—Dale un manotazo o algo. ¡Para! ¡Para que me bajo!

—¡Ana! —Acabamos en un socavón, frenando por los pelos y completamente rodeadas de barro. No me importa cuando salto fuera, brincando de un lado a otro para evitar que los pies se me hundan en el fango—. ¡Vuelve aquí! ¡Sé madura y aplástala!

—¡Lo que no quieres es hacerlo tú! ¡Cobarde! ¿La has matado ya?

—Ana, no es para tanto. Ven, Tessa ya la ha cogido y la ha dejado fuera...

¡Ja! Si ha perdido todo el color y se mantiene en su esquinita en todo momento. ¡Le dan tanto asco como a mí!

—¿Fuera dónde? ¡Joder! —De golpe, acabo de comprender lo ridículo de mis acciones, sin embargo, no puedo evitarlo y regreso reticente—. ¿Seguro?

—Ya veo como nos protegerías del peligro... —canturrea Mónica divertida.

—Ponme a un ladrón y violador y sin problema, las arañas y resto de insectos... Es superior a mí. Chicas, ¡gracias por protegerme!

—¡Casi nos matas! —grita Sara, recolocándose la coleta y suspirando a continuación.

—No puedes enfadarte, ¿recuerdas? Soy adorable —suspiro, sentándome con cuidado y repasando cada centímetro del cubículo, sigo sin estar convencida—. ¿Y si ha tenido hijitos y hay cientos de ellas correteando por ahí, esperando a que me despiste?

En silencio, reanudamos la marcha, prometo que trato de concentrarme, pero juraría que me observan en todo momento.

—¿Derecha o izquierda? —pide Sara.

—Derecha —replico, sin apenas posar las pupilas en la pantalla del teléfono.

—¿Seguro? Esto no tiene buena pinta —murmura Sara, con unas ganas increíbles de comprobar por sí misma la ruta—. ¿Y si nos cambiamos y doy yo las indicaciones?

—¡Y una mierda! Vosotras me pedisteis que bebiera, a alguien le tenía que tocar ser el conductor...

—Y tenía que ser yo...

—No haber cogido la pajita más pequeña.

—¡La más pequeña! Si lo piensas resulta indignante... —sigue rumiando Sara.

—Será lo único pequeño que tengas hoy entre manos, ya verás. Si esta noche no ligamos os invito a todas a un balneario en el que nos saquen la tristeza de encima —propone Mónica.

—¡Decid que sí! —exclamo, girándome rápidamente al percatarme de que he bajado la guardia—. Creo que me estoy volviendo paranoica, pero juraría que algo se ha movido dentro de la

rejilla del aire acondicionado.

—¿Una serpiente o un cocodrilo?

—Tessa, te juro que hay algo ahí dentro.

—Dejaría de preocuparme tanto por lo que amenaza nuestra vida y más por no terminar completamente perdidas en uno de esos pueblos que salen en todas las películas de terror y en el que, la primera en morir, siempre es la rubia buenorra. Tessa, creo que estás en problemas —se ríe Sara, llamando nuestra atención.

¿Qué es lo peor que puedes encontrarte cuando vas de fiesta en un coche? ¿Desde cuándo hay un jodido e interminable maizal en esta zona? Juro por lo más sagrado que, por más que trato de no ponerme nerviosa, no lo consigo.

—¿A dónde nos estás llevando? ¿Planeas descuartizarnos para vender nuestros órganos? —Mi humor negro no les sienta demasiado bien, quizás porque, dado lo mucho que se ha estrechado el camino, no tenemos la opción de dar la vuelta, es más, incluso el asfaltado va desapareciendo poco a poco.

—A donde me has guiado. Joder, vamos a quedarnos atrapadas.

—Si toca caminar yo no voy con estos tacones —recalca Mónica, revisando la cobertura que, poco a poco, mengua a pesar de estar relativamente cerca de la ciudad.

—Si toca caminar no te vas a quedar atrás. No queremos encontrar solo un rastro de sangre al volver y un pendiente —interviene Sara.

—¿Un pendiente? ¿Por qué un pendiente? —interviene Tessa.

—¿En serio es eso lo que te llamó la atención? —pregunta Sara, con voz más aguda mientras me echo a reír y exclamo:

—¿No buscábamos una aventura? Esto es supervivencia en estado puro, ¿no creéis? Si nos atacan, todas a la de una. ¿Cuándo han podido vencernos?

—¿Con esta falda? Apenas consigo abrir las piernas, si tuviera que dar una patada algo se rajaría seguro —sigue protestando Mónica.

—¿Y para qué te la pones?

—Me hace un culo impresionante...

—¡Joder! El coche está botando. ¡Me va a joder la suspensión! —chista Sara.

—¿Has visto esas luces? —grito, señalando hacia la derecha.

—¡Lo que nos faltaba! ¡Ahora nos abducen los OVNIS! Que conste que no pienso permitir que me metan nada por el culo —bufa Tessa.

—¿Por el culo? ¿Por qué tendrían que meternos nada por el culo? —me intereso.

—Para experimentar, ¿qué otra cosa podría ser? Dudo que quieran follarnos.

—¿Por qué no? Hoy vamos monísimas.

—Te recuerdo que podrían ser pulpos interestelares —adivina Tessa—, o algún tipo de ente viscoso y repulsivo.

—Solo piensas en tentáculos —la pico.

—Y tú...

—¡Tessa! ¡Toma el relevo y dime cómo salir de esta!

—Sarita, ¿ves algún tipo de desvío o curva? Por el momento sigue recto y reza.

—Rezar no es lo mío, ¿puedes decirme al menos que nos dirigimos a un lugar seguro? —pide Sara.

—Bueno... Vas a reírte... —grazno, recargando la página una y otra y otra vez—. No tengo internet.

—¿Qué no qué!

—Venga... Antes o después encontraremos algo...

—Ana, ¡ni siquiera sabía que tenía esto al lado de casa! Esto es digno de Cuarto Milenio. ¿habéis visto la película Silent Hill? —rememora Sara, detestando la sensación agri dulce que le produjeron alguna de las escenas—. Lo último que querría es protagonizarla.

—¡Exagerada! ¡Es una auténtica obra de arte! —grito, optando por, ya que no puedes tranquilizarlas... ¿por qué no convertir el momento en algo realmente impactante?—. ¡Ahí! Creo que he visto a un tío entre el maíz.

—¿Qué dices? ¡No juegues con eso! —me amenaza Tessa.

—¡Que sí! Grande y rubio.

—Ana, como no pares te...

—Sara, de verdad, joder, ¡acelera!

—Menuda tontería... —suelta esta tartamudeando, aunque clava el pie en el acelerador de tal forma que todas saltamos por un bache y golpeamos el techo, es más, Sara se ve obligada a virar en redondo para permanecer dentro del camino. Mi risa se torna estridente y contagiosa, nerviosa y llena de histerismo—. Basta de tonterías. Ya... ¡Ahí! Creo que estamos saliendo del maizal y la carretera ha vuelto.

¿Ya están tranquilas? ¡Ja! Es más, no es por ser paranoica, pero juraría que hemos chocado con algo. Seguramente nos hayamos cargado un par de espigas.

—¿De verdad? Pues yo me apuraría pues juraría que el tipo está corriendo en nuestra dirección —chisto, tapándome los labios.

—¿Qué dices? ¿Está loco? No puede ganarle a un coche —piensa Mónica en voz alta, girándose en el asiento y tratando de ver más allá de la oscuridad más absoluta.

—A la velocidad que vamos no estaría tan segura... —recalco.

—Como no te calles y sigas poniéndonos nerviosas te dejamos en tierra —me amenaza Tessa.

—¿Cómo es? La gente está loquísima últimamente. A saber lo que quiere hacernos... —murmura Mónica.

—Es rubio, alto y delgado. Sus ojos son negros como dos botones, sus manos finas cual fideos y camina sujetando dos grandes palos, a modo de muletas, que le impiden tocar el suelo —describo.

Tessa es la primera en sospechar.

—¿Es... humano?

—Nop —jadeo sin aire, aunque también recibo tremenda colleja por parte de Sara, que se lleva la mano al pecho e inspira.

—¡Gilipollas! —remata Tessa.

—Qué mal os tomáis una broma...

—He envejecido diez años por tu culpa —escupe Tessa—. Esta me la pagas.

—¿Un besito? —sugiero.

—Esta me la pagas —repiten las tres, dejando que la normalidad regrese y sus pulsos se normalicen. En el fondo, de pronto, hemos olvidado todas nuestras preocupaciones y nos sentimos renacidas y capaces de todo.

La noche es nuestra.

Capítulo 2

Ana



Bajamos del coche cual escuadrón de la muerte. Sexys, poderosas y tratando de mantener la compostura. La noche enardece nuestros espíritus, llevándonos a olvidar que existe un mañana.

—Chicas... Tenéis que ver esto —gime Tessa con cara de susto, varios peatones se detienen y se quedan mirando la misma zona en la que ella clava los ojos, que no es otra que la defensa del coche.

—Dime que no está muy jodido. Lo último que necesito es un sablazo —exclama Sarina, corriendo a descubrir qué la ha alterado tanto.

Esperaba gritos, algún tipo de impropio, no que perdiera la voz. Vale, ya han encendido mi curiosidad y, con Mónica tomada del brazo, ambas avanzamos hacia la acera.

—Venga, seguro que no es para tanto —media Mónica, echando varias miraditas ansiosas al restaurante. Parece una niña pequeña ante una chuchería, ¡cómo la entiendo!

Una chica acaba de sacar el teléfono y se ha puesto a grabar la... ¡Joder!

—¡Te has cargado a su hermano! —aúllo, perdiendo la compostura de reina intocable y doblándome sobre mí misma. Mi risa hace que varias pantallas se giren e inmortalicen el momento—. Ya dije yo que habíamos chocado con algo.

—¿Por qué coño no avisaste? —me interroga Sarina, tomando, con reparo, el pantalón del enorme muñeco de paja y tratando de soltarlo del gancho de su coche y de la defensa. Es más, da la impresión de que el pobre espantapájaros, ante la locura de mi amiga al volante, se ha aferrado como pudo y ahora no hay forma de desincrustarlo del vehículo.

—¿Y qué querías que hiciera? ¿Parar en medio de la nada? —le devuelvo la pelota con rapidez, dándole espacio.

—¿No era que exagerábamos? —tercia Tessa, tomando al muñeco por una pierna. Las manos de esta resbalan por el pantalón y, antes de caer de culo, se aferra al zapato negro, llevandoselo con ella.

—Por favor... —bufo sin aire mientras me carcajeo— parad o me dará algo.

—Deja de reírte y ayuda un poco. ¡Parece que llevamos un puto cadáver pegado al coche! —grita Sarina, frustrándose y lanzándole una patada que no llega a impactar de la forma que pretende y termina golpeando la carrocería. ¿Quién de los dos creéis que es más resistente: el dedo gordo del pie de Sarina o dicha carrocería?— ¡Me lo he roto! ¡Me acabo de romper el pie!

—Deja de saltar y ven. Seguro que no es para tanto —pide Mónica, tendiéndole la mano.

Yo, al fin, accedo a descruzar los brazos y ayudo a Tessa a ponerse en pie.

—A mí me parece que queda genial, original incluso. Si lo pensáis seguro que el resto de coches nos ceden el paso —sugiero, plantando los pies con firmeza y tensando los músculos antes de comenzar a tirar del jodido muñeco.

—Antes de que nos detengan quiero que me esposen, pero no de esa forma —explica Mónica, ayudando a Sarina a volver a ponerse el zapato tras comprobar que no hay tripas fuera.

—¿Es ilegal? —inquiero pensativa, si estuviera más concentrada habría percibido los crujidos y... La paja que mantenía la pierna en su lugar acaba cediendo, solo que mi intención no era descuartizarlo y mucho menos, en un intento de mantener el equilibrio, abofetear a un viejo que pasaba. Llevó un guantazo de película, de esos que te giran la cara y te dejan sin palabras, hombre, cualquiera protesta ante semejante primer encontronazo—. Perdóname, por dios, perdóname.

¿Está bien?

Asiente y da un paso hacia atrás. Su mirada aturrida estira mis labios.

«No te rías, por el amor de dios, no te rías».

Imposible, incluso Sarina se une a mí y las cuatro lloramos emocionadas mientras el anciano recupera la cordura y se aleja cagándose en la juventud de hoy en día. ¡Juventud! Qué manera de halagarnos tras semejante bofetada.

—¡Casi te loargas! —exclama Sarina, tras tomar aire.

—Se supone que eres tú la que se dedica a mantenerlos con vida —replico sonriente.

—Si hiciera algo parecido ya me imagino los titulares —aúllo Sara, estirando los brazos para darle énfasis—. Directora de residencia denunciada por agredir teatralmente a un inocente y sorprendido anciano.

—Somos unas brujas —chisto, tratando de recuperar el aire y suplicándole que se detenga.

—Cualquiera te rebate —asiente Mónica.

—Mira, la camisa también está pillada en el gancho. Sácala a ver si de esta logramos liberarlo.

—¡Fuera cadenas! —grita Mónica, con esa locura contagiosa que tanto nos gusta. Ella es un bote de pica-pica y a mí me encanta.

—Libres domingos y domingos —la secundo, tirando una vez más.

—Libertad para todos —aúllan Sarina y Tessa, ayudándonos.

Al final logramos quedarnos con el muñequito, solo un par de pajillas se quedan adheridas, algo de lo que nos ocuparemos en otro momento.

—¿Qué coño hacemos ahora con el cuerpo del delito? —les pregunto, meciendo el zapato que he recuperado.

—Me lo esperaba más buenorro —protesta Mónica.

—Metámoslo en el maletero —sugiere Sarina.

—Claaaro, porque eso no es sospechoso —sisea Mónica, recogiendo una... ¿mano?

—¿Y tú qué sugieres?

—Hombre, no he dicho que no debemos hacerlo...

Y así terminamos aplastando, llegando a sentarnos encima para lograr cerrar el maletero, a un pobre y deteriorado hombrecillo. Sarina incluso le lanza un puñetazo, creo que la situación acaba de sacarla de sus casillas y se nos avecina un vendaval.

—Ya puede estar buena la comida, tengo un hambre... —gruñe Tessa y su estómago.

—No eres la única —reconozco.

—Espero que el resto de la noche no sea tan movidita o no sé si lograré sobrevivir —suspira Sarina.

—¿Tranquila? No me jodáis ahora —interviene Mónica, recolocándose las tetas dentro del sujetador y el pelo. Todas la imitamos, aunque de forma menos... evidente. Sonrío y me pongo de su parte:

—Cierto, ¿no queríamos hacer locuras?

—Algo me dice que acabamos en chirona —reconoce Tessa.

—¿Tan malo sería?

Capítulo 3

Ana



El restaurante es un lugar imponente y hermosamente decorado. Formado por seis habitaciones de temáticas variadas, nos dirigimos hacia la selva tropical mientras una joven hermosa, que nos hace removernos avergonzadas, nos pregunta con voz sensual que qué queremos. ¡Hasta a mí me hace dudar de mi sexualidad!

—Comer, no te jode —chita Mónica por lo bajini, recibiendo un cariñoso codazo por mi parte.

—Hemos oído que servían nantaimori —mascullo, tras repetir media docena de veces el término en el interior de mi cabeza para no olvidarlo en el último momento.

—Por supuesto. ¿Desean a algún shashin en concreto? —inquire la camarera con suavidad, cediéndonos el paso con elegancia y ofreciéndonos unas preciosas pantuflas que no dudamos en ponernos con mucha menos gracia de la que deseábamos. Mónica da varios saltitos y amenaza con caerse antes de terminar, aunque ella y los tacones daría para un buen libro.

—Sha...¿qué? —pregunta Mónica mientras se posa sobre las zapatillas y suspira por la comodidad que estas le proporcionan.

—Shashin —nos corrige a todas, supongo que, más que acostumbrada, a esa pregunta—. Así se le llama al cuerpo sobre el que servimos la comida.

—¡Ah! Ya. ¿Podemos escoger? —Mónica vuelve al ataque, la pobre muchacha no sabe dónde se ha metido. Como se despiste, ella misma acabará sobre la mesa.

—Por supuesto.

—Ya, el problema es que no conocemos a ninguno. ¿No tienen algún tipo de carta?

—Claro, ahora mismo la traigo.

Mónica ya está abriendo la boca cuando, Sarina y Teresin, la toman del brazo y suspiran, tirando de ella hacia los cojines.

—Deja de babear y siéntate. Ya tendremos tiempo más tarde para las perversiones, ¿no crees? La verdad es que yo soy más de morenos, pero si está bueno me vale —comento.

—A mí me gustan bajitos, pero bien formados —opina Tessa.

—No podemos preguntarle el tamaño de la polla —intervengo.

—No me refería a eso...

—¡Ya! ¡Claro! —chistamos las tres.

—Si tuviera un poquito de barba... —sugiere Mónica.

—Muy poquita, esa de dos o tres días, de más no me gusta —replico.

—Tableta de chocolate, sin pelos sucios por el pecho y demás —enumera Sarina, levantando uno a uno los dedos.

—Dudo que les permitan ir con su pelambreira. Eso tiene que ser... —La arcada me sale sola.

La camarera regresa y las cuatro callamos de golpe, permaneciendo así, a excepción de un suave y avergonzado gracias, hasta que se retira.

Estamos ansiosas y emocionadas, al menos yo lo estoy. Ante nosotras un folleto que intenta ser elegante y, sin embargo, nos acalora. Las imágenes son discretas, pero siguen siendo las fotos de una docena de cuerpos griegos cubiertos por comida de forma que siguen siendo insinuantes. Vale, quizás parezcamos unas mojigatas, pero tenemos peso, medida, color de pelo... todas las características que deberían interesarnos a la hora de escoger shashin, no obstante, ninguna pasa de la primera fotografía.

—Tiene que estar retocado —suspira Mónica.

—Yo quiero probarlo —canturrea Tessa, rozando con los dedos el hombro de nuestro objeto del deseo. Es, de por sí, una auténtica obra de arte.

—Y yo... —reconozco.

—¿No le dará cosita tenernos encima babeando mientras le quitamos, poco a poco, la comida que le protege de miradas indis...cretas? —bufa, supongo que imaginándose la escena. Incluso a mí me falla la voz.

—¡Suficiente! ¡No os acojonéis ahora! —exijo, arrebatándoles el “menú”—. Decid uno, a la de tres.

—Ostras, yo no he podido pasar del primero —lloriquea Sarina.

—Ni yo —reconoce Mónica.

No le doy tiempo a Tessa al añadir:

—Entonces, ¿para qué mirar más? Ahora vengo.

Me pongo en pie y, aunque trato de mantenerme serena, me fallan las piernas. Avanzo sintiéndome fuera de mi cuerpo, tan nerviosa que quiero reír y cantar, la sensación de libertad me lleva a sentirme viva y excitada.

—En seguida lo prepararemos. Si quieren pueden ir tomando algo mientras —me “sugiere”—. Recuerden mantener un comportamiento decoroso y respetuoso con nuestro shashin.

—Por supuesto —aseguro con esa voz profesional que tiendo a emplear en el juzgado cuando me veo en apuros, a ver cómo hago para mantener a las fieras bajo control cuando incluso yo tengo ganas de portarme mal, muy muy mal.

Y así llegamos hasta el momento en el que entramos en la salita por segunda vez y descubrimos a un adonis tumbado, con los ojos cerrados y completamente expuesto a nuestra gula. Una fiera se revuelve en mi interior ansiando clavarle los dientes y torturarlo a sabiendas de que no puede mover ni un músculo.

—Va a ser más difícil de lo que parece —musito, tendiéndoles los palillos y platitos que emplearemos.

—Creo que voy a combustionar —me susurra Mónica.

—Chicas, piña —gruño, llevándolas a un lado—. Debemos contener la lengua si no queremos que nos echen tras un buen tirón de orejas.

—¿Para qué nos tientan si no podemos mordisquearlo y rechupetearlo? —refunfuña Mónica, cruzándose de brazos.

—No digo que no podamos hacer trastadas... Solo que hemos de pensar dos veces lo que sale por nuestra boca por nuestro bien —reformulo.

—Seguro que, si se nos va un poquito la lengua, no pasa nada —tercia Sarina, Tessa, por su parte, no nos hace ni puto caso. Las miradas que le lanza a nuestro inmenso plato humano son preocupantes.

—Este me lo llevo a casa como que me llamo Teresa —suelta de pronto.

¡Qué le vamos a hacer si somos incorregibles? Si nuestro destino es ser vetadas del lugar pues que así sea, no obstante, degustaremos cada minuto con gula. La sonrisa se va contagiando de una a otra hasta que todas estamos de acuerdo y regresamos.

—Quizás debí decirlo antes, pero yo y los palillos no nos llevamos bien —suelta Sarina.

—¿Cómo de mal os lleváis? —la interroga Tessa, recorriendo con los ojos la comida que han colocado sobre la cadera del chaval.

—Para simplificar, o los empleo en plan palillo para comer pulpo o me dan una de esas gomitas para niños. ¿Quedaría muy mal pedir un tenedor?

—¡A esta me la cargo! —sisea Tessa, girándose cual león al que le están arrebatando unos preciosos minutos con su tentempié—. ¿Plastiquito?

—Sí, ya sabes, eso que se pone en los palillos para que se mantengan juntos. Deberían tener, ¿no?

—¿Para qué van a tener un plástico para niños? ¿Cuántos niños crees que vienen a comer aquí? —interviene Mónica.

—No sé, dicho así...

—Bebamos algo y dejémonos de tanto sermón —gruñe Mónica, pasando olímpicamente de nosotras mientras se sienta a la derecha de nuestro plato y a la altura de sus abdominales.

—¡Voy! —aúllo, ignorando a Sara, que rumia algo de que ella también quiere. Nunca he probado el saque y siento curiosidad hasta que lo paladeo, tantas son las ganas de escupirlo que una gotita alcanza la libertad a través de mi nariz.

—Yo no sé si comeré mucho... —suspira Sara, cuya mano tiembla sobre la cadera de este sin atreverse a tomar uno de los rollitos.

—Lo único crudo son los nigiri de salmón y esos me los quedo yo. Estos son de aguacate, de pepino, de... —enumero con rapidez, consciente de la mirada que ese hombre acaba de

lanzarme. Trago saliva despacio y continúo—: Os conozco demasiado bien y también hay rollitos primavera.

—¡Menuda mezcla! —brama Sarina.

—Memoriza todo lo que suceda a partir de ahora. Serás la única que podrá recordarlo —comenta Mónica, inclinándose sobre un futomaki y tomándolo con la boca. La piel de nuestro plato se eriza cerca de la zona y eso espolea un lado oscuro en el interior de mi mente.

—Se permiten las fotos mientras no acaben en internet —acoto.

—¿Se permiten? ¡Yo quiero fotos o no tendré pruebas de que ha sido real! —canturrea Mónica, pasando los palillos por un rollito de tal forma que, si bien no rompe las normas, ha conseguido que Tessa se atragante ante lo sugerente de su toque.

—Creo que tengo que ir al baño —suspira Sarina, intimidada ante lo cerca que está del rostro de nuestro objeto de deseo.

Con una sonrisa tierna, Sarina se disculpa y procede a apoyar las manos en la mesita para poder ponerse en pie. Se inclina ligeramente hacia delante y, justo en ese momento, sus ojos se abren como platos.

Se lanza hacia atrás, su pie acaba enredado en el bolso de Tessa que, en su intento de ayudarle, no se le ocurre otra cosa que tirar del objeto.

Sarina gira cual bailarina, tratando de no caer. Mónica y yo abrimos los brazos antes incluso de hacer el amago de acercarnos como si, de esa forma, pudiéramos contenerla.

Bueno, ¿conclusión?

La teta de Sarina golpea el rostro de nuestra bandeja que, a pesar de lograr mantener la compostura lo suficiente para que ni una sola pieza se caiga, gira el rostro como si no le resultase desagradable la textura.

—Juega limpio —grita Mónica, antes de aplaudirle.

—Yo no...

—Lamentamos lo ocurrido —suspiro entre dientes, conteniendo las carcajadas; a un hombre que pasa los ojos de una a otra tratando de guardar silencio—. Si no lo cuentas te dejaremos una buena propina.

—¿No era esa la propina? —comenta Tessa, tomando un inari y mordisqueándolo con gusto.

—Fue sin querer.

—¡Y eso que no has bebido! —se chancea Mónica, acercándose a Sarina y abrazándola, antes de marcarle la mejilla con un sonoro beso.

—Quizás debería...

—Déjate de tonterías y apura. No me obligues a ir a buscarte —digo lanzándole una servilleta. Si alguien sabe cómo romper las normas soy yo y por ello delimito la zona de la que comeré antes de que mis cabellos caigan sobre él al tiempo que tomo un nigiri de salmón—. Tenemos toda la noche para torturar a este bombón.

Y así, entre bocado y bocado, bebemos y compartimos miradas brillantes mientras vamos dejando al descubierto un cuerpo que nos hace sentir jóvenes y libres.

Aprovecho que ellas están en pleno debate sobre nuestro próximo delito, juraría que Tessa acaba de pellizcar a propósito el pezón de este mientras cogía su tempura roll... El caso es que aprovecho para susurrar en el oído de mi juguete:

—¿Qué se siente al ser consciente de que todas las mujeres que acuden desearían que las follaras y están húmedas mientras comen de ti?

Me alejo y sonrío, pendiente de cómo su entrepierna vibra.

»Chicas, esto me recuerda la primera vez que jugué con la comida, aunque no fue como esto ni

de lejos —suspiro, dispuesta a guiar la conversación de forma que no pueda seguirse conteniendo.

—Buff, si yo os contase... —canturrea Sarina.

—La nata y el chocolate son dos éxitos seguros —nos educa Mónica, relamiéndose.

—Debería dejar de ver tantas películas —reconozco, gateando hasta Mónica y apoyando la mejilla en su hombro. Algo va mal, muy mal en mí pues, aprovecho para acercarme más y olisquear el hueco de su cuello, mordiéndola ligeramente.

Si bien Mónica me mira, no dice nada y yo regreso a mi lugar.

»El caso es que quise la típica escena en la que estás cocinando y acabas montándolo sobre la encimera.

—Con lo fría que está seguro que te estremeciste de lo lindo —comenta Mónica, pendiente de mi historia.

—Nos besamos y me desnudó —narro al detalle, pasando los palillos por el pectoral casi sin percatarme, jugueteando a erizar su piel—. En pleno acto de pasión me sentó en el mesado y... En lo único que podía pensar era en que iba a romperse.

—Exagerada —suelta Tessa.

—Pasado el miedo escénico, tomé lo que tenía más a mano y, dado que estábamos haciendo una macedonia...

—¡No! —brama Sarina.

—Veo que ya sabes lo que se avecina —me río—. Parece una buena elección, ¿verdad? Fruta húmeda y deliciosa que además huele genial. Untó mis pezones y los chupó, mi abdomen, su pecho, recorrimos con la lengua cada gotita que se escapaba a nuestro control hasta que la necesidad fue tal, que nos importó una mierda el desastre que estábamos dejando atrás.

—Estoy tomando notas —susurra Mónica, inclinándose hacia atrás—. Tengo libros mucho más aburridos en la biblioteca... No es que no disfrute catalogando clásicos, pero un cambio tampoco es mal recibido.

—Aquí debo hacer un inciso para que podáis comprenderlo. Cuando digo que, desplazando la lengua por todos lados es por todos... To-dos —me paso la mano por el pelo nerviosa—. El caso es que, me penetró y perdí el aire. Se movía como si la vida se le fuese en ello, tan brusco que todavía siento escalofríos al recordarlo.

—¿Tratas de darnos envidia? —pregunta Tessa.

—Hasta que empecé a revolverme inquieta. Algo no iba bien —describo, bajando el tono hasta convertirlo en un ronco murmullo que trata de ser amenazante—. Primero fue un calorcito agradable, luego una pequeña molestia, hasta que escocía y quemaba un huevo a causa de la fricción y de que habíamos, con tanto meneíto, creado azúcar glas y este se resecaba por momentos.

—¡Te despellejó viva! —exclama Mónica.

—Joder, caminé durante varios días al estilo Cow Boy. La sola idea de cerrar las piernas me causaba náuseas —reconozco, meciéndome ante el mero recuerdo.

Reímos y brindamos, miro de reojo al maromo semidesnudo y suspiro, en el fondo sigo sin sentir absolutamente nada y eso me preocupa. ¿A dónde ha ido a parar toda mi lívido?

«Si dejases de enchocharte con cada uno de los protagonistas de los libros que escondes en tu mesilla de noche...», murmura mi conciencia. Aunque, ¿cómo puede competir la fría realidad con semejantes creaciones literarias?

—¿Qué...?

—Anita, ¿en qué estabas pensando? —sugiere Sarina, tan perceptiva como siempre mientras

señala mis sonrojadas mejillas.

—¿Alguna vez te has preguntado por qué existen tantas posibles guías de cómo seducir a una mujer y lo ineptos que siguen siendo estos especímenes? —medito en voz alta.

—Tendrás que darnos más datos —comenta Mónica, pellizcando, nuevamente y sin querer, la piel de nuestra bandeja en un intento de coger un bocado.

Me giro y atuso el pelo. Me recoloco las tetas con un gesto bastante vulgar y preparo para la interpretación. Me conocen lo suficiente para saber que algo se cocina en el interior de mi mente.

—Deja de mirarme de esa manera —exijo, con las pupilas fijas en Mónica. Me pongo en pie, la tomo de la mano y tiro de ella, obligándola a alzarse y pegándola a mí—. ¿Crees que no me percato de cómo tiembles de pies a cabeza cada vez que me acerco?

Mónica alza el rostro y me aclaro la voz, conteniendo la sonrisa:

— No soy de piedra, preciosa, y mucho menos inmune a tus gemidos... —prosigo, tratando de recordar esa frase que, una semana antes, me llevó a masturbarme en la soledad de mi dormitorio —. Veo que te divierte torturarme.

—Es posible —grazna Mónica, siguiéndome el rollo.

—Detente antes de que tome medidas y te demuestre que no soy el único que puede perder la cabeza —amenazo, tomándola por el cuello y apretando ligeramente mientras aproximo la boca, antes de retirarme y sonreír orgullosa—. ¡Con lo sencillo que es bajarle las bragas a una mujer!

—¡Bruta! —exclama Sarina, llevándose las manos al rostro.

—Alguna seguro que te habría cruzado la cara —matiza Tessa.

—¿Tú crees? La forma en la que agarras a alguien, el tono, la postura, el olor... ¿Tanto cuesta ver que la seducción es un arte en sí misma? —repito cabezona, detestando lo mundanas que fueron mis relaciones.

—Es posible. Los pequeños detalles son importantes —me apoya Mónica.

—A nadie le sienta mal un buen polvo... —reconoce Sarina.

Juraría que nuestro chico-mesa acaba de sonreír, sin embargo, cuando le miro vuelve a estar impertérrito.

—No se trata del polvo, bueno un poco sí. Es la conexión que se establece, la carga erótica que una palabra acertada o una caricia puede generar. ¿De verdad no lo entendéis?

Las cuatro bajamos el rostro y callamos unos minutos, cada una perdida en sus propios pensamientos, en recuerdos que no estamos dispuestas a mentar en ese momento.

—Brindo por ello. —Mónica alza la copa—. Por esos tíos que, aunque escasos, lograron hacernos creer que es posible.

—¿Tíos? —me burlo, aunque alzo mi propia bebida y vacío el contenido, ignorando la quemazón y la forma en la que me lloran los ojos. No me ha sentado bien, al menos no a mi cuerpo—. En realidad, las que de verdad nos entienden y saben lo que queremos, son esas mujeres que, tan necesitadas como nosotras, se sientan y los crean de la nada. A ellos no les interesamos lo suficiente para documentarse, para conocernos.

—Pareces muy resentida con el mundo —anota Tessa.

Decido dejar el tema por no joder una noche increíble.

—Con todos los que llevan una polla colgando como si fuera un accesorio que los convierte en imprescindibles. Alguien debería decirles que la de ellos ni siquiera vibra y, desde luego, no tienen el mismo aguante que un par de pilas triple A —comento, disfrutando de la frustración de Sarina cuando vuelve a perder el bocado al caérsele uno de los palillos—. ¿Quién se apunta?

Junto los brazos a mi espalda y me inclino, tomo con los dientes mi avocado maki y alzo la cabeza triunfal, aprovechando para dejar que caiga en mi boca con una habilidad que las lleva a

aplaudir.

»¿Y bien? —las espoleo, mirando a Sarina. Ella es la primera en seguirme, riendo nerviosa y tan agitada que me entenece. Si la camarera o gerente nos descubriera nos echaría a patadas, por un momento temí que el chaval se pusiera en pie y se largase indignado, sin embargo, solo percibo un ligero temblor.

—Mónica, ¡ese bocado es demasiado grande! —suspira Tessa.

—Anita, no debes pasarle la lengua después —canturrea Mónica, sin darse por aludida mientras mastica.

—Se me habían caído unas gotitas de salsa... —lloriqueo, haciendo un puchero.

—Eso Tessa, no seas tan buena... Hemos venido a soltarnos la cabellera y domar a un par de sementales. ¿Qué mejor forma de practicar? —argumenta Mónica.

La verdad es que no le encuentro fisuras a sus palabras y yo misma trazo uno de los abdominales masculinos con lujuria antes de aferrar el último trozo que descansa sobre su cadera. Ya no sé cuántas veces nos hemos cambiado de sitio, moviéndonos como gatitas en celo a cuatro patas y sin ningún tipo de reparo a su alrededor.

—Creo que voy a ir a lavarme las manos —suspira Sarina, con los ojos clavados en la fuerte espalda de nuestra bandeja. El hombretón se pone en pie y se retira en silencio, sin mediar palabras con quienes, si de algo pueden presumir, es de haber dejado el plato limpio.

—Vale.

—Ana —me detiene.

—¿Qué?

—Quizás tú busques a ese tío capaz de remover tus entrañas, a mí la posibilidad me aterra. Ya no soy la misma y me niego a permitir que alguien vuelva a romperme el corazón.

—Temo que eso es algo que nadie puede escoger —le recuerdo, tomándola de la mano ante su asentimiento seco.

—Ya estoy bien, ¿te lo puedes creer? Amo la persona en la que me he convertido, acepto a esa mujer fuerte y valiente sin que las palabras de nadie puedan modificar la imagen de ella. ¿No lo entiendes?

—Lo hago.

—¿Por qué entonces permitir que alguien se acerque tanto para joderte?

—Masoquismo, supongo. ¿Importa? —Mi respuesta no le agrada y la detengo cuando se da la vuelta—: ¿De verdad crees que permitiríamos que un gilipollas te hiciera creer que no vales oro? Somos hermanas.

—Hermanas —musita entre dientes.

Ella se aleja, con el bolso estrangulado entre los dedos, retorciéndolo con tanta fuerza que estos se le han puesto blancos. La sigo cual fantasma y sonrío poco después, cuidándola desde las sombras, esperando que alguien sepa ver lo mucho que vale.

Capítulo 4

Sara



Entregarle tu corazón a alguien es peligroso, aterrador en realidad. No importa cuánto te repita que te ama o que eres perfecta, en ocasiones las inseguridades están tan arraigadas que te despedazan sin que te des cuenta.

Necesito creer que soy fuerte y me lo repito en cada uno de los pasos que doy, me lo repito cuando me tiembla la mano y también cuando le descubro apoyado al fondo del oscuro pasillo que lleva a los servicios.

Aprieto las piernas como si, con esa mirada penetrante con la que me recorre, pudiera descubrir

mi humedad y la necesidad que me consume.

—Hola —susurro al pasar, necesitando desaparecer y, al mismo tiempo, deseando que me detenga y me haga sentir esa pasión que anida en el interior de mi cuerpo.

Estoy a punto de cerrar la puerta a mi espalda cuando un brazo, fuerte y tonificado, lo impide. Se me seca la boca, retrocedo con miedo y con el corazón tan acelerado que no puedo pensar en nada más que en el hombre que me sigue.

—¿Quieres que me vaya? —¿De verdad es esa una frase de presentación? ¿Cómo puede sonar tan amenazante y provocativa al mismo tiempo? Ese «vaya» toma un significado puramente sexual cuando sus pupilas se centran en mi escote y sonrío.

—Ya me he disculpado... No fue mi intención.

Se acerca y estiro la mano en un fútil intento de detenerlo, mis dedos rozan su piel y tiemblo de pies a cabeza. Solo cuando toda mi mano está contra su pecho, deja de avanzar.

—Si quieres disculparte no lo hagas por eso —ronronea él, esa bandeja con cuerpo musculado y rostro de bandido de quien, si bien no sé el nombre, conozco casi todos los lunares—. Normalmente las sesiones son aburridas, pero en esta tuve que contenerme y eso convirtió cada minuto en algo excitante. Todo gracias a ti.

—¿A mí? —gimo, en un agudo grito de auxilio. Me fallan las fuerzas, mi intuición dice que le gusto, mi cordura y miedos braman mucho más fuerte.

—Pocos pueden decir que las mujeres se le tiran encima, ¿no crees?

—No creo que tengas problemas para ligar —le acuso antes de pensar, de meditar seriamente mis palabras. No tengo derecho, sin embargo, me siento como si se estuviera burlando o me juzgase y eso me repatea.

—Pequeña, eres mucho más salvaje de lo que tratas de aparentar. Ese fuego que mantienes bajo control podría quemarnos a ambos —asegura, dando un paso más y ronroneando satisfecho cuando mi brazo se dobla, permitiéndole pegarse y cercarme contra el lavabo—. Dime que me vaya —me pide, preguntándome en el proceso si estoy de acuerdo con lo que está a punto de pasar.

Una locura, jamás he cometido una locura y... dios, ¿cómo puede resultarme tan apetecible? Trato de gritar que se quede, bajo el rostro avergonzada.

Su mano enmarca mi cara, insta para que la alce y se pierde en mis ojos. La intimidad del momento, su aliento especiado y la forma en la que parece contenerse, me derriiten. ¡No lo conozco de nada! ¡¿En qué cojones estoy pensando?!

«No piensas y eso es lo mejor», suelta una vocecilla en el interior de mi cabeza.

Se inclina, sus labios cada vez más cerca. Mis neuronas se van fundiendo una a una, si no fuera porque es imposible, juraría que sale humo de mi entrepierna.

El roce es suave, casi delicado y me siento insultada. ¿De verdad no merezco esa pasión que acaba de mentar? ¿Por qué no me empotra como en esas películas en las que no pueden controlar la necesidad y se rasgan la ropa?

La rabia me domina, me alimento de ella y me pongo de puntillas. Envuelvo su cuello y tiro de él, mordiendo su labio antes de tentarle con la lengua e iniciar una batalla sangrienta.

Sus dedos se crispan en mi cintura, su mano derecha me toma de la nuca y me mantiene ahí mientras devasta mi boca.

Durante un minuto o puede que una eternidad, me saborea y tienta, me acaricia y recorre con posesividad. Soy el centro de su mundo, en lo único que puede pensar, y notar la enorme erección presionando mi abdomen es el mayor de los cumplidos que podría dedicarme.

El pánico me arrebató el aire cuando sus manos comienzan a buscar bajo mi ropa, a deshacerse

de ella. No es que no sepa a dónde nos dirigimos o que no me apetezca, no es eso... Quiero lanzarme de lleno, sin embargo...

Con ambas manos sostiene mi rostro y se aleja un milímetro de mis labios:

—Si supieras todo lo que me gustaría hacerte... —Lo único que llega a mi cerebro es su voz, la promesa oscura que esconde y el ansia de saber más—. Mientras cenabais incluso hice una lista.

—¿En serio? —logro balbucear.

—Cuando te inclinaste a tomar la botellita de saque, me pregunté a qué sabría la unión de las dos piernas más hermosas y blancas que vi nunca —comienza, aprovechando mi desconcierto para mordirme el cuello y olfatearme. Aspira mi aroma como si fuera pura ambrosía—. Cuando se te cayeron los palillos me pregunté si ese precioso escote podría acogirme y mecirme hasta correrme. Cuando...

—Cállate.

—¿Por qué?

—Tus palabras tienen un efecto peligroso en mi cuerpo.

—¿Sí? ¿Y qué efecto es ese? —me interroga, más que satisfecho.

—Mi pulso se acelera —logro soltar, tratando de mostrarme intelectual. Demostrando que hay mucho más en mi interior de lo que he podido enseñarle en un par de horas en las que, sin querer, me he dedicado a meter la pata. Soy fiel y sincera, pienso al tiempo que mis labios se mueven—: Me sube la temperatura.

—A mí también, pequeña, y creo que ya lo has comprobado.

—Es posible... —reconozco.

—Entonces, ¿no te apetece? —suelta directamente, lanzando sobre mí un cubo de agua fría.

Tengo miedo de mí misma, de volverme adicta a la intensidad de ese momento, a no estar a la altura y no poder repetir. Porque así soy yo, ya estoy pensando en mañana, en mi futuro, y ya me planteo cómo sería conocerlo más allá, a la luz del día.

Así de estúpida soy.

Para ser sincera hacía mucho que un hombre no me hacía sentir como una quinceañera, que no encendía mis hormonas de esa forma y dios, solo por ello debería darle las gracias. ¿Por qué desaprovechar lo que el universo me regala?

«Solo existe el aquí y el ahora», me repito, dispuesta a batallar por mi placer, a pensar en esa loca que antepone el bienestar de cuantos le importan al suyo propio.

Mi respuesta consiste en asaltarle, en aferrarme a su cuello de un salto y, aun sin confiar totalmente en ser capaz, envolver su cintura y colgarme de él.

—¡Soy un koala! —exclamo dichosa, demostrando que, incluso en estos momentos, la niña que habita en mi interior se impone.

Su risa me entenece, la forma en la que me abraza sin más y me hace girar me devuelve un pedazo de esperanza. Por un instante olvidamos que solo nos estamos utilizando para un orgasmo o puede que un par de ellos, nos limitamos a vivir y a dejarnos ver, sin palabras.

Nos miramos, el aliento contenido, las palabras atrapadas entre nuestros dientes.

Esta vez acudo yo a su encuentro. Le rozo con cariño, ¿acaso puede sentir la ternura que imprimo en el gesto? ¿Nota cómo le entrego mi cuerpo y mi necesidad?

Me sostiene con firmeza, me pega a él mientras toma el control de mis movimientos. Sus caderas se mueven mucho antes de penetrarme, se restriega contra mi sexo dominándome, entregándose a los escalofríos y súplicas.

Dejo de pensar antes de atrapar su lengua entre mis colmillos, antes de sonreír malévolamente mientras permito que se escurra. El reto está ahí, expuesto ante ambos.

—Te dije que eras peligrosa...

Entre ambos, y haciendo malabares para no acabar cayendo, aunque reconozco que me sentó unos segundos sobre el gélido mueble, logra arrebatarme las bragas. Estoy tan húmeda que me avergüenza, al menos hasta que siento su polla, que no sé en qué momento ha sido liberada, rozándose contra mi sexo húmedo.

Cada íntima caricia es un gemido, un torbellino y la imposibilidad de ver.

Mis párpados pesan, pesan tantísimo que los dejo caer.

—Mírame —ordena, no puedo negarme y accedo perezosa. Me tiende el condón, le doy varias vueltas entre los dedos confundida—. ¿Me ayudas?

—¿No sería más fácil que lo hicieras tú?

—No sería tan divertido —musita, colocando su mano sobre la mía mientras me “enseña” a abrir el paquetito—. ¿Crees que serás capaz de continuar solita?

—Algo podré hacer.

Alzo la ceja ante el reto.

Lo coloco sobre su glándula y lo comprendo de golpe, el universo se abre ante mí a modo de revelación:

«Yo tengo el poder en mis manos, él está tan necesitado como una servidora».

Retiro el plastiquito con una sonrisa malvada y lo envuelvo con la mano, acariciándolo, meciéndolo. Hago el amago de volver a colocar el condón para retirarlo y bajar el rostro, tomándolo entre los labios y acariciando la puntita con la lengua.

Ver a un gigantón como ese meciéndose y aferrándose al lavabo a ambos lados de mi cuerpo para no caer es afrodisíaco.

Me alejo y soplo con picardía sobre su piel, él trata de tomarme de la cabeza y me retiro triunfal:

—Tranquilo... es que no me acordaba de cómo se hacía y he tenido que improvisar —me excuso, sin un ápice de vergüenza.

—Ya veo.

Deslizo el condón por su miembro y me acomodo sobre el lavabo, necesito hacer acopio de toda mi valentía para abrir las piernas en plan instinto básico. Tengo miedo a ser rechazada, a que, de pronto, comprenda que no soy su tipo, pero me niego a acobardarme. Ya no soy esa mujer que dudaba ante el espejo y repasaba mil veces su tripita creyéndose menos atractiva por ella. No permitiré que nadie me haga dudar de mi belleza.

No obstante, no tarda en acudir y ocupar su lugar, anhelante por lo que le muestro. Sus dedos apuñalan mis nalgas ante la fuerza que ejerce cuando me sujeta, con una desesperación que me enardece.

Soy completamente suya mientras comienza a deslizarse a mi interior. Tan despacio que me arrebató la voluntad de pensar o controlar mis instintos. Juraría que no soy yo misma cuando, en un intento de contener la locura, clavo los dientes en su hombro y gimo extasiada.

—Relájate, pequeña. Acéptame y deja que te lleve a las nubes.

Suena a súplica y promesa, sabe a delicia mientras sale con la misma delicadeza. Quiero llorar y suplicarle que me rompa, que desgarre todo mi pasado y me deje completamente vacía.

De golpe me atraviesa, obligándome a tensarme.

Lento, rápido, lento, rápido, lento... Mas no mantiene mucho tiempo el ritmo, me desconcierta de una manera que mi cuerpo no es capaz de prever su siguiente movimiento.

Quiero postergar el orgasmo, trato de pensar en algo que no sea su boca atrapando mi pezón o la forma en la que lo mordisquea y golpea con la punta de la lengua. Ni siquiera recuerdo cómo logró abrirse paso a través de la ropa... Intento recordar la letra de una vieja canción al tiempo

que me penetra y toma del pelo, antes de besarme.

Es extraño cómo dejan de importarme todas esas cosas que, minutos antes, me traían de cabeza. En el fondo le necesitaba y eso me lleva a abrazarle agradecida mientras aprieto las paredes vaginales.

—Si me constriñes de esa manera no aguantaré mucho...

—¿Es una amenaza?

—Joder, si vieras lo jodidamente sexy que eres no jugarías conmigo de esa manera —exclama entre dientes, convirtiéndome en una diosa increíble y capaz de todo.

Verme reflejada en sus ojos es lo peor que podría sucederme pues, ese placer arrollador que he logrado mantener bajo control, me ahoga, se desliza por cada músculo, tendón y pedazo de piel de mi cuerpo hasta arrebatarme las fuerzas.

Mis espasmos son demasiado también para él y recibirle, sentir cómo bombea en mi interior es algo diferente a cuanto he vivido, aunque no sé explicar el motivo.

—Ha sido increíble —suspira sobre mi cabello, besándome en la frente antes de tomar mi boca.

—Cierto —concedo, impidiendo que mi lengua suelte algo inapropiado de lo que pueda burlarse. Soy adulta y sé perfectamente que lo que ha ocurrido no volverá a repetirse.

—Si quisieras...

—No es necesario —exclamo, recolocándome la ropa y apurándome a lavarme las manos, dándole la espalda en el proceso.

—Al menos déjame darte mi número de teléfono por sí...

¿Para qué permitir que termine? ¿Se siente mejor consigo mismo dándome falsas esperanzas? He pasado antes por eso y no dejaré que lo haga.

—¿Te sentirías mejor con un teléfono más en la agenda? No me quedará esperando una llamada que nunca llegará —escupo, culpándole de todos los errores de los cabrones que le precedieron —. Ha estado bien, quédate con eso.

Paso por su lado con indiferencia, alzo el rostro y le sonrío. ¿Por qué siento que algo se está rompiendo en mí? ¿De dónde procede ese amargo regusto que inunda mi boca mientras él baja el rostro antes de asentir?

Soy fuerte, me ha costado mucho tiempo serlo. ¿Acaso no comprende que nos estoy salvando a ambos? Quizás para él sería divertido. Un par de encuentros ocasionales y listo. ¿Y para mí? ¿Quién recompondría mi corazón roto? Soy así, una de esas estúpidas románticas que, todavía, esperan ser las protagonistas de una de esas películas de sobremesa.

«Deja de soñar. Las grandes pasiones provocan grandes desastres», pienso, apurando el paso para reunirme con mis locas preferidas.

Inspiro y dejo que ellas me arropen con sus sonrisas, con esa forma tan suya que tienen de hacerme sentir bien recibida.

—¡Menos mal que vuelves! Pensé que iba a tener que amordazarlas para impedir que fueran a buscarte —exclama Ana, acercándose a mi rostro y besándome la mejilla de golpe.

—¿Y eso? —tartamudeo, intuyendo, por sus miradas, que ya saben lo que he estado haciendo.

—¿Qué ha pasado? —inquieta Mónica.

—¿Te has caído por el retrete? —se une Tessa.

—¿Por el retrete? Si se me quedan esas mejillas y esa sonrisa de tonta por caerme por el retrete voy de cabeza —comenta Ana, echando un vistazo a mi espalda y abrazándose a mí.

—¿Qué ha pa-sa-do? —insiste Tessa, centrando también la mirada en nuestra bandeja humana.

—Nada importante...

—¿De verdad nos vas a obligar a torturarte para sonsacarte? —suspira pesarosa Tessa.

—¡Yo lo sé! —exclama Anita con el mentón apoyado en mi hombro—. Se acaba de sacar todo el estrés de encima de golpe.

—¿Cómo? —Mónica achica los ojos.

—Tienes suerte de que viera cómo ese pibón entraba contigo, sino estas te hubieran jodido la fiesta —se jacta Ana, enterrando la nariz en mi pelo y suspirando—. Prometo que solo pegué la oreja a la puerta hasta que estuve segura de que estabas a salvo.

—Uff, necesitamos detalles —pide Mónica.

—¡Has ganado y ahora te toca pagar una ronda de chupitos! —corea Tessa, haciéndome sentir a salvo entre ellas.

Me rodean y me abrazan, recordándome que, sin importar lo que suceda, nada logrará separarnos.

—Dime que le has dado tu teléfono... —musita Tessa sobre mi oreja.

Sonrío y alzo los ojos, por primera vez en mucho tiempo, no sé qué me depara el mañana.

Capítulo 5

Mónica



Me alegro de no haber preguntado el precio antes de comer o no lo habría disfrutado de la misma forma, aunque de eso ya se preocupará la Mónica de mañana. Esta noche es para disfrutar, beber y follar si tenemos suerte.

Me pongo el abrigo y me envuelvo en él, antes de dejarme arrastrar por mis muñecas.

—¿Siguiente plan? ¿Todavía no os habéis decidido? —las interrogo.

—No se me da muy bien esto de ser mala —comenta Sarina.

—¡Nadie lo diría! —corea Ana, más que orgullosa.

Y luego dicen que la perversa soy yo... Si es que...

—¿Y si miramos en el coche? De quedarnos aquí paradas en la puerta se me van a congelar los pies —comento, dejando que pasen antes y aprovechando para tomar un caramelo del bolsillo y llevármelo a la boca.

Una mano me detiene y me veo arrastrada hasta detrás de la columna, donde un precioso espécimen masculino de ojos negros y pelo ondulado me acorrala.

—Ya has probado a una, no seas goloso o me veré en la obligación de patearte las pelotas. Deberías saber la suerte que tienes —le regaño juguetona, aunque más que dispuesta a cumplir mi amenaza en caso de que no recule.

—Dame su teléfono.

—¿No has sido capaz de conseguirlo solo? Te creía más hábil... Lo que son las apariencias.

—Es una mujer testaruda —ronronea complacido. Sus ojos brillan de tal forma al alzarse sobre mi cabeza que yo misma me tensó.

—¿Cuáles son tus intenciones?

Da un paso hacia atrás y suspira, antes de recomponerse.

—Podría decirte que follármela, porque tiene mil polvazos y seguiría con hambre —suelta brabucón, dejando caer los hombros añade—: Conocerla. Merece que le devuelvan la sonrisa.

—¿No ves cómo se ríe cuando está con nosotras? —le regaño, aunque me callo algo después y le tiendo mi propio teléfono tras buscar el contacto en la agenda—. No me obligues a venir a por ti. Quizás con ellas podrías razonar, pero yo te patearé las pelotas hasta que nadie pueda reconstruirlas.

—Muy gráfico —suspira Tyler (yo sí me fije en su nombre cuando trajeron la carta, suponiendo que sea el real).

—¿Vienes o qué! —aúllan mis locas.

—¿Te has perdido! —la voz de Ana es súper aguda y se superpone al resto.

—Camino al infierno —agrego, sacando la cabeza por la puerta al tiempo que, tras esta, tiendo la mano para recuperar mi teléfono. Solo una vez lo noto entre los dedos termino de salir y me dejo engullir por el grupo.

—¿Qué hacías? —pregunta Sarina.

—Nada bueno seguro —comenta Tessa.

—Lo descubrirás muy pronto —susurro sobre la oreja de la primera mientras aferro la puerta del copiloto—. Y, por favor, no menees mucho el cochecito...

—¿Qué no lo menee? No le voy a hacer una paja, pero pretendo mantenerlo sobre la carretera en todo momento —sonríe Sarina, girando la llave y colocándose el cinturón de seguridad.

—¡Pon música! —pide Tessa.

—De la de mover el culo, nada de romanticadas varias —añade Ana.

«¿Cuándo fue la última vez que un tío te sorprendió?», las palabras de Anita en la cena han hecho estragos en mi mente. Tras varios desengaños amorosos, si de algo estoy segura, es de que no entrego mi corazón a cualquiera. Quizás he creado una máscara tan perfecta que ya es difícil distinguir dónde termina esta y empieza la personita que todavía cree que existe alguien perfecto para ella. ¿Qué hay de malo en disfrutar de una buena polla mientras esa persona no aparece? Nadie dijo que no podía divertirme...

Una sirena y Sarina se detiene a un lado. Parpadeo con rapidez y el sonido del cubículo ahoga mis pensamientos, de golpe, como si alguien acabase de accionar un interruptor.

—¿Qué?

—La poli nos ha parado. Joder, joder, joder —me explica Sarina.

—Tranquila. No has bebido nada. Porque no has bebido, ¿verdad? —inquiero.

—No, pero...

—Entonces míralos, saca pecho y disfruta.

—¿Disfrutar? —Parece que las tres se han unido en mi contra, no tengo tiempo a responder

cuando un tío golpea su ventanilla y otro apunta con una linterna a través de la mía.

—Buenas noches. ¿Ha bebido algo esta noche?

Esa voz... ronca, rasgada... Me giro y clavo los ojos en un ser que, si bien porta el uniforme de un poli, parece haber sido sacado de una película de pandilleros.

—No, bueno sí, porque beber he bebido, pero no he bebido lo que usted piensa que he bebido porque tenía que llevar el... —tartamudea Sarina, removiéndose en el asiento.

—Deje de intimidarla o no podrá decirle ni su nombre —intervengo, no sé si por defenderla o como mera excusa para que me mire, clavando esos profundos ojos verdes de gato en mí.

Lo hace de tal manera que siento que me está regañando, su sonrisa altiva y descarada apenas dura un segundo.

—Quizás sea mejor que salgan del coche.

—¿Es una sugerencia o trata de apreciar mejor la mercancía? —Vale, sé que, en ocasiones, debería pensar dos veces antes de soltar la lengua y, normalmente, lo hago. Algo en mi interior gruñe, se retuerce agitado y quiero pelear de tal forma que me abalanzaría sobre él ahora mismo.

—¿Algún tipo de estupefaciente? —comenta su compañero, aunque yo lo olvido por completo.

—No, venimos de cenar. Quizás si nos hace soplar al resto le incendiemos el aparato, no obstante —recalca Tessa—, Sara ha sido responsable y solo ha bebido té.

—¿Té? —Por la forma en la que el buenorro alza la ceja no nos cree ni de lejos—. ¿Les importa si echo un vistazo? —comenta de pronto, tomando un trozo de tela que baila aferrado a la carrocería entre los dedos y tensándose bajo el uniforme.

—¿Tiene una orden o algo? Quizás he visto muchas películas, pero creo que la necesita, ¿no? —prosigo, acercándome a este y cruzándome de brazos. Que no digo que lo haga para que se fije en el precioso escote que me hace mi sujetador nuevo, que si lo hiciera tampoco me importaría, mas no lo hago por eso...

—Abra el malero ahora mismo —sisea, encañonándome a tal velocidad que a duras penas mantengo la orina dentro de la vejiga. Con la misma rapidez con la que decidí que me lo montaría con él, llego a la conclusión de que le rompería las piernas con un martillo sin ningún tipo de remordimientos.

—¿Estás de broma?

—¡Que lo abras!

—Mónica, hazle caso —escucho la voz de Tessa como si estuviera a miles de kilómetros de aquí. ¿Por qué me resulta tan endemoniadamente complicado obedecerle?

—¿O qué? Esto podía solucionarlo con una sencilla prueba de alcoholemia, pero a los tíos como él les encanta hacerse los machitos, ¿verdad? ¿Eres el que la tiene más larga?

—¡Mónica! —exclama Ana.

—¿Qué! ¿No lo veis? —gruño, señalándole acelerada. El compañero de este se ve obligado a interponerse en mi camino para que yo no evite que sea Sarina la que cumple tan demencial orden.

Si no fuera porque hace un frío de mil cojones y que estoy de un humor de perros, me descojonaría de la cara que se les queda. ¿De verdad creen que llevamos un cadáver en el maletero de paseo?

La puerta se alza de golpe. Si se me diera bien hacer suposiciones diría que el hecho de que un zapato salga rodando no ayuda. ¿Por qué se tapa la boca de esa forma? ¡No huele a nada! ¡Es imposible! Menudo exagerado...

—Frank, echa un vistazo aquí —le llama, solo falta que pida refuerzos. Pongo los ojos en blanco por puro instinto.

—Eso Frank, ayúdale a mover la pajilla que parece que él solo no puede. —Si lo hubiera meditado un poco más me habría dado cuenta de lo mal que puede llegar a sonar...

—¡Manos a la espalda!

—¿Qué? —Mi mandíbula cae ante semejante sinsentido, cuando saca las esposas sinceramente pierdo el color. Lo único que me impide patearlo cuando se acerca es que no creo que me quede bien el uniforme de prisiones si es tras los barrotes.

—Que pongas las putas manos a la espalda —exclama, guardando la pistola con rapidez y haciéndome girar. Antes de que me percate, ya me tiene sujeta y escucho un sonoro clic que reverbera en el interior de mi cabeza.

—Tomy. ¡Eh Tomy! —le llama su compañero—. No es necesario esposarla... —comenta, bajando el tono progresivamente al tiempo que empieza a rebuscar entre las entrañas del muñeco de paja—. ¡De verdad! ¡No es necesario!

—Hazle caso, ¡suéltame ahora mismo!

—¿Y si no quiero? —inquieta sobre mi oreja, tan pegado a mi espalda que lo siento de pies a cabeza, incluida la dureza de su arma.

—¡Yo no me he cargado a nadie!

—Todavía no he formulado los cargos... —prosigue, con ese tono grave que reverbera por mi ser y atraviesa mis neuronas. Estoy confusa pues, si bien tengo ganas de destruirlo, juraría que no estaba tan mojada un par de segundos antes.

—Lo del silencio no va con ella —comenta Tessa, si pudiera girarme...

—¿Silencio? Cuando me quite las esposas y...

—¿Nadie te ha dicho que tienes una lengua muy larga? —ironiza Tomy, dándome la vuelta y obligándome a apoyarme en el coche para poder alzar la cabeza en condiciones y enfrentarme a él.

—Varias veces —reconozco sin una pizca de vergüenza, estirando los labios en una mueca que trata de emular una sonrisa—, pero te prometo que, cuando acabe contigo, suplicarás que nunca me detenga.

—¿No debería ser al contrario? —¿Se está riendo? Trato en comprender el motivo y... me atraganto con mi propia saliva y me pongo roja como un tomate.

—¡Me refería a que suplicarás que tenga compasión!

—¿Eso haría? Soy un hombre de gustos duros —inclina la cabeza hacia la derecha— que no intima con chaladas que traen un cadáver en el maletero.

—Tío, suéltala ya —susurra el rubio que le acompaña. Ni siquiera lo miro, mis ojos están clavados en ese maromo que me sujeta con posesividad. El contacto me quema y, sin embargo, no me muevo ni un centímetro.

—¿Qué has encontrado?

—Un espantapájaros —soltamos al mismo tiempo, dejando ir mi frustración y pegándome a él. En realidad, le golpeo con las tetas pues olvido momentáneamente que no puedo emplear los brazos y mi mente lo encuentra una buena idea—. Dime, hombretón. ¿Qué se siente al abusar de tu autoridad?

—Tenía motivos fundados. —¿Incluso ahora es incapaz de retroceder? ¿Cómo osa plantarme cara de esa manera? ¡Qué bien huele!

—No eres más que un cobarde que disfruta esposando mujeres —le acuso, ¿me estoy restregando con él o es cosa mía?

Se inclina de tal forma que quedamos ocultos a cualquier mirada indiscreta. Su piel desprende tanto calor, tengo sed, hambre y... no sé, creo que mis conexiones neuronales están fallando,

mas juraría que lo que hace rompe alguna de sus normas. No obstante, qué bien sabe portarse mal...

—No has hecho más que provocarme. Reconozco que me tienes confundido. Dime, ¿cómo de apretadas te gustan? —gruñe tan bajo en mi oreja que un escalofrío me mece.

—Solo... me estaba defendiendo —suelto sin aire ni voz.

—Si quieres, la próxima vez te doy una palabra de seguridad.

—Yo no...

Se aleja de golpe, dejando que el aire frío me envuelva de tal forma que me siento perdida. Perdida y abandonada ante la forma en la que le lanza las llaves al rubio y le pide que me deje ir con un aviso.

El dolor de barriga se intensifica, al igual que la frustración. Me retengo lo suficiente para que ser liberada. Dejando que mis chicas lidien con el rubito, me lanzo sobre el coche patrulla en el que el malote se esconde y golpeo la ventanilla.

¿Qué pretendo echarle en cara? ¿Que me haya puesto como una moto y no me folle en condiciones? Vale, tengo argumentos, no por ello debo emplearlos. Inspiro y retrocedo mientras le observo salir.

¿Tiene que hacerlo a cámara lenta?

—Podéis seguir con la juerga —comenta mientras se recoloca la camisa y el cinturón en el que lleva el arma—. ¿Quieres algo más?

—¿No es obvio? Me sacas a la fuerza, me esposas, me insultas, ¡y te escondes! ¿Crees que por llevar una pistola puedes hacer lo que te venga en gana?

—Lo de la placa también ayuda.

Alzo los ojos y me pregunto cómo ha logrado llegar a este día sin que nadie le haya arrancado la cabeza. Lo peor es el tonito que emplea, como si fuera gilipollas y me estuviera dando una lección vital.

—Al menos deberías disculparte. —¡Ves! Puedo parecer muy cabal y razonable cuando quiero.

—¿Es eso lo que quieres? —¡Deja de meterte en mi cabeza!

—¿Qué más podría querer?

—Depende —suelta, pasándose la mano, nervioso, por la barba de tres días. Echa un vistazo a nuestra espalda y añade—: pero no podré ayudarte si no eres sincera.

—¿Ahora me llamas mentirosa? ¿Algo más?

—Depende, pregúntamelo cuando no pueda jugarme el culo. Estoy seguro de que podré enseñarte un par de cosas.

—¿Qué cosas?

Me tiende un papelito que, sinceramente, o lo traía preparado porque el muy prepotente se aprovecha de lo bien que le queda el uniforme para ligar con cuantas mujeres se le cruzan o se ha dado mucha prisa.

—Llámame cuando te aburras y te haré un par de esquemas.

—Imbécil —suspiro con una sonrisa, aunque suena a un halago coqueto y el me corresponde con una sonora carcajada.

—Lo dicho —remata rápidamente al ver que su compañero se acerca. Ni siquiera sé si nos han multado o algo por el estilo—, lo dejo en tus manos.

¿Me ha guiñado un ojo? ¿A qué se...? ¡Oh! ¿Ya se ha metido en el coche?

Tardo varios segundos en reaccionar y me detesto por ello. Cuando quiero gritarle un sonoro ¡cerdo! ya estaría fuera de lugar y ya he tentado lo suficiente a la suerte por un par de horas.

—¿Te vienes? —inquiere Tessa con sorna—. ¿Quieres hablar de algo?

—Estaba bueno, ¿verdad? Dime que no he perdido la cabeza y era un truño.

—Lo estaba.

—¡Yo lo corroboro! —aúlla Anita.

—Si tuviera que aguantarlo más de una noche seguida alguno de los dos terminaría herido —musito mientras me siento atrás y apoyo la cabeza en el hombro de Tessa. De pronto, necesito consuelo y que alguien me abrace fuerte.

—¿Una noche? ¿Pretendes quedar con él? —me interroga Sarina, poniéndose en marcha.

—Quizás —replico, moviendo el papel entre los dedos.

—Sigo sin tener del todo claro si el tío te gusta o tendremos que ir a ayudarte a deshacerte de un cadáver —piensa Tesssa en voz alta—. Tendré que comprarme un conjunto negro por si acaso. ¿Creéis que un pasamontañas sería demasiado?

—Te lo aclararé en la marcha. Si la noche va muy mal, tal vez me decida a llamarle —comento en voz alta. ¿A quién intento convencer, a ellas o a mí? En el fondo ya me pican los dedos y no dejo de preguntarme a qué hora terminará el turno.

—Yayaya. Anda y rómpele la cama. Se lo merece por gilipollas. ¡Mira que creer que somos capaces de matar a alguien y dejar tantas pruebas! —gruñe Sarina.

—¡Por supuesto! Primero descuartizar y... —comenta Ana.

—¿Descuartizar? ¡Puag! Demasiada sangre. No, mejor cemento y lo tiramos a un lugar profundo e inhóspito —la corrijo.

—¡Desde luego sería una noche inolvidable! —gritamos todas al unísono al tiempo que nos perdemos en la carretera, dejándonos llevar por el más caprichoso de nuestros jefes, el destino.

Capítulo 6

Tessa



Según internet, nuestro destino es uno de los más populares de la ciudad. Un lugar en el que has de hacer una cola interminable y cagarte en todo lo imaginable cuando, una veinteañera en unos tacones de veinte centímetros, decide clavarte todo el tacón de aguja.

—¡Me cago en...! —exclamo empujándola, si no fuera porque estamos completamente rodeadas, habría acabado con su pequeño culito prieto sobre la acera.

—¡Eh! —grita ella.

—¡Creo que me he quedado sin el dedo chico! ¡Esta tipa me ha dejado el pie como si fuera papilla! —bufo, sonriendo sin ganas al ver que la sensata de Sarina me toma del brazo como si temiera que me lance sobre la chica en cualquier momento.

—Venga, que nos toca.

Es como si hubiera sido engullida por una marabunta de personas y hubiera perdido mi

autonomía como ser independiente, es más, juraría ver a un par de tíos repetidos.

—¿Creéis que seremos capaces de encontrar el baño? —pregunto, tratando de sobreponerme sobre la oreja de Sarina—. Creo que ahora mismo estoy perdida y no hemos dado más que un par de pasos. Es como si nos moviéramos sin darnos cuenta.

—¿Lo dudas? La puerta se aleja irremediablemente —replica ella.

Necesito una copa, o puede que un par. Dudo que en este sitio tengan una buena cerveza artesanal ni un vino que no sirva para limpiar cañerías.

—Creo que he metido panza en dos ocasiones ya para evitar roces innecesarios —sisea Mónica.

—¡¿A ver qué coño hago con este culo tan bonito que dios me dio?! Tampoco quiero ir toda la noche pegada a la pared —me uno, dejando que me guíen hasta un par de chupitos que me alegran el alma.

Y bailamos, bueno, Anita baila y nosotras la seguimos como podemos. Creo que esa chica no tiene huesos y que, por momentos, incluso olvida nuestra existencia. No es que la música sea de mi gusto, sino que las notas graves hacen vibrar mi anatomía en una frecuencia única y perfecta. Así, entre canción y canción, nos vamos agotando. Nos abrazamos y saltamos, Sarina empuja a uno que se pone demasiado pegajoso y el resto son ignorados con gran habilidad. ¡Incluso algún veinteañero muestra interés! Si bien eso me sube el ego, no va más allá.

El DJ es un hombre de apenas un metro setenta que parece más interesado en el vaso que en cuanto le rodea. El hastío que muestra es quizás lo que me lleva a reparar en su persona y acercarme, aunque el hecho de que ponga alguna canción que pueda conocer también ayuda.

—¿Qué hace falta para pedir un tema? —Trato de sonar sexy, fallo estrepitosamente.

Sus ojos azules caen sobre mí con cierta sorna y bebe, como si no fuera más que una esponja al que alguien se olvidó de informar de ello.

—Dudo que pueda empeorar la calidad. ¡Música comercial la llaman! —se queja, procediendo a encogerse de hombros mientras me tiende la mano, señalándome el teclado de su ordenador.

—¿Yo?

—¿Pretendes que sea capaz de leerte la mente?

—Tampoco hace falta que seas tan impertinente —suelto al colocarme a su nivel, ignorando el tufillo a vodka que desprende. Sus ojos están surcados de numerosas venitas rojas y las pupilas tan dilatadas que, si este no va hasta las cejas, yo soy monja. Me muevo con rapidez entre tanta opción y aprovecho para modificarlas un poquito...— Listo.

—Y dime, preciosa. ¿No tengo nada más que pueda interesarte? —inquieta dejando que las s se alarguen innecesariamente. Eso o le patina la lengua, lo que es más que probable.

—No.

—Venga... Aquí atrás tenemos un reservado la mar de cuco, seguro que te han montado en sitios peores.

—¿Perdona?

«Venga, pegar está mal y más cuando el individuo apenas logra mantenerse en pie», me digo, al menos hasta que siento la mano del muy descarado apretándome el culo. La bofetada queda opacada de tal forma que, si bien he imprimido en ella todas mis fuerzas, me recuerda a una de esas películas sobreactuadas en las que el actor sale volando por los aires.

—¡Pero qué cojones! —Se lleva la mano a la boca y esta se vuelve carmesí, más bien negra.

—Si vuelves a tocarme no te reconoce ni tu madre —aseguro, reafirmandome en el subidón que he sentido e inclinándome sobre su persona. Me da asco, un asco que crece a medida que comprendo cuáles eran sus intenciones. La idea de que ese tipo ponga las manos sobre mi persona me revuelve las entrañas.

—¡Que te follen! ¡Estás como una puta cabra!

Logra incorporarse gracias a que se aferra a la mesa con ambas manos. Su copa yace rota a un lado y por poco termina desparramando el equipo informático, pero lo logra, que ya es mucho decir. Trato de pasar a su lado, antes de que lo consiga me cierra el paso con su propio cuerpo.

»Deberías compensarme por ser tan frígida.

—Claro, podría meterte el pie por el culo. ¿Eso te causaría algún tipo de placer? Porque si tan interesado estás, no tengo ningún inconveniente. —Una chica pasa lo suficientemente cerca de esta especie de podio y aprovecho para arrebatarle la consumición, que dejo caer sobre la cabeza del DJ con gran placer—. ¡Pero si ya estás lubricado y todo!

—Te voy a...

Levanta el puño y me encojo, un acto reflejo rápido que me deja en evidente desventaja.

«Muévete. ¡Haz algo!».

Mi cuerpo no reacciona, limitándome a observar cómo, a cámara lenta, se aproxima.

—¡Estábamos con Jackie Chan y no lo sabía! —aúlla Sarina, cogiéndolo por la muñeca y retorciéndole el brazo con tanta soltura que este acaba de rodillas y gimiendo mientras ella ni siquiera se despeina—. Pero... Un hombre de verdad jamás lastimaría a una mujer y tú... —Con ese «tú» gira un poco más su brazo, sus ojos brillan amenazantes, demostrando un control absoluto sobre el cabrón—. Tú pretendías lastimarla y la mera idea me vuelve loca. ¿Sabes lo que sucede cuando me vuelvo loca?

Es una pregunta retórica, en ningún momento espera una respuesta y aprovecho la oportunidad para recuperar mi dignidad y amor propio mientras me alzo en todo mi esplendor. Yo misma deseo clavarle los dientes y desgarrarle la yugular por haberme hecho sentir tan pequeña en cuestión de un segundo y lo agarro por el pelo, obligándole a echar la cabeza hacia atrás.

—Gracias —aúllo girando el rostro hacia ella, alzando los ojos para contener la humedad. Tenso los dedos disfrutando de cómo los cabellos se enredan entre mis falanges, amenazando con desprenderse del cuero cabelludo.

—Sabes que me considero una buena persona, no obstante... si le pateas un poquito las pelotas no seré yo quien te juzgue —comenta Sarina, inclinándose sobre la oreja del baboso y sonriendo cual lobo. Es amenazante cuando quiere, una de esas mamás osas que parecen puro algodón de azúcar, al menos hasta que tocas a uno de sus oseznos.

Preparo la pierna y me percató de dos seguratas que, contra marea, se acercan a gran velocidad. Presupongo que nos creen locas y tratarán de impedirlo, ¿qué otra oportunidad tendré de vengarme?

Si alguien me pregunta estoy borracha y no controlo, ¿estamos?

La punta de mi zapato impacta contra su entrepierna a gran velocidad, gime y cae inconsciente. Desde luego el golpe ha sido eficaz, yo misma me aplaudo satisfecha, regodeándome al tiempo que, reconoceré, me aproximo para comprobar que no me lo haya cargado.

Sí, sé que es un miedo un poco ridículo, aunque me pregunto si es posible que sus pelotas exploten y pierdan el liquidillo que llevan, tipo pelotas anti estrés.

Lo mío es pensar en tonterías cuando estoy nerviosa, eso y las huidas rápidas mientras me dejo arrastrar y localizo a las otras dos mosqueteras. En el fondo ese pequeño bache nos ha hecho fuertes, invencibles, e incluso le echo la lengua a uno de esos armarios empotrados que, si bien no es mucho más alto que yo misma, podría aplastarme con una sola mano.

—Deja de mirar hacia atrás que nos ralentizas —me regaña Sarina, mientras sortea a un par de adolescentes iguales.

—¿Qué ha pasado? —pregunta Ana, al tiempo que se termina la copa y se la deja en la mano a

un chaval que, desconcertado, observa el objeto con los ojos como platos.

—¿Os habéis cargado a alguien y no habéis avisado? —aúlla Mónica, imponiéndose a la música.

—Por lo menos, si acabamos detenidas, ya sabemos por quién preguntar, ¿no? —la pincho a la defensiva.

—Todavía no me he decidido. La noche es joven —replica ella, frunciendo el ceño a la vez que las cuatro salimos por la puerta en tromba y dejamos que el aire frío nos despeje.

—¿Y mi abrigo? —tartamudea Ana, abrazándose a sí misma. Esa chica tiene frío hasta en el infierno...

—Lo tengo yo —comenta Mónica, lanzándoselo y volviéndose hacia los soldados que, incansablemente, nos han seguido los pasos.

¿Qué nos hace creer que la acera se ha convertido en zona segura? No obstante, actuamos como si fuéramos intocables mientras, con todo el morro del mundo, les puteamos un poquillo.

Debería estar más preocupada ante lo fácil que sería para ellos llamar a la policía, ¿cómo es posible tener unos ojos tan dulces y al mismo tiempo parecer un puñetero gladiador? La sola idea de verle sudoroso sobre mí me seca la boca.

—Vais a tener que dar muchas explicaciones —jadea el moreno delgadito, enfrentándose a Ana que, si bien no sabe de qué va la cosa, no se deja acojonar.

Casi de un salto, Sarina se coloca ante ambos con los brazos cruzados. ¿Ha gruñido? A mi mente acude la imagen de un majestuoso y peligroso rottweiler.

—Ahora mucha prisa y cuando se os necesité, ¿qué? ¿Empolvándoos la nariz? —bufa, conteniéndose para no obligarles a comer el polvo. A pesar de la diferencia de tamaño, si tuviera que apostar por alguien, me quedo con la karateca sin dudar.

—¿Ahora necesitabais protección? Nuestro compañero cayó redondo con la patada... —asegura el chaval, bajando el tono hasta terminar con un gemido. Lleva eso de la solidaridad masculina demasiado lejos. ¿Se ha puesto blanco?

—Tiene suerte de que no fuera yo. Le habría...

—Atrás Kill Bill —musita Mónica, tratando de detenerla sin mucho éxito, pues nuestra amansadora particular ha sacado las uñas y a mala leche no le gana nadie.

—¿Atrás? ¡Dejadme! ¡Puedo yo sola con estos dos! Mucho músculo, mucho músculo, y después no sirven para nada —sigue rumiando mi morenita, con esa forma tan suya de dar saltitos detrás de Mónica. Solo le falta un: agárrame que le reviento.

—Al menos nosotros no dejamos que un par de copas se nos suban tanto a la cabeza. Hay que saber beber —replica este molesto.

—¿Qué forma de hablar es esa? —inquieta Anita, ignorando a las dos luchadoras completamente, al tiempo que baja ligeramente el rostro. Su mandíbula está tan apretada que juraría que acabado de escuchar cómo rechina los dientes.

—Tus amigas han atacado a nuestro DJ, si...

El gladiador, ese bombón pelirrojo de finos labios, no interviene; si no contamos con que no me saca el ojo de encima.

—Supongamos que lo que comenta es cierto... —suelta Anita. Uff, le está hablando de usted, el pobre no sabe con quién está tratando—. ¿Conoce todos los detalles para poder afirmar con contundencia que ella no poseía motivos, más que suficientes, para su proceder?

—¿Perdón?

—Me alegra que al fin nos entendamos, pero no soy yo con quien debe disculparse —suspira, sonriéndole ligeramente y dejándolo descolocado.

—¿Vais drogadas? —vuelve a intentar el moreno, con un tono mucho más dubitativo, como si

no supiera cómo proceder si no nos lanzamos sobre él o le insultamos cual barriobajeras.

—¿Venden estupefacientes en su local? —contraataca Anita.

—¿Cómo?

—Comiendo. ¿Y bien? ¿Venden estupefacientes en su local? Teniendo en cuenta que asegura habernos visto salir de ahí es una suposición lógica, ¿no?

—Podían haberlos traído de otra parte —insiste el moreno.

—¡Y una mierda! —se escucha gritar a Sarina—. ¡Dímelo a la cara! ¡Irresponsables! ¡Cobardes!

—Presupone de nuevo —canturrea Ana, subiendo el tono y conteniendo la sonrisa—. ¿Cómo puede demostrarlo? Entonces, ¿qué tipo de seguridad tienen que permiten el acceso a su local de personas con este tipo de sustancias en su poder? ¿No cuentan con medios suficientes o está en su política cierta permisibilidad para que, si bien puedan negar cualquier tipo de responsabilidad al respecto, eso sea un plus para aquellos que estén interesados en consumir?

—Tenemos mucho cuidado con esas cosas.

—Así me gusta. Si no quieren nada más... —finaliza mi pequeñaja, recolocándose el abrigo con elegancia y tomando a Sarina del brazo.

Si no fuera demasiado recochineo, le sacaría una instantánea a la cara de bobo que se le queda al moreno. El gladiador decide intervenir y yo le guiño un ojo, un gesto que retiene su mirada varios segundos más en mi persona.

—Impresionante. ¿Cuándo llegamos a la parte en la que explicáis por qué atacasteis a nuestro DJ? —su tono irónico me resulta fascinante. Me apetece chico malo para cenar, de esos que nunca sacarías de la cama y, por ello, camino cual femme fatale hasta Anita y coloco la mano sobre su brazo, tirando de ella ligeramente hacia atrás y tomando su lugar.

Nos enfrentamos un instante en silencio, aspiro su aroma y disfruto de la experiencia. No pretende dejarnos marchar fácilmente y me decepcionaría que así lo hiciera.

—Lo increíble es que permitáis que un DJ borracho y drogado... —siseo.

—¡Presuntamente! —interviene Ana.

—Y drogado —reitero— me quiera zurrar porque no acceda a chupársela a cambio de una asquerosa canción.

—Ya veo... ¿No lo consideráis interesante? —comenta Ana, llevándose la mano al mentón.

—¿Cuántas han acudido a vosotros quejándose de él sin que movierais ni un dedo? —adivino, asqueada ante tal pensamiento—. Pero eso no importa, a él le protegéis sin tener en cuenta cuánto daño haga, ¿no?

—¿Fue eso lo que sucedió? —continúa, mostrando interés y acercándose a mi persona.

—¿Qué respondisteis a esas chicas?

—No puedo reconocer que dichas mujeres existieran.

—Yo tampoco que haya golpeado a ese cerdo o que, de tener tiempo, no le hubiera dejado el miembro hecho papilla —me encojo de hombros.

—¿Le diste duro?

—¿Pretendes que confiese algo que no sucedió? —suspiro, percatándome de que de su nuca pende una larga trenza decorada que me resulta irresistible. ¿Cuántas mujeres se perdieron en el tatuaje que se entrevé a través del cuello de su camiseta?

—Solo si lo consideras un pecado.

Algo me dice que no está molesto, ni siquiera interesado en aquel payaso, aunque no ceba en su empeño de sonsacarme mientras otea mis labios como si cada movimiento fuera especial en sí mismo.

—Roberto, deberíamos llamar a la poli y que se encarguen —razona el moreno.

—Quizás —raro era que Mónica no hubiera dicho nada, aunque tengo la impresión de que el poli le trastocó algún tornillo, lleva todo el rato jugando con varias pajitas mientras sus ojos se pierden a lo lejos—en lugar de buscar culpables y sustancias fuera, deberíais revisar a los vuestros —comenta, matizando ese «vuestros» con asco—. Sus pelotas reventadas serán el menor de vuestros —vuelve a matizar— problemas.

—O, tal vez —responde furioso el moreno, siguiéndole el juego al remarcar el «tal vez»—, acabéis con el culo entre rejas esta noche.

—¿Por qué? No logramos alcanzarlas y, que nos crucemos en la calle con unas mujeres igual de hermosas, no es motivo para jurar que sean las mismas —suspira Roberto, sin prestar la más mínima atención a nadie que no sea yo.

—¡No pienses con la polla! Tío, ¿no ves que están como una puta cabra? ¿De verdad crees que lo más lógico, cuando te tiran la caña, es patearle las pelotas a alguien?

—Si Sara no hubiera intervenido, ¡me habría roto la nariz de un puñetazo! —exclamo, olvidando el calor que siento y la excitación, recordando cómo el miedo me paralizó y convirtió en alguien que no soy.

Mónica parpadea y se une a Sara, incluso Ana cierra las manos dispuesta a pelear.

—Que hizo, ¿Qué! ¿¿Dónde está ese tal DJ?! ¡Que salga ahora mismo! A ese le reviento —sisea Mónica mientras Sarina asiente satisfecha.

—Si lo hubieras visto... Corta se quedó con la patadita. Tan chulo y cayó redondo con un golpecito de nada... —susurra Sarina, lo suficientemente alto para que todas la escuchemos.

—Quizás deberíais facilitarnos los datos del implicado, incluida su dirección, para que podamos aclarar toda esta situación —solicita Anita con voz neutra.

—Aclarar o esperarle de noche y partirle las piernas... —sugiere Mónica.

—Shh... No digas eso que luego pueden relacionarnos con lo que pueda suceder —murmulla Sarina con el dedo ante los labios.

—Con la de enemigos que tiene no creo ni que lleguen a interrogarnos —tercia Ana.

—Tendríamos que deshacernos de ellos —comenta Mónica, señalando de reojo al moreno, que alza los brazos al cielo.

—¡Están idas de la olla! O llamas tú o lo hago yo —amenaza el moreno.

Roberto, ese chico juguetón que me sonreía un instante antes, se gira con rapidez a la vez que sus rasgos se oscurecen. El moreno calla de golpe y él vuelve a mí.

—¿Te gusta castigar a aquellos que se portan mal? —suena tanto a sugerencia que se me suben los calores. ¿Cuánto tiempo hace que nadie me trata como si deseara rasgarme la ropa ahí mismo, sin importar quién pudiera vernos? Mi mente vaga entre el deseo más doloroso y la rabia por lo acontecido.

Niego con la cabeza, sin aire o capacidad de pensar. Da un último paso y pega la boca a mi oreja, dejando un escalofrío con cada letra que pronuncia, con cada golpe de voz:

—¿Le diste muy duro?

A mi mente acude una estrofa de una de mis canciones favoritas:

«Me vuelvo valiente y le beso en los labios...»

Solo que yo no le beso en los labios, sino que tomo su cabeza y le fuerzo a mirarme, a perderse en mis ojos y a sentir cómo mis manos tiemblan ante el contacto.

¡Soy un puto flan y ni siquiera me ha besado!

«¿Ahora quieres que te bese? ¡Que te folle y te deje con sonrisa de gilipollas por toda una semana!»

Hombre, a pedir me quedo con la segunda opción, todavía me faltan arrestos para llegar tan lejos

y me conformo con susurrar casi sobre su boca:

—Yo elijo con quien quiero portarme mal y eso es algo que el DJ no comprendió —musito.

—¿Qué tengo que hacer para salir escogido?

—Sorpréndeme.

El jaleo ha atraído a múltiples curiosos y me percató de que hemos llamado demasiado la atención cuando Anita me toma del brazo nerviosa pidiéndome que nos vayamos. Lo último que me espero es que él me retenga o la forma en la que envuelve mi cintura.

—¿Tengo permiso para robarte un beso? —me interroga.

—Si me pides permiso no sería robar.... —jadeo sin voluntad propia.

—Pero si aceptas prometo morderte la lengua a traición —comenta juguetón.

Le miro completamente hipnotizada y asiento.

Asalta mi boca cual huracán, demostrándome esa fuerza y determinación que emana por cada poro de su cuerpo. Los hombres como él no piden, dominan, y es exactamente eso lo que hace con mis labios mientras los aplasta con los suyos, al tiempo que nos enzarzamos en una rabiosa batalla.

El contacto es precipitado y dulce, huele a sexo y determinación, a la promesa de que juntos podríamos hacer temblar el mundo.

Me sujeta por la nuca, revolviéndome los cabellos. Me inmoviliza como si, de ejercer la presión suficiente, pudiera meterse bajo mi piel, sin embargo, lo hace de forma que, en ningún momento, llegue a lastimarme.

Y me suelta, dejándome libre, confusa, desorientada y... feliz.

—Vámonos ya.

¿Quién dijo eso?

—¡Muévete! Creo que ese imbécil sí que llamó a la poli —añade Mónica, con una paradójica mueca emocionada.

Giramos en la esquina y mi gladiador nos detiene, devolviéndome el bolso que no recuerdo haber perdido.

—Mira en el bolsillo pequeño —susurra sobre mí, antes de alejarse.

Capítulo 7

Ana



Escapar de la policía es tan excitante como aterrador.

De golpe y porrazo volvemos a tener diecisiete años y eso nos lleva a olvidar el dolor de pies o los kilos que los años nos regalaron. Simplemente nos dejamos los pulmones mientras reímos y tratamos de orientarnos, tan cegadas por la emoción que el mundo vuelve a ser inmenso y estar lleno de posibilidades.

Casi sin aliento, llegamos al coche y nos apoyamos en él unos segundos para recuperar el alma.

—Abre de una puñetera vez —exige Mónica, sonriente y nerviosa, tirando suavemente de la puerta—. Lo último que quiero es haber hecho deporte para nada.

—¿Para nada? Si no bajo veinte kilos entonces denuncio a los gimnasios por publicidad engañosa —jadea Tessa, abrazada al bolso como si temiera perderlo.

—No encuentro las llaves —gime Sara, con el rostro pegado al teléfono y la mandíbula

completamente desencajada.

—No jodas, que tú no has bebido nada —suelta Mónica, acercándose a ella y robándole el aparato—. ¿Has probado a mirar en el bolsillo?

Sarina se encoje de hombros y baja la cabeza, completamente perdida en el interior de sus pensamientos.

»¿Quién coño es este? —pregunta Mónica, alzando la voz a medida que sus ojos se deslizan por una serie de mensajes—. Que... uff. ¿Cuántos wasaps te mandó? ¡Joder!

—No lo sé —suspira Sarina, recuperando de un manotazo su teléfono y bloqueándolo.

—¿Qué pasa? ¿Nos vamos? —intervengo, colocándome entre ambas—. Ahora más que nunca necesito beber algo. Sin alcohol —matizo.

—Debes reconocerle el mérito. La mayoría de los tíos ni siquiera hacen el intento y, de hacerlo, soltarían algo como: estás para follarte del derecho o del revés —suelta Mónica con voz grave e hinchando el pecho.

—Pero, ¿de qué habláis? —gruño, cotilla hasta la médula y dejando que la curiosidad vuelva a ganarme.

—Esta, que tiene un romeo que le manda mensajes anónimos —espetea Mónica, dejándonos con ganas de más y con cierta envidia al resto. ¿Quién no ha soñado con esa voz que, pudiendo adoptar el rostro que más nos guste, nos adule desde las sombras?

—Joder... dime que es bueno —casi suplico, tratando de robarle el dispositivo.

—¿Bueno? Mírale la carita. En su cabeza está haciendo una lista de todos los posibles candidatos para darle un buen repaso y saber si le gustan o no dichas atenciones —discierne Tessa.

—Seguro que es un viejo verde que a saber cómo consiguió tu... —Mónica cierra la boca de golpe, recordando súbitamente que tiene ganas de ir al servicio y que la conversación ya no le interesa tanto—. Vámonos lo más lejos posible de aquí. Podéis seguir con el cotilleo en otra parte.

—¿Por qué tengo la impresión de que nos ocultas algo importante? —le pregunto de pasada mientras tomamos asiento, ella me ignora completamente—. Sara... venga... déjame echarles un ojito...

—No son... El caso es que...

—Son pornosos. De esos que te encienden sin remedio y te llevan a hacerte un par de dedos. ¿Sabéis de qué os hablo? —suelta Mónica, alzando ambas cejas dos veces sugestivamente—. Pues de esos.

—¡Pero si esos son los mejores! —intento de nuevo.

—¿Si os los muestro cerráis el pico? —cede tímidamente, necesitando un par de mentes más que la aconsejen. Sus ojos destellan cuando los alza y clava en mí—: Seguramente sea algún tipo de broma...

—Dame anda y deja de subestimarte. Me sorprende que esto no haya pasado antes. ¡Eres una rompecorazones! —grito.

—Rompe-penes diría yo —musita Mónica, aunque soy la única que llega a oírla.

Desconocido:

Me has roto el corazón y ni siquiera eres consciente de ello.

Sin embargo, por más que te arrepientas de nuestro encuentro, no podrás arrebatarme los recuerdos.

Todavía puedo sentir tus piernas envolviendo mis caderas mientras te penetro y eso me está volviendo loco.

*Preciosa, ¿qué tengo que hacer para convencerte de que es buena idea volver a verme?
Si pudiera sacarme de la cabeza la forma en la que esas motitas verdes bailaban en tus ojos
mientras te corrías y me estrangulabas, te prometo que no querría hacerlo.*

—Lo reconozco, es bueno. Y bien, ¿ya sabes quién es nuestro poeta? —canturreo, momento en el que el aparato suena y ella prácticamente me placa para hacerse con él.

Desconocido:

*Ahora quiero ser yo quien te pruebe.
Sentir tu néctar en mi boca, hacerte enloquecer solo con la lengua.*

—¿Néctar? —ironiza Mónica, pues todas estamos en plan cuervo sobre Sarina en un intento de leer también los mensajes.

—A mí me gusta más lo de la lengua. Si lo sabe hacer es una gozada... —gruño, apretando las piernas en un intento de contener el tirón doloroso que acabo de sentir. Pocas veces logré llegar al cielo con la lengua, pero cuando lo hice...
Menudo calor hace de repente.

Desconocido:

Sé que estás ahí, ¿no vas a saludarme?

Sarina se aparta el pelo del rostro inquieta, se pasa la lengua por los labios y bufa cual animal acorralado.

—¿Le mando a la mierda? —pregunta abochornada y completamente excitada. Eso sí que es una aventura y lo demás son tonterías.

—¿De verdad es eso lo que quieres hacer? —la tiento.

Los dedos de Sara se mueven por el teclado y a gran velocidad, para borrar una y otra vez las mismas palabras. El miedo a lo desconocido la paraliza, a pesar de que anhelamos salir de esa zona de confort nos hemos acostumbrado demasiado a ella.

—Sé mala y deja de preocuparte por lo que todavía no ha pasado —le aconsejo, sonriendo ante las palabras picantes que Tessa y Mónica susurran a su oído.

—¡Si le pone eso el tío la va a buscar hasta debajo de las piernas! ¡Piedras! ¡Hasta a mí me has puesto nerviosa! —exclama Tessa.

—¿Qué? Me parece que es una frase infalible —suelta Mónica, alzando el rostro con orgullo.

Sara:

*Tendrás que esforzarte mucho más para ganar mi atención.
Buenas noches.*

—¡Guau! Qué dura —comenta Tessa, aplaudiendo cuando no tarda ni un segundo en obtener respuesta.

Desconocido:

*¿Qué tendría que hacer exactamente?
Tengo mucha imaginación y, de ser preciso, también soy muy bueno siguiendo órdenes.
Dime, pequeña, ¿qué deseas?*

—¡Pequeña! —Sarina lanza el teléfono lejos y este se desliza bajo los asientos. Se remueve inquieta y colorada. Los ojos castaños de Sara brillan, matizados por cientos de motitas verdes —. Puso pequeña, ¿verdad? No he leído mal. Puso pequeña y el único que me ha llamado pequeña es... No es posible. ¿Cómo coño podría tener mi número? No, es solo una casualidad. Y yo aquí, comportándome como una auténtica pirada...

—¿Nos lo explicas? —suspira Tessa, tratando de serenarla mientras la toma de las manos. Su experiencia como psicóloga ayuda mucho en este tipo de situaciones. Aquí me doy cuenta de lo realmente chiquito que es el coche.

—El tío, el del sushi. Es él, tiene que ser él.

—¿Eso es algo malo? Vamos, que quiere un segundo asalto y, por la sonrisa que lucías... —insinúa.

—No la agobiéis. ¿Para qué acelerar las cosas? —interviene Mónica, bajando el tono y sonriendo insinuante mientras Sarina se retuerce y estira hasta recuperar el infernal aparato—. ¿Cuántas veces en la vida puedes testear con un tío que dirá todo lo que quieras para meterse entre tus piernas?

—No sé si quiero volver a verle... —rumia Sara testaruda, aunque sus ojos no se despegan de la pantalla ansiando que vuelva a escribir, necesitando un par de palabras más por su parte.

Desconocido:

Te conquistaré tan despacio que no llegarás a darte cuenta de que me necesitas en tu vida hasta que sea demasiado tarde.

Marcaré mis dedos en tu piel, recorreré cada pliegue de tu cuerpo hasta memorizarlo, aunque, ni siquiera entonces, dejaré de tenerte las ganas que te tengo.

Sara:

¿Lo has sacado de alguna canción?

Desconocido:

Solo me limito a adornarlo un poco, dudo que quieras que te diga que follas como una diosa y que, después de estar entre tus piernas, estaría pirado si no quisiera quedarme ahí indefinidamente.

Deseo convertirme en un ocupa.

—Tierra llamando a Sara, tierra llamando a Sara. ¿Hay alguien ahí? —grita Mónica.

Desconocido:

¿Mañana estás libre para comer? Hago una boloñesa de infarto.

—La idea de quedarnos aquí toda la noche no nos atrae. ¿Qué tal si nos llevas a algún antro con buena música para que puedas suspirar en paz? —sugiere Tessa.

—Si crees que puedes dejarnos para tirártelo... ¡Por supuesto! Prometemos no sentirnos ofendidas por ser sustituidas por una buena polla —comenta Mónica, sintiéndose orgullosa, aunque esperando algo más para confesar su implicación en lo sucedido.

—¿Nos dejarás solita por un par de orgasmos? —me burlo, a pesar de que no me agrada la idea, con una sonrisa.

—Quizás mañana. ¿Desde cuándo cambiaría a una de mis locas por un tío de la calle?

—¿Un tío de la calle? Has visto demasiadas películas —suspiro agradecida, pues sería como

abrir la veda y todavía no estoy preparada para regresar a mi piso. Si bien sé que en modo avión es imposible que me lleguen los mensajes, cuando tomo mi teléfono para revisar la hora lo hago con el corazón a mil. La rabia me hacer hervir por dentro, llevándome a una necesidad completamente nueva.

Beber para olvidar, para no pensar y para no tener las ganas que tengo de partirle la cara al cabrón de mi jefe.

»Acelera y larguémonos cuanto antes. Voy a poner a prueba eso de que el alcohol ahoga las penas.

—¿De verdad? —se sorprenden las tres.

—A este paso la semana que viene me cargo a alguien —me encojo de hombros. Me lo he imaginado tantas veces que ya sé cómo haría paso a paso.

—¿Sigue jodiéndote ese cabronazo? —pregunta Sarina, dejando a un lado su propia vida para interesarse por la mía.

—Si el cabronazo es un prepotente, orgulloso y soberbio, entonces sí. Tiene demasiado miedo a que le superen para tenderle la mano a nadie y, lo único que hace en compensación, es poner la zancadilla —describo, señalando un pequeño bar en la esquina que, a pesar de su tamaño, ha congregado a una gran multitud—. Sin importarle quien caiga, incluso si se trata de un hombre inocente que irá a prisión durante meses sin necesidad.

—Un trepa de toda la vida —concluye Mónica y es ahí cuando me llega la inspiración divina.

No quiero volver, no quiero recibir órdenes nunca más de un hombre amargado que sonrío por puro instinto de supervivencia y que jamás alcanzará esa perfección a la que aspira. Nada llegará a llenarle porque hace mucho tiempo que perdió su brújula moral.

—Y sí... —empiezo dubitativa pues, en el fondo, a todos nos sienta genial eso de ganar dinero suficiente para sobrevivir.

—¿Y sí? —me tienta Tessa.

—¿Y si me ayudáis a redactar mi carta de dimisión?

—¿Estás segura? —me interroga Sara, poniendo el freno de mano.

—Debí pirarme mucho antes —reconozco, preguntándome cuándo perdí la chispa y dejé de sentir mariposas en el estómago ante la idea de cambiar el mundo. Hacer cosas grandes. Estoy cansada de ir por ahí como un sonámbulo que camina en círculo—. Ahora quiero que hagamos la carta más estrambótica e inolvidable que se nos ocurra.

—¿Todo vale? —sisea Mónica con una mueca diabólica.

—Todo vale —confirmo.

—Será inolvidable —me promete Tessa, con un par de frases ya tejiéndose en su cabeza.

Todas tenemos en mente a alguien que nos jodió de lo lindo solo porque tenía el poder de hacerlo. Personas demasiado egoístas para comprender que existe algo más allá de su propio ombligo o de lo que sus actos podrían ocasionar en las vidas de quienes les rodean.

—Pero con elegancia —acoto, partiéndome el culo yo sola a continuación. Quizás he perdido la cabeza o nunca he llegado a estar cuerda. Algo bastante sobrevalorado, en mi opinión.

Por eso y porque me acompañarían hasta el fin del mundo de ser necesario, terminamos sentadas en penumbra, con media docena de servilletas ante nosotras que han perdido su orden hace dos chupitos.

—¿Me lo lees de nuevo? —pide Mónica, limpiándose todavía las lágrimas.

—Si sigo así me voy a quedar ciega —suspira Tessa, acercando los trocitos de papel a los ojos y achicándolos para lograr descifrar los garabatos—. Por la presente...

—¿No os parece demasiado formal? —la interrumpo, relamiéndome ante las gotitas de granadina

que se han quedado adheridas a mis labios.

—Teniendo en cuenta lo que va después... —Sarina alza el vaso con coca cola y nos invita a brindar por un nuevo comienzo, por ese momento de inspiración y por el mañana. De vez en cuando se escapa al servicio, pero eso son pequeños detalles para otro día.

—Una pena que no pueda estar delante mientras la leen... —Asiento, abstrayéndome mientras recita una carta que necesitaba ser creada.

Por la presente les comunico mi dimisión.

Tras tantos años aceptando las órdenes inconexas e incompletas de quien, antes que compañero, es un lameculos; he decidido buscar mejores formas de perder el tiempo.

Mas ahora, que no pende sobre mi cabeza la espada de Damocles, puedo permitirme exponer lo siguiente:

Un abogado no es mejor por gritar, protestar o lloriquear, recordando en voz alta a quienes estén cerca lo mucho que hace y lo infravalorado que está.

No es mejor por estirar las horas hasta que podría colocar una almohada sobre su escritorio, aunque a quien firme nuestras nóminas les ponga ver el rostro de algún hombre abatido tras su mesa mientras ellos se largan a vivir la vida.

Nos encasillan tan pronto entramos, dejándonos en manos de personas que, lo que más temen, es que llegue alguien más listo que les arrebatase su lugar. Solo un psicópata puede vencer a otro y temo que algunos estudiamos las leyes para poder mejorar el mundo, no porque seamos auténticos monstruos con hermosas caretas.

Lo que está en juego son las vidas de nuestros clientes...

Existe algo llamado principios que, aunque pocas veces son respetados, deberían importar. ¿Cuál es el precio del dinero que llega a nuestras manos? ¿En qué momento dejaron de ser importantes las personas para ser solo un número más?

No les importa el cómo ni que sea justo, solo la imagen que dan y eso es peligroso, pues permite que muchos impresentables abusen de un poder que, en otras circunstancias, jamás tendrían. Ese tipo de individuos son cobardes por naturaleza y eso les lleva a desquitarse sólo con quienes saben que no se defenderán.

Y, sin embargo, nada de eso cambia una realidad que paladean irremediabilmente cada vez que salen al mundo:

No importa cuánto abusen de las personas que mandan, siguen siendo los mismos cobardes que temen mirar a los ojos a una mujer de verdad. El espejo es quizás otro de sus enemigos, uno que no pueden ignorar y les esconde verdades para las que no están preparados.

Quizás ya no haya forma de remediar la podredumbre que los ahoga, sin importar cuántas pastillas se metan o cuántas mujeres logren engatusar.

Para ustedes, el mundo siempre será un lugar oscuro en el que confiar o creer es demasiado peligroso pues temen enfrentarse a seres igual de perjudicados.

Ahórrenme la vergüenza de tener que fingir que los añoraré.

Atentamente,

Ana

Aplaudo como loca y tiro de Tessa hacia la pista de baile. Necesito quemar esa energía oscura que se desliza por mis huesos y músculos, que adormece mis pensamientos y me pide, me suplica, que me porte mal.

El último lugar en el que debería estar es aquí, porque cuando uno es libre descubre que existe mucho más que ese piso y ese trabajo que nos permite subsistir. Es como abrir los ojos a la emoción y la excitación, al miedo y a lo inesperado.

La idea es embriagadora o quizás el alcohol nuble mis pensamientos, pero sé que debo hacerlo ya, no puedo aguardar a mañana o jamás sucederá.

—Tengo que irme —suelto de golpe, corriendo a recuperar mi chaqueta.

—¿A dónde vas? —pregunta Mónica, mientras Tessa me sujeta para impedir que ese mareo que me deja embotada termine con mi culo sobre el pegajoso suelo. Es como si mis botas llevaran unos imanes súper potentes que me impiden caminar con normalidad.

—Al trabajo.

—Son las cuatro de la mañana —me recuerda Tessa.

—Seguro que no les importa. Son unos negreros, ¿os lo había dicho?

—Seguirán siendo unos negreros el lunes por la mañana, solo que tú serás una mujer más lúcida y con capacidad de mantener una conversación —replica Sarina, guardando el teléfono en el bolsillo, aunque sin sacar la mano de este.

—El lunes... Buff. Queda mucho para entonces y nadie sabe si el mundo terminará mientras tanto. Ya sé lo que puedo hacer... ¿Nos vamos a su casa? He tenido que llevarle documentos antes. ¿Os parece? Decid que sí o me voy yo sola.

—Dudo que puedas llegar —suspira Mónica.

—¿Y qué? —Mis ojos brillan y siento que debo hacer un gran esfuerzo por no llorar, puede que

no recuerde bien por qué, pero siento la inmensa necesidad.

—¿De verdad quieres hacerlo? —interviene Tessa, sujetándome suavemente por el mentón y perdiéndose en mis ojos. Es tan bonita, parece una muñeca que nunca ha roto un plato y, sin embargo, es fuerte como pocas.

—Necesito enfrentarle. Putearle y puede que también testigos a mi favor.

—Eso podemos hacerlo —comenta Sarina encogiéndose de hombros.

—¿Palas? —pregunta Mónica.

—¿Eres una asesina en serie y no nos lo has contado? —se burla Sarina.

Mónica me guiña un ojo y yo las abrazo, súbitamente enamorada de todas y cada una de ellas.

Capítulo 8

Sara



Encontrar el lugar es más complicado de lo que parece cuando sigues las instrucciones de una mujer que pasa de pedirte que vayas en dirección prohibida a recordar que en ese parque se magreó con uno a los diecisiete.

—No te recordaba tan parlanchina —musito, deteniéndome en la calzada y aceptando la botellita de agua que me tienden.

—Besaba bien, me encantaba cómo olía. Ahora ya no se preocupan tanto de los detalles como antes —se queja, pasándose la mano por el cuello y dejando caer los párpados. Su rostro es el de una joven que, una vez, estuvo perdida y estúpidamente enamorada; o creyó estarlo.

—¿Y tu jefe?

—¡A ese nunca le besé! ¡Qué asco! ¿Por qué me haces pensar en esas guarradas!

—Me refiero que a dónde vive tu jefe. Me queda poca gasolina y, de seguir dando vueltas,

acabaremos tiradas.

—Era un lugar de esos con ascensor y un portal súper pequeñito. Todo comprimido y viejo, aunque cuidado. Yo creí que estaría en una especie de psiquiátrico para ricos —se encoge de hombros como si tal cosa y pasa a mirar por la ventana cómo un gato se tumba sobre la hierba.

—¿Y ese lugar está cerca?

—En el infierno —se burla ella, apoyando la mejilla en la ventanilla y jugando a dibujar sobre el cristal.

—¿De verdad quieres ir? —interviene Tessa, llevando algo de cordura a la misión expeditiva.

—No lo sé. ¿Quiero?

—¡Qué narices! Vamos de una vez. ¿Quién no deseó alguna vez meterle el zapato por el culo al jefe? Una oportunidad como esta no se presenta más que media docena en la vida —brama Mónica, zarandeando desde atrás a Anita, que deja que su cabeza se meza sin fuerza un par de segundos hasta que abre los ojos de pronto y grita:

—¡Ahí! ¡Es ahí!

Desde la perspectiva de la única sobria del grupo, la estampa es, como poco, estrambótica, ¿por qué lo digo? Porque, cuando mis locas van a la guerra no lo hacen con las manos vacías, y se han pertrechado con lo siguiente:

Anita se ha sacado el cinturón de tela y lo mece cual látigo.

Tessa ha metido medio coche en el bolso y lo sujeta a modo de escudo.

Mónica, tras rebuscar unos minutos en el maletero, se ha conformado con el palo del que colgaba el espantapájaros (no por ello consideró necesario quitarle trozos de la camisa de este o la paja que hacía de torso).

Yo las llevo a ellas, la parte más complicada de todas.

—No gritéis mucho. No tengo los pies para salir corriendo —comenta Mónica, enseñándonos sus nuevas zapatillas de pokemon que se ha puesto en algún momento del viaje.

—¡Si vas en deportivas! —le reclamo, tentada a pedirle un cambio por unas horas.

—Pero son nuevas y me aprietan —refunfuña, sonriente al girar sobre sí misma para que las apreciemos mejor—. Hoy no conjuntan con mi fantástica lencería, pero siguen siendo bonitas, ¿no?

—¿Lencería? Oh la la —corea Tessa, abriéndole el escote para echar un ligero vistazo—. ¡Llevas ropa de guerra!

—Shingeki no kyogin es infalible —asegura divertida, recordando un detalle importante y añadiendo de morros—: Mientras no se ponga a hacer preguntas o spoilers mientras baja al pilón...

—¿Ya tienes a alguien en mente? —inquieta Tessa, moviendo las caderas de forma bastante gráfica.

—Hemos venido a dimitir, no a follar —farfulla Anita, señalando con insistencia el edificio del fondo—. Ahí.

La vibración atrae mi atención y me voy quedando atrás, relegada a las sombras y con un poco de privacidad dejo que la excitación tome el control:

Desconocido:

Sigue provocándome y no seré capaz de esperar a mañana. Tengo hambre.

—Se llama Tyler —musita Mónica sobre mi oreja, haciéndome saltar. No la creía tan cerca y, por su mirada, sé que tiene algo que ver en todo esto.

—Y lo sabes porque...

—Quizás haya hecho de celestina —admite, encogiéndose de hombros—. ¿Estoy a salvo de tu ira? —prosigue, mordiéndose el labio e inclinando la cabeza al descubrir un nuevo mensaje parpadeando entre mis dedos.

—Todavía no lo tengo muy claro... —comento, más centrada en encontrar algo ingenioso que replicar.

—El chaval parecía realmente interesado y...

—Mmm... Sí... Un pesado de campeonato —chisto sin prestarle atención.

«Tyler... Tyler...», repito al tiempo que modifico el contacto. Es extraño lo poderoso que puede ser un nombre y lo real que se vuelve todo.

Yo:

Sé lo que quiero y cuando, además, no sabía que ofrecíais comida a domicilio.

Tyler:

Solo para clientas VIP.

No es que sienta celos, solo una rabia homicida que me lleva a replicar con ganas de estrangularlo y escupiendo las palabras en voz alta al mismo tiempo.

Yo:

¿Hay más? No me hagas perder el tiempo.

Bloqueo el teléfono prometiéndome que no volveré a mirar, que no importa lo que diga, no dejaré que juegue conmigo o se justifique. No volverá a suceder, no dejaré que...

Tyler:

¿No quieres compartirme? Creí que no te interesaba en absoluto.

—¡Ah! —aúllo a la luna y golpeando ambos lados de mi cuerpo en un arranque—. ¿Dónde está ese imbécil? ¡Tímbrale de una puñetera vez que este no sale de aquí caminando!

—¿Pasó algo? —pregunta Tessa con suavidad.

—Nada importante. Solo otro hombre tratando de hacerse el gracioso.

Capítulo 9

Mónica



Pasaré por alto que aporreó el telefonillo hasta que una voz adormilada respondió. Ignoraré que pateó la puerta del portal frustrada hasta que casi se rompe la uña del dedo gordo y también que un par de ventanas se abrieron para cagarse en nuestros antepasados...

Finalmente, un hombre en bata y despeinado hace acto de aparición, suspirando con resignación de forma que quede clara su posición.

—¿Es este? —tartamudea Anita, inclinándose sobre él para echarle un vistazo más a fondo. Se acerca tanto que podría hacerle una inspección de cavidades—. Sí, este es el gilipollas.

—¿Ana? Estas no son horas. ¿Pasó algo? —Su voz neutra y postura me recuerda a esos profesores que se subían los calcetines hasta las tetas e iban tan repeinados que parecía que llevaban una peluca.

—Pasó que dimito. ¡Soy libre! ¿Me oyes? ¡Libre!

—Sería difícil no oírte —suspira el Gilipollas, lanzándole una mirada aburrida—. Mejor hablamos cuando estés sobria.

—¿Ahora me llamas borracha, pedazo de impresentable? He aguantado tus —con ese tus le clava el dedo en el pecho de tal forma que sería menos dolorosa una puñalada— mamonadas demasiado tiempo. ¿De verdad crees que eres gracioso?

—Estás yendo demasiado lejos.

—Déjala hablar —exijo, cruzando los brazos a modo de aviso—. Tampoco tienes mucho que hacer, creo que ya te has desvelado —ironizo.

—Aquí tengo la carta, bueno cartas... trozos de cartas... ¿he perdido una? Tengo fotos. ¿Te sirven las fotos? —va soltando a servilletas a su alrededor sin control al tiempo que rebusca en los bolsillos de su abrigo—. ¡Bah! No importa, siempre puedo resumírtelo.

—Que sea rápido.

—¿Ahora tienes prisa? —Esa bruma que la vuelve imprudente y despistada se evapora, puedo ver cómo la lucidez regresa a ella y se cuadra—. Cierto, siempre la tienes cuando alguien te necesita. Solo aquello que te beneficie directamente es digno de tu tiempo. ¿Cuántos fueron rechazados por no poseer suficiente prestigio o solvencia para ser valedores de tu tiempo?

—Si tienes alguna queja dirígela a recursos humanos. ¿Algo más?

—¡Deja de actuar como si nada de lo que dijera tuviera valor! —exclama, empujándole con ganas de que él dé el primer golpe. Sarina la toma del brazo y la hace retroceder, yo opto por alzar el palo y tomar el mando:

—Capullo, tienes dos opciones: La primera es que te comportes como un caballero y finjas tener algo de cerebro, la segunda que te obligue. Te aseguro que esa no te gustará tanto. ¿Y bien? —Bateo el aire con soltura.

—¿Estáis todas drogadas? No quiero tener que llamar a la policía, largaos de una vez —nos amenaza.

—Hazlo. A ti solo se te pone dura cuando jodes a alguien. Venga, hazlo. Estoy más que preparada para que todas salgamos indemnes. Tú, por el contrario, eres una jodida rémora que solo sobrevive con las sobras de los demás. Te agarras a alguien y lo desangras, fingiendo ser su amigo para destruirlo despacio —comenta Anita, alzando la voz y serenándose paulatinamente. Se detiene y alza el rostro, sonriendo de pronto—. Tan despacio que ni se percatan. Dime, ¿nunca te cansas?

—¿De incompetentes? Soy un buen tío, Ana. Yo no tengo la culpa de que no seas capaz...

—¿Alguna vez has tenido la culpa de algo? ¿Sabes lo que es tomar la responsabilidad de tus actos? No, siempre que algo falla echas balones fuera —se gira y nos mira, con la mandíbula desencajada—. Nunca compartirías una victoria pues nunca darás más de lo imprescindible porque tienes miedo.

—Algunos no somos tan buenos como nos gustaría...

Aprieto el bate improvisado y doy un paso, pero Anita se interpone y suspira con auténtica satisfacción:

—No deberías hablar de ti mismo en tercera persona, pensarán que has perdido las pocas neuronas con las que contabas —se estira la chaqueta y recoloca los mechones de pelo suelto.

—Dejémoslo —se da la vuelta, Ana retrocede y asiente, yo no estoy por la labor. ¿Desde cuándo se permite a un tipo como ese que diga la última palabra?

—Por favor... Espera un momento... —suplico, corriendo y colocando al bate ante él a modo de barrera.

—¿Ahora me daréis una paliza?

—Si es necesario...

—¡Mónica! —exclama Sarina, tirando de mi chaqueta.

—¿Qué! ¿De verdad dejaremos que ese impresentable se largue creyéndose el vencedor? Alguien tiene que darle una lección de humildad —rumio, aprovechando que Ana está a mi vera para dejar un sonoro beso en su mejilla—. Quizás así aprenda a tratar a...

—No podemos...

—A mí no me parece tan mal darle un pequeño susto —interviene Tessa, dejando a Sara completamente sola actuando como la voz de la razón.

—¿Estáis locas?

—No digo que vaya a darle con el palo —me defiendo, estirando demasiado las palabras—. Solo... que podíamos permitir que Anita le diera un pequeño puñetazo. ¡Eh! ¿Qué haces con el teléfono?

—Detener esta locura antes de que vaya demasiado lejos —suelta paternalista el tipejo.

Las sirenas brillan a lo lejos. ¿Cómo han podido llegar tan rápido? Alzo la cabeza y descubro que hay más de un abonado al espectáculo.

—¿Tratamos de huir? —sugiero, encogiéndome de hombros y dándole un pequeño golpe en el culo al mamonazo. Si debo cumplir condena, ¿por qué no cometer el delito del que se me acuse?

—Ana, aprovecha antes de que la cucaracha esconda la cabecita.

—No importa. Míralo. Ni siquiera se atreve a mirarme —comenta, encogiéndose de hombros e ignorándole—. Ahora me pregunto cómo permití que tan poquita cosa me importara.

—¡Menos mal que has visto la luz! —exclama Tessa, acercándose y envolviendo sus hombros.

—Pagarás por esto —asegura el hombrecillo.

—¿Por qué pagará exactamente? —sisea Sarina que, si bien es la más sensata y tranquila, parece tener las emociones a flor de piel y opta por abofetearlo directamente. Yo misma tengo que sujetarla para impedir que lo zarandee cual muñeco de trapo.

—¿No dijiste que no deberíamos llegar a las manos? Sería más útil que nos largásemos —comento.

—Sí, creo que lo oímos todas. ¿Pretendías divertirte tu sola? —la acusa Tessa, lanzándose sobre él.

—Menudo bolsazo le ha arreado. ¿Se dirá así? —comenta Ana con una medio sonrisa.

—Creo que le ha hecho girar como a una peonza —corroboro. Lo más sorprendente es que pocas veces he visto correr a un poli, bueno, si no contamos en las películas y esos dos se acercan esprintando.

—Si nos derriban y me joden la ropa les pongo una demanda —musita Ana, con más miedo a las consecuencias de lo que quiere aparentar.

—¿No te suenan de nada? —pregunta Sarina con sorna, yo misma me froto los ojos incapaz de creer lo que veo.

—¿Casualidad? —se une Tessa.

—Volvemos a vernos —comenta un dios hecho hombre y con uniforme de poli. La forma en la que acaricia las esposas me zarandea de pies a cabeza, también ayuda que me observa como si me desnudase y recorre mi cuerpo de pies a cabeza.

—Desgraciadamente —jadeo, tendiéndole las muñecas.

—Varios vecinos han llamado quejándose de un grupo de mujeres que amenazaban con apalear a un pobre hombre —comenta el rubio, dirigiéndose a Ana directamente.

Dejo caer el bate improvisado al momento, Tomy alza una ceja y me interroga con la mirada.

—Claramente sois inocentes y no es más que un malentendido, ¿no? —sugiere Tomy,

aproximándose a mi persona—. ¿Puedo registrarte o debo llamar a una agente femenina?

—Busca lo que quieras —escupo, con gran dificultad. Me cuesta pensar o respirar, su cercanía me embriaga de una forma completamente diferente. La tensión entre ambos crece tan pronto coloca sus manos en mis caderas y, con pequeños golpecitos, comienza a tantear mis piernas.

Juraría que se aproxima más de lo necesario, también que sus dedos han comenzado a acariciarme a medida que ascienden. Sus ojos se clavan en los míos con intensidad mientras se alza y pasa las manos por mi cintura.

—Perfecto.

—Te dije que no llevaba nada —suspiro.

—No me refería a eso —asegura, sonriéndome de tal forma que se me olvida dónde estoy. Aprovecha que su compañero está demasiado ocupado con mis amigas para susurrar sobre mi oído—: ¿Tantas ganas tienes de portarte mal?

—¿Por qué tengo la impresión de que te encantaría?

Da un paso hacia atrás y se encoje de hombros, procediendo a escanear mi cuerpo descaradamente. Se detiene un par de segundos más en mis pechos y vuelve a tomar la palabra:

—No sería un mal plan —suspira, recuperando esa mueca de indiferencia que tan bien le queda. Sus gestos se vuelven más calmados y despreocupados, casi dejados—. Desgraciadamente no puedo dejarte ir sin más.

—Menuda putada —confirmo a la espera de por dónde va.

—Agresión, es un delito grave. Frank, ¿qué deberíamos hacer con ellas? —inquire, alzando la voz, aunque sin dejar de mirarme en ningún momento. Ese ellas es un «contigo» en toda regla.

—¿Una noche en la celda? —sugiere este.

—¿Qué! ¿Estáis locos? Ese imbécil se lo merecía —vocifero, complacida cuando Sarina no tarda en unírseme.

—Suerte tiene de haber salido caminando.

—Sorprendente. ¿Nos detienen sin más? ¿Y él? ¿Qué clase de pesquitas han realizado para poder afirmar que no nos defendíamos o existían motivos fundados? —empieza Ana, señalando la puerta del portal. Juraría que le importa una mierda lo de la celda, es más, juraría que la idea de que el tipejo ese le acompañe acaba de alegrarle la noche.

—Cierto. Quizás lo mejor sería que, o fuéramos todos, o no fuese nadie. Aunque... —me quedo en silencio y gruño con gran placer—: Nadie sabe lo que podría ocurrir, ¿verdad, chicas? —remato, imitándole.

—¿Me estás retando? —pregunta Tomy, posando la mano en la cacha de su pistola inconscientemente.

—Siempre.

—Así me gusta. Odiaría que, ahora, te amedrentases.

—Yo muero matando, Tomy —su nombre suena muy porno pronunciado de esta forma. Es más, toda yo me siento sucia, muy muy sucia.

—¿Y si las acompañamos a casa? —sugiere Tomy—. Puedes ir en su coche y yo te recojo. Yo acerco a esta y a...

—Tessa vive cerca —propongo feliz.

—Tessa, para evitar que se metan en más líos.

—No sé si... —suelta Frank renuente.

—Venga, estamos a punto de terminar el turno. ¿De verdad quieres tener que cubrir mil mierdas por semejante tontería? —argumenta mi chico.

El rubio se acerca y le mira arrugando el ceño, escupiendo algo molesto y no demasiado bajo:

—Deberías haberlo pensado antes de interceptar el aviso.

Las pupilas de Tomy regresando a mí.

—Conocía a las implicadas —comenta, dirigiendo cada sílaba a la menda.

Capítulo 10

Tessa



Puedo decir que ya tengo una cosa menos que hacer antes de morir.

Vale, un coche de policía es igual que otro vehículo, si no tenemos en cuenta que no puedo salir si así lo deseo, algo que me vuelve, repentinamente, claustrofóbica.

—Debo preguntar, ¿por qué a mí no se me ha cacheado? Yo también pago mis impuestos —comento gruñona, más que enfadada con el mundo.

—Eso, grandullón. ¿Por qué ella se ha librado? —me secunda Mónica.

Los ojos del espejo retrovisor me ignoran, juraría que la está regañando en silencio.

—Estamos a dos calles, ¿os la queréis seguir jugando? —chista este.

—Yo sí.

—Y yo —levanto la mano.

—Venga, cuéntenos por qué ella se ha librado de tan fantástica inspección de cavidades... —

ronronea Mónica con descaro.

—No hemos llegado tan lejos —asegura el poli.

—Todavía —remarca mi descarada amiga.

—Si queréis montároslo al menos esperad a que me haya largado. Algunas tenemos hambre, ¿lo sabías? —protesto.

—Cierto, tengo mucha hambre... —canturrea Mónica que, apostaría, no ha escuchado ni una sola palabra.

Si no fuera que debe bajarse a abrirme ni siquiera habrían reparado en mi existencia y eso me cabrea porque yo también quiero ser el plato principal y el postre de alguien.

«¿De alguien? A ti el armario empotrado te ha dejado con ganas de más», rebate mi maquiavélica mente.

Y aquí, ante mi portal, es que recuerdo tan enigmáticas palabras: mira en el bolsillo pequeño. ¿A qué bolsillo se refiere?

A golpes y con impaciencia, trato de averiguar qué quería decir hasta que algo duro choca contra mis dedos.

—¿Le he sisado el bolso a alguien? —Pero, tras revisar, parece el mío. ¿Entonces?

Varias llamadas perdidas y media docena de wasaps brillan en la pantalla, justo en ese momento alguien vuelve a probar suerte y no tardo en responder.

—Prueba con una G —sugiere una voz masculina nada más acercó el oído. Cada diminuta partícula de mi ser vibra.

—¿Para qué?

—Desbloquearlo. Fue lo que se me ocurrió, ¿no te parece original? Tienes toda mi vida en tus manos.

—¿Estás loco? ¿A qué te refieres? —«Es él, tiene que serlo... Dios...»

—Ahora estás obligada a hacer lo correcto, ¿no crees? —se ríe y el sonido me alegra por dentro, encendiendo la luz y devolviéndole el color a mi oscura realidad. Suspiro y el gran peso que llevo a la espalda se va haciendo soportable.

—¿Y eso es?

—Quedar para devolvérmelo. Si le vuelvo a pedir el teléfono a Carlos me arranca la cabeza. Asegura que no volveré a verte, ni a ti ni a mi preciado e incalculable teléfono.

—Guau —bufó, necesitando quitarme varias capas de ropa y recuperando libertad de movimientos. Casi en busca de algún lugar seguro, corro a mi departamento mientras encuentro una respuesta que le impida colgar—. ¿Qué obtendré a cambio?

—¿Qué quieres?

—Muchas cosas. —Esa es la respuesta fácil, la que acude a la boca y suena bien, aceptable incluso. ¿Cómo pedirle que me mire como si no creyera que soy real? ¿Qué sentido tiene sugerirle que me bese sin intención de detenerse? ¿Qué valor posee una caricia que tuvo que ser reclamada? Debería dejar de leer tanto y de idealizar el amor: a esos hombres que pelearían hasta la muerte por ti, pues solo una mujer puede robarles el alma y el resto son meros sustitutos. Yo quiero ser esa mujer para alguien y que ese alguien me haga temblar las piernas. Vale, eso sería ir demasiado lejos y me conformaré con el «muchas cosas» de toda la vida.

—Podría darte de beber. En el local no te trataron muy bien, ¿te apetecen unos chupitos y una buena conversación?

—¿Nada más? Supongo que podría conformarme.

—Una chica con las ideas claras, me gusta. ¿Me pasas tu dirección?

—¿Y si eres uno de esos psicópatas que quieren abusar de una chica hermosa? ¿Qué dirían de mí

sí, al defenderme, me viera obligada a trocear tu cuerpo y deshacerme de las pruebas? En defensa propia, por supuesto. —¿Qué coño estoy soltando? Una persona cabal saldría por patas por mucho menos...

—Si alguien tratase de joderte a la fuerza, merecido se lo tiene.

—Estás peor que yo —comento, comprendiendo que la opción de negarme nunca fue viable. Es algo que no recomendaría que nadie hiciera, es peligroso, inconsciente y la receta perfecta para cagarla, sin embargo...

—Te la mando a este mismo número. Si en quince minutos no llegaste, me voy a la cama —le amenazo—. Sola.

—Estaré en diez.

Lo peor que alguien puede tener en momentos como estos es tiempo para pensar. Lo que me lleva a que tengo que cambiar las toallas, guardar la cámara de fotos buena, que no es que sea desconfiada, pero es muy cara. Colocar un par de cuadros, esconder algún que otro papel...

Ojalá pudiera decir que no me ilusiono, que sé que solo es una aventura que, de salir bien, recordaré cuando sea viejecita y no pueda moverme, pero soy y siempre seré una romántica que se aferra al: y sí...

Quizás algún día me dé por vencida, no será hoy, no será esta noche en la que siento, bajo la piel, que todo es posible.

El timbre suena y debo aferrarme al sofá para no caer. Con un nudo en el estómago y las manos sudorosas corro a abrirle, recordándome que soy fuerte y lo suficientemente experimentada para no dudar de mis habilidades.

¿Habilidades? ¿En qué cojones estás pensando?

Como prometió aparece, vestido con unos jeans rotos y una chupa de cuero que le da un aspecto salvaje que me flipa. En su mano derecha una botella de ron, en la izquierda dos chupitos. Abro todavía más la puerta y le dejo entrar en mis dominios, en el único lugar donde mis deseos son ley.

—¿Tienes algo para mí, preciosa?

¿Es que esa frase va unida al cromosoma Y o algo así?

No obstante, me encanta la forma en la que lo dice, el tono, la expresión, el hecho de que parezca que va a montarme contra la pared en cualquier momento...

—No sé de qué hablas...

—¿Tendré que encontrarlo yo? Mmm... —gruñe, pasándose la lengua por los labios mientras inclina la cabeza—. ¡No importa! —exclama de golpe, rompiendo la tensión y dejando las cosas sobre la mesita— Tenemos tiempo. ¿Te apetece jugar un poco?

—¿Qué haces?

—Quitarme la camiseta —suelta como si nada—. ¿Cómo sino vas a beber?

—Me he perdido algo. ¿Por los chupitos? No digo que no me interese, pero no voy a montármelo así contigo.

Ni siquiera yo sé a qué me refiero con ese «así».

—Los vasos son para mí —me explica como si fuera cortita. Los abdominales que quedan al descubierto, al igual que el pequeño tatuaje de un lobo sobre la cadera, han enviado gran parte de la sangre a mi entrepierna. El tirón doloroso que siento en la vagina es buena prueba de ello—. Tú beberás de mí. ¿No lo has probado?

Niego en silencio.

»Pues es de lo más divertido. Aunque, si no te parece bien... —Tensa los músculos de tal forma que no puedo evitar perderme en el dibujo de una hermosa ninfa que descansa sobre su pectoral

y, cuyas alas, se entrelazan rumbo al cuello.

—No, no he dicho eso. Solo que no me lo esperaba —refunfuño, avergonzada por esa ingenuidad que me representa. Yo no soy así, soy salvaje, pasional, a... ¿Por qué ahora se desabrocha el pantalón?— ¿Es necesario?

—Me dejaré la ropa interior. Es para no mancharme.

—Claro —sonríó tirante, sin creermelo ni una sola palabra. ¿Decirle algo? ¿Quién en su sano juicio querría que volviera a taparse?

—¿Lo hacemos en el suelo?

Boqueo y pienso, mil imágenes sucias acuden raudas a mi mente. Tardo varios segundos en procesar la ingente cantidad de información. Roberto acude antes a mi rescate al ver el cortocircuito que sus palabras provocan:

—¿Me tumbo ya y te dejo la botella o prefieres que también haga de camarero?

Su piel brilla, no sé si a causa del sudor o de cómo la luz índice sobre él. Me acerco al interruptor y dejo que la penumbra me vuelva valiente, devolviéndome la capacidad de tomar la iniciativa.

Me quito el jersey y suelto el aire, cada paso es una prueba en sí mismo mientras clava la mirada en mi cintura y asciende lentamente. Me devora y yo se lo permito, quizás con más miedo del que debería.

—Tienes un rostro angelical, ¿lo sabías?

Asiento y al bajar la cara el cabello me oculta, me quito los zapatos y los dejo olvidados a un lado.

—¿Te importa si yo también me pongo cómoda? —me falla la voz y termino con un gallo, lo ignoro y me arrodillo sobre sus caderas, una pierna a cada lado y yo alzada, dominando cada suspiro o palabra, cada movimiento.

—Como gustes.

—¿Ya hemos empezado? —pregunto sinuosa, hago el amago de bajar sobre su entrepierna sin llegar a rozarlo, consciente de cómo contiene el aire dentro de los pulmones hasta que comprende mi jugada y sonrío avergonzada.

Muchos creen que lo divertido es el sexo en sí mismos, eso es porque no han tensado la cuerda del deseo, cuando sabes que podrías saltar sobre alguien sin que este se negase, pero no deseas hacerlo, no todavía. Quieres estar tan húmeda que se resbale a tu interior llegado el momento, que te duela la piel solo con rozarla, que...

Toma mi mano y me guía hasta su pectoral derecho, acompañándome en una caricia que recorre su pecho y se desliza por su abdominales hasta llegar a la cinturilla de sus bóxers. Está tan pendiente de cada uno de mis gestos que cada diminuto movimiento importa.

Voy tomando la iniciativa y asciendo de nuevo, jugando a arañarle cuando aparta los dedos y soy libre.

—Se nota que te gusta el gimnasio —suelto por decir algo, ahogando la necesidad de rozarme para calmar el hambre que está despertando en mi interior.

Despacio, cuidando de no moverse mucho, toma la botella y derrama el dorado fluido por su abdomen. Yo misma temo mancharme, aunque descarto la idea con la misma rapidez con la que llega.

—Es hora de saciar tu sed...

Con cada palabra yo me inclino, con la mano izquierda apoyada en él y la derecha sujetándome el pelo, saco la lengua y tomo las gotitas despacio. Es amargo, aunque con un deje dulzón que no me desagrade. Me relamo sin alzarle y continuo, recorriendo cada pliegue, deteniéndome en el lunar y optando por dirigirme a los trazos del tatuaje, donde lo memorizo de tantas veces que lo

beso.

Durante una eternidad, él derrama el líquido y yo lo recojo, emborrachándome gota a gota, desligándome de quien soy para permitirme asaltar su boca en un beso que, si bien es inesperado para ambos, recibe agradecido.

Le muerdo y penetro con la lengua, le busco y recibo. Una danza húmeda que detiene el tiempo solo para nosotros, dejándonos volar y sentir las olas de deseo del otro.

Se contiene y yo hago lo propio, recordándome que soy fuerte y que, en ocasiones, postergar lo inevitable no hace más que elevarlo a su máxima exponencia.

Es aquí cuando me sujeta por las caderas y me alza, teniendo que ayudarle yo para ponerme en pie. Todavía sentado, y con la cabeza a la altura de mi entrepierna, me desabrocha el pantalón y comienza a deslizarlo por mis piernas. Su pesada respiración golpea la zona que, a pesar de la tela que todavía se interpone entre ambos, protesta por no ser atendida como corresponde.

Por un segundo me pregunto si estoy loca, si algo de esto es real o solo una más de las creaciones de mi mente. Pero le toco y está caliente y húmedo, sus manos me palpan con posesividad y, cuando caigo sobre su erección, él gruñe y arruga el ceño necesitado.

—Me estás matando.

Es el mejor de los elogios que me dedicaron nunca. Palabras sinceras y directas, crudas y tan afrodisíacas que mis paredes vaginales se contraen a modo de respuesta.

—¿Quieres que te diga cómo será? Por estrangulamiento —suspiro, continuando con su broma y dejando caer los párpados cuando me toma por el rostro y nos hace girar, dejándome bajo él.

Un ligero malestar me sobreviene, lo achaco al extremo calor que me envuelve y prosigo. Si de algo estoy segura es de que tendría que estar muriéndome para...

Me llevo las manos a la boca y contengo el aliento, controlada la pequeña arcada vuelvo a mirarle, con la horrible sensación de que algo va jodidamente mal. Tal vez el hecho de que mis entrañas alcen la voz y gruñan tiene algo que ver.

—No, dios... ¡Quita de ahí! —exclamo, empujándole con ambas manos y buscando salir por todos los medios.

¿Mi único pensamiento cuerdo? Llegar a tiempo al baño.

Aturdido, mi gladiador se deja apartar, quedando sentado sobre la tarima con cara de perro degollado y una erección del veinte.

¿Lo habéis pillado?

No tengo tiempo para gilipolleces, mis mejillas apenas conservan una gota de color mientras casi meto la cabeza en el retrete y dejo ir cuanto he comido. La sensación de malestar se intensifica y, cual gimnasta (y sin levantar el rostro) trato de cerrar la puerta con el pie.

—¿Estás bien?

¿En serio? ¿Es necesario preguntar? ¿No está viendo que estoy echando las tripas por la boca? Creo que ni siquiera puedo respirar...

—Ve...te... —¿Cuánto más pude haber tomado?

—Si puedo ayudarte en algo...

¿Por qué tiene que pasarme esto a mí? Quiero llorar, no tengo tiempo para eso, ni para nada. Busco las palabras y las voy soltando con coherencia:

—Quier...o estar... so... la.

—Déjame que te ayude.

Trata de tomar mi pelo y el manotazo que recibe por mi parte y sin mirar es digno de un karateka.

—Me... muer...o.

—Llamaré a una ambulancia.

—¡No!

Levanto la cara como puedo, debería limpiarme los labios. Estiro la mano y vuelvo a vomitar, girando justo a tiempo. Toda yo tiembla y creo que no será el único agujero que expulse cosas.

—¡Vete! —continúo berreando.

—Ya está en camino.

Si tuviera fuerzas le daría una paliza. ¿Tanto le cuesta dejar que me purgue en paz? A este no le vuelvo a ver en la vida y eso es... Cuando te sientes a punto de morir la verdad es que no te importa demasiado, sin embargo, sé que, dentro de un par de años, cuando pueda abrir la boca sin que salga nada por ella, estaré jodida por ello.

—Me... has enven...enado —logro escupir.

—Solo es alcohol. No sabía que te sentaría tan mal.

—¿Qué... me... h...dado?

—Ron y, bueno, también me he untado en aceite, pero eso no puede ser. Lo he usado decenas de veces y nunca pasó nada.

¿Aceite? Todas las alarmas se encienden. Si pudiera levantarme le patearía las pelotas de lo lindo. Tan grande y tan imbécil. ¿Y a mí? ¿No se me ocurrió preguntar con lo brillante que era don luciérnaga?

«Estar cachonda te agilipolla», canturrea la vocecita de mi cabeza.

—¿De qué? —Un descanso, sé que será corto y las nuevas olas serán mucho mucho peores, mas es un descanso y lo aprovecho como puedo.

—De oliva. No tenía a mano otro.

—¿Eres una puta ensalada o qué? —siseo, echando fuego por los ojos—. ¡Soy intolerante!

—¿Intolerante a qué? Me he perdido.

—¡Al ace...ite de oliva!

—Podrías habérmelo dicho...

—¿Para tomar unas copas? ¿Tú estás grillado o qué? Esta me la pagas —aseguro, dispuesta a vengarme una y mil veces. Quiero que sufra, que comprenda que ha de ser responsable y no poner en riesgo la salud de chicas inocentes.

Vale, quizás sea demasiado exagerado, aunque eso que me lo diga quien no haya sentido que la vida se le va por la boca o por el...

—Si no cierras ahora mismo la puerta te mando a un sicario —le amenazo, agradeciendo con el alma que me haga caso.

—Acaban de timbrar.

—Que me den cinco, no, diez minutos. Tú lárgate y déjalos a ellos, que estarán acostumbrados a ver cosas peores.

«¿Peores? Lo dudo mucho», prosigue el demonio en el que se ha convertido mi conciencia.

Más voces, alguien petando, el gladiador contándoles nuestro fantástico encuentro y ¡pidiéndoles perdón a ellos!

¡Este tío es gilipollas!

Petan y yo me arrastro a poner el pestillo, tardando quince minutos en convencerme para salir y solo cuando aseguran que el payaso se ha marchado. ¿Amor y otras gilipolleces? Si vuelvo a caer en esas mierdas que alguien me pegue un puto tiro.

Capítulo 11

Ana



Me dejan ante el portal y en lo último que pienso es en dormir. Necesito caminar, quemar esa energía oscura que recorre mi cuerpo y alimenta mi mente.

Me encanta salir de noche, cuando la ciudad duerme y, por unas horas, finge pertenecerme. Cada calle es un lugar extraño, lleno de pequeños detalles en los que, durante el día, no me he permitido fijarme.

Siempre con prisa, con algo en mente y el reloj en mi contra. No recuerdo la última vez que conté una de mis historias o bailé cual loca sin más música que la que suena en mi cabeza. Quizás porque he hecho eso que todos dicen que se debe hacer, crecer, y estoy cansada de ignorar a la niña que todavía habita en mí.

Sin saber cómo, termino ante la oficina, uno de esos lugares que, hasta que fui libre, me arrebatan el aire. Acaricio la puerta y me sorprende al ver que hay luz dentro. Dado que todavía

puedo, me decido a investigar, solo que en esta ocasión no soy yo, sino una detective demasiado curiosa.

El sonido del teléfono y el ordenador, los pasos lentos y cansados de alguien y una tos rasposa que tardo en reconocer.

—Diego, ¿qué haces un sábado aquí? —cuestiono, apoyándome en el marco y sonriéndole con complicidad. Lo más raro es que, en todo el tiempo que he trabajado aquí, rara vez hemos compartido más de dos palabras. ¿Lo más extraño? Que cada vez que le buscaba con la mirada, y no eran pocas veces, sus ojos siempre estaban en mí.

—Yo diría que ya es domingo —bufa cansado, removiéndose el pelo negro y apartando una carpeta de delante de malos modos—. La gente se jode la vida y pretenden que lo dejemos todo para ayudarlos.

—Qué egoístas —exclamo con más bien poca intención.

—¿Y tú?

—Estaba de paseo.

—Muy arreglada para estar de paseo, ¿has dormido algo?

Me aproximo y me inclino sobre la mesa, apoyando las manos en ella.

—No. No quiero dormir, quiero... —De golpe y porrazo, doy una vuelta sobre mí misma. Ya no me preocupa lo que piense, si me juzga o lo que puedan decir, ya no estaré aquí mañana, ni pasado, ni para el siguiente—. Quiero portarme mal. Diego, necesito portarme mal... —lloriqueo, casi suplicante, reconociendo el brillo oscuro de su mirada. Tras tantos meses presintiéndolo, me dejo llevar y rodeo el escritorio.

—Ana, deberías descansar. Si quieres podemos tomar algo en unas horas y hablar con calma —propone sensato, algo que me entenece pues, en cierta forma, trata de protegerme de mis propias decisiones.

—Si lo hiciera me acobardaría. No, Diego... —canturreo su nombre, convirtiéndolo en todo lo que necesito. Una palabra mágica que me permite volar, él mismo se convierte en una estatua cuando poso las manos en su camisa y tiro de su cuerpo hacia mí.

Aplasto mi boca contra la suya y me dejo caer en sus piernas, no es suficiente.

—¡Mierda! —me pongo en pie y trato de alejarme, me sorprende aferrándome la muñeca y devolviéndome a su regazo.

—¿Qué te pasa?

—Necesito sentir algo, sentirme viva. Intensidad, lo quiero todo.

—¿Por qué tengo la impresión de que hiciste algo que no me va a gustar? —prosigue, apartando varios mechones que se han desprendido del recogido y enmarcando mi rostro con su mano.

—Depende —comienzo cual niña chica que está a punto de confesar sus pecados, tomándome mi tiempo y volviendo a posar los dedos en sus hombros. Bajo tanta tela se esconde un hombre fibroso y calmado, alguien que me protege desde las sombras y que cree que no lo sé. Lo único que no comprendo es el motivo—. Dimití.

—No importa, eso se puede arreglar.

—No quiero arreglarlo —decirlo fue más fácil de lo que parecía, yo misma soy más liviana—. En el fondo no sé qué quiero, solo que no era esto.

Me abraza y la rabia me domina, sin comprender los motivos le empujo sin lograrlo, golpeándolo en el pecho sin que llegue a afectarle. Dejo que mil emociones salgan, detestándome por las ácidas lágrimas y escondiéndolas contra su hombro hasta que estoy más tranquila.

—¿Mejor? —suelta pasado un rato.

Asiento y me alejo, con los ojos bajos y tratando de esconderme. Me pongo en pie y despido, él

duda si soltar algo que pueda mejorar la situación, aunque agradezco que no lo haga. Llego hasta el pasillo y comprendo que es el final de una etapa y que, si algo aprendí, es lo que no quiero en mi vida.

Estoy a punto de dejarlo atrás cuando su mano en mi hombro me estremece. Pego un salto y me giro con rapidez, temblando de pies a cabeza.

—¿Estás sobria? —Su voz ronca, la forma en la que me cerca contra la pared, me lleva a perder el aliento.

—Ahora sí. Es que yo nunca bebo y las locas de mis amigas...

No tengo oportunidad de explicarme, no cuando salta sobre mis labios. Era eso, eso era lo que nos llevaba a buscarnos, mirarnos y guardar silencio. En una sala llena de gente de por medio, sus pupilas siempre acababan en mí y las mías preguntándome dónde se encontraba.

El contacto es salvaje, me muerde y le respondo. Busca subir mi falda y yo desabrochar sus pantalones. La necesidad, la rapidez, la forma en la que me sujeta, todo él es lo que necesito.

El olor a deseo de su boca cada vez que viene a mi encuentro. Los dedos agarrotados sobre mi piel, la forma en la que trata de desgarrar la ropa como si no pudiera pensar en otra cosa más que en poseerme; todo es tan perfecto y embriagador que olvido dónde nos hallamos.

Cuelo la mano entre el poco espacio que dejan nuestros cuerpos y le ayudo a colocarse el condón. La pared araña mi espalda, sus dientes se clavan en mi hombro cuando lo sujeto y guío. Él toma el control y me atraviesa de un empujón, deteniéndose y observándome con dulzura, en busca de algún tipo de señal que le permita continuar.

Es como un titán dispuesto a destruirme y un guardián que me impide caer. Un compañero y amigo, alguien a quien acudir y que me ayudará incluso cuando dude.

De pronto, recuerdo esos pequeños detalles que, el mismo caos en el que vivía, me impidió reconocer.

La vez que olvidé un informe y apareció en mi mesa con una nota. La ocasión en la que me tendió un aquarius en lugar de un café, la forma en la que me sonreía cuando el día se me torcía...

A pesar de todo esto, no estoy preparada para emociones, tengo el corazón blindado y lo único que le permito acariciar es mi clitoris inflamado mientras me penetra con virulencia. Desesperación y rabia es lo que obtiene por mi parte al tiempo que acudo a su encuentro, vergüenza por haber permitido que un tipejo me hiciera dudar de mí misma, de mi valor, convirtiéndome en un reflejo de quien soy en realidad.

Le beso mientras acelera, aferro su lengua entre mis dientes y sonrío poderosa al tiempo que noto cómo se expande, cómo su clímax se aproxima y yo misma me pierdo.

Le comprimo de tal forma que no puede soportar la tortura y me siento caer. Sus brazos me sujetan, me abrazan, me consuelan.

Sus labios se posan en mi frente con ternura, en una muestra de respeto que me lleva a detestarlo.

—Apártate. Me largo.

—¿No ha estado bien? —me pregunta orgulloso.

¿Bien? Me tiemblan las piernas.

—No se repetirá.

—¿Por qué? Ya no trabajamos juntos. ¿Cenamos?

—¿Estás sordo?

—Esta vez no te dejaré escapar —asegura, cercándome con los brazos contra la pared y bajando el rostro sobre mi boca. Es tan diferente al hombre que guardaba las distancias, que apenas compartía dos palabras y se retiraba, que siento que no le conozco.

—No quiero nada que provenga de este lugar.

—¿Me obligarás a dimitir a mí también? —Por la forma en la que lo dice, medio en broma medio en serio, no sé hasta qué punto implicarme en la respuesta.

—No me conoces. Yo no soy la tipa esa que aceptaba mierdas y...

—Lo sé. —Choca su nariz con la mía y juro que mi primer impulso es el de pegarle un cabezazo. ¿Por qué no me deja ir? ¿Tanto le costaría?

—Sigue sin interesarme —siseo con la boca pequeña.

—¿Recuerdas la mañana en la que te frustraste y, de pronto, ya no conseguías aparcar? —Asiento y él prosigue—: Te vi meterlo en lugares mucho más pequeños. —Alzo la ceja derecha insinuante ante el doble sentido. Diego besa mi mejilla con rapidez—. También me di cuenta de que, en esa ocasión, sólo necesitabas que alguien estuviera ahí echándote una mano.

—Y viniste. No lo recordaba.

—No importa cuánto tarde, te recordaré que no tienes por qué estar sola.

—Quiero vivir, sentir, no estar atrapada.

—No es esa mi intención.

—Nunca lo es —escupo cansada, terminando de adecentarme antes de pirarme. Es un lunático si cree que claudicaré. El mundo es mío, ¿por qué habría de conformarme con...?

«Un hombre que te elige entre cientos de personas sin importar que vayas despeinada o casi estampes el coche contra una farola aparcando», replica mi niña interior.

«Estaba nerviosa...»

«Te ha visto en tus peores momentos y sigue queriendo más, ¿si es masoquista qué te impide aprovecharte un poco? Folla bien».

—Más que bien...

¿Lo acabo de soltar en voz alta!

—Te llamo cuando estés más centrada —comenta al tiempo que me acompaña y me tiende la chaqueta.

—Creo que la mejor forma de empezar no es insultarme.

—Y yo que creía que te gustaba que te dieran duro...

—¡Suficiente! Me gustabas más callado.

—Entonces, ¿te gustaba?

—No sabía ni tu nombre —aseguro, sintiendo cómo el calor asciende por mi cuello y se asienta en mis mejillas.

—Mentirosa.

—¡Me largo!

—Buenas noches-días.

—¡Que te den!

—Ya lo has hecho tú y, por cierto, muy bien —suelta con descaro, cerrándome la puerta en las narices tan pronto me giro.

Vamos, me acaba de dejar con un palmo de narices y con ganas de mucho más. Es listo, eso tengo que reconocérselo, no obstante, ¡no permitiré que se meta en mi cabeza!

Puede que en mi entrepierna de vez en cuando...

¡No! ¡Me niego!

El debate va para largo, mejor me voy un ratito a la cama.

Capítulo 12

Sarina



Dormir es complicado si abres un ojo cada cinco minutos para revisar el teléfono.

Bufo y me revuelvo entre las sábanas, releo los wasaps que ya me mandó y escondo el infernal aparato bajo la almohada, fingiendo que tengo fuerza de voluntad suficiente para ignorarlo. ¿No va a dormir nunca? ¿Por qué tarda tanto en responder? No, tengo que hacerle sufrir, demostrarle quién tiene el poder.

Tyler

Ten cuidado. Si dejas abierta la ventana es posible que me cuele por ella.

Deberías dejar de tentarme, a este ritmo las pelotas se me van a gangrenar.

Yo

¿Y eso?

Que conste que, a estas alturas, de ingenua me queda poco. No obstante, incluso yo podía oír la entonación con la que lo leyó.

Tyler

¿De verdad quieres saberlo?

Yo

Por supuesto

Tyler

Por culpa de una ninfa con unas curvas de infarto, mi falo del amor lleva alzado desde hace horas. O esa ninfa me concede un descanso o tendrá que venir a solucionarlo.

Yo

¡Qué cruel criatura!

Y ahí nos quedamos hace ya cinco minutos. A este ritmo me va a dar algo, sin contar con las negras ojeras que tengo.

Me levanto para ir a mear, me bajo la braguita, me siento... ¡Alguien llama!

Con el culo al aire y alegrándome de que no haya testigos, aferro el celular y descuelgo. El jarro de agua fría es monumental:

—¿Ingresada? ¿Qué ha pasado? ¿Dónde? ¡Voy ahora mismo! —suelto a medida que proceso la información que la enfermera deja caer en mi agotado cerebro. El deseo muta con rapidez a auténtico pánico, la idea de que algo malo le sucediera a Tessa me deja sin aire, la última pregunta se atora en mi garganta y sale sin fuerza—: ¿Está bien?

Las lágrimas resbalan por mis mejillas al tiempo que la sensación de alivio me adormece, casi en trance abro un nuevo mensaje, tardando en reconocer el rostro que me observa al otro lado. Una foto de Tyler en la que alza una taza de café, una hora y un lugar.

Yo

Tengo que ir al hospital, hablamos en otro momento.

Tyler

¿Hospital? ¿Dónde estás ahora?

Yo

Mi amiga, no sé mucho. Tengo que irme.

Tyler

Dime dónde estás ahora mismo. Estaré contigo en diez minutos.

No necesito que nadie me sujete de la mano y me diga que todo estará bien, mas le mando mi ubicación. Me limpio las gafas y sonrío al espejo, repitiéndome una y mil veces que nada malo sucederá hoy, no lo permitiré.

¡Qué duro llamar a mis loquillas y ponerlas al corriente cuando yo misma temo lo que pueda encontrarme al llegar! Vale, es cierto que la chica dijo que Tessa estaba bien, no obstante, hasta que lo vea con mis propios ojos...

Incapaz de estar quieta, tomo el abrigo más grueso que tengo y me zambullo en él, precisando de

su abrazo y consuelo, de esa manta invisible que me protege del mundo. Tomo las escaleras y llego al portal sin ser consciente de haberme movido, tropezando en varias ocasiones, ni siquiera recuerdo cerrar la puerta.

Un coche se detiene y alguien baja corriendo, en un segundo me toma del brazo y tira de mí. Su colonia impregna mi nariz, mi mejilla descansa contra su corazón al tiempo que me sujeta con fuerza.

—¿Demasiado exagerado? —inquire, nervioso y en un patético intento de reírse de sí mismo.

Me encojo de hombros.

—Vámonos, ya perdí demasiado tiempo —gruño, alzando el rostro en su dirección.

—No podía dejar que fueras sola.

—No estaré sola —rebato, aunque me paraliza la caricia que desliza con mimo por mi mejilla y la forma en la que me observa. Sus dedos llegan hasta mis labios y traza el contorno por el pulgar, indeciso.

—Todavía tengo tu sabor en la punta de la lengua. ¿Está mal que no pueda pensar en otra cosa incluso cuando sé lo preocupada que estás?

—Es egoísta.

—Entonces, supongo que pensarías que soy el cabrón más grande del mundo si hiciera esto.

Se inclina y roza mi boca. Mis labios se abren solos y él aprovecha para colarse en el interior. Su lengua me busca, me reta, incrementando la presión, la necesidad. La ternura se mezcla con un deseo que no hizo más que crecer desde la última vez.

Los mensajes compartidos, las ganas de follar que imprimíamos en cada palabra, al igual que nuestras expectativas, están ahí, por más que tratemos de evitarlo.

Su mano sigue en mi rostro, la otra en mi cintura. Nunca he sido pequeña, es más, apenas me saca seis o siete centímetros, sin embargo, la forma en la que me trata me lleva a sentirme diminuta, delicada, frágil incluso.

Se separa tras una eternidad, nuestras bocas son reticentes y el frío de la ausencia me deja con una amarga sensación de soledad.

—Ahora podemos irnos —suelta sin más, yo parpadeo incrédula.

—No necesito tu permiso —rumio apartándole y sentándome de copiloto sin pedir permiso.

—No era eso, solo que...

En el fondo no me importa lo que salga en ese momento por su boca. Mi mente está dividida, me molesta cómo mi corazón tiende a revolucionarse solo con estar cerca de él, o recibir mensajes, o que me mire de esa forma...

¡Me desestabiliza!

No obstante, no tengo tiempo para amoríos banales hasta saber que mi loca está bien, aunque el tráfico a esta hora de la mañana sea desquiciante llegaré a toda costa.

Capítulo 13

Mónica



¿Cómo hemos acabado en su estudio? Fácil, tras recoger a su compañero y detenernos en comisaría, me preguntó si lo esperaba, al parecer solo tenía que entregar las llaves del coche y firmar no sé qué papeles... ¿Qué motivos podía tener para negarme? Sus ojos me recuerdan a los de un felino, un depredador peligroso al que no puedo, ni debo, subestimar...

—¿Quieres tomar algo? —me pregunta con esa sonrisa descarada que tanto me gusta al tiempo que se pasa la mano por el pelo. Ahora, sin el uniforme, el tatuaje que atisbo en su espalda atrapa mi atención una y otra y otra y otra vez, pues no dejo de preguntarme qué es lo que se esconde bajo la camisa.

—¿Una cerveza artesanal tienes? O vino sino...

—¡Tengo! Aunque es la última, ¿te importa si la compartimos?

Le acompaño a la cocina, aunque no es que tenga que recorrer un gran trayecto, y me apoyo en la

pequeña isla mientras le observo moverse. Sus antebrazos dorados, el pelo castaño lleno de reflejos, las manos fuertes y anchas... ¡Joder!

—Sé cuáles son tus intenciones —comento con desparpajo. Le guiño un ojo y oteo con descaro—. Bueno, yo y toda la ciudad.

—¿Tan obvio soy? —sonríe y toda esa aura de malote se evapora, dejando a un grandullón juguetón que se acerca a mí.

—Demasiado —coloco las manos en sus hombros para impedir que se pegue, robándome la facultad de pensar.

—¿Y tú? ¿Qué haces aquí?

—La noche es joven y soy un ave nocturna. Además, parece que no me diste opción. Me querías aquí y aquí estoy. ¿Qué va a hacer conmigo, señor agente? —canturreo con mi voz más seductora.

—Tengo un par de ideas en mente...

—¿Tienes música? —pregunto, cambiando radicalmente de tema y dirigiéndome al centro de la salita o salón. Es una puñetera caja de zapatos.

Giro sobre mí misma y bailo, aguardando a que se decida a poner una canción apropiada. El silencio se extiende demasiado y le miro, descubriéndole absorto en cada uno de mis movimientos.

—Tienes magia, ¿te lo dijeron alguna vez? —susurra con voz ronca, desabrochándose un par de botones de la camisa.

Niego despacio, disfrutando del poder que me otorga al desearme, al observarme como si se estuviera muriendo de sed y yo fuera lo único que puede saciarlo. La magia del momento chispea en cada poro de mi cuerpo, despertándome, azuzando cada diminuta sensación hasta desatar al huracán que soy yo misma.

—Mónica —lo suelta de tal forma que solo quiero suplicarle que vuelva a pronunciar mi nombre, que lo gruñe una y mil veces más—, podemos hacer lo que quieras después, pero por el amor de dios, dime que quieres que te folle porque estoy a punto de explotar.

—¿Tan rápido? —me burlo.

—También eres jodidamente mala. ¿Te gustaron las esposas?

¿Cómo han llegado a sus manos? Las alza para que las vea y le ofrezco las muñecas sumisa.

En cuestión de segundos ha llegado a mí, me gira y pega a la pared, me sujeta y esposa. Se nota la experiencia y es algo en lo que prefiero no ahondar, no cuando comienza a palpar mis pechos, cuando se inclina sobre mi cuerpo y lo besa y mordisquea.

Me retuerzo sinuosa contra él, rozo su erección con las nalgas y lo empujo, disfrutando de cómo se pega, apretando, comprimiéndome entre su duro cuerpo y el pladur.

No tiene forma de quitarme la camiseta con las esposas y cuela las manos por debajo de la ropa, esquivando incluso el sujetador. Sus dedos atrapan mis pezones y los retuercen, jugando con el dolor y el placer, dándome lo que quiero y arrebatándomelo de pronto.

La humedad se desliza entre mis piernas.

Gimo y protesto ante la forma en la que me sujeta. Me ha arrebatado el control por completo, reduciéndome a un cuerpo que él usa para satisfacerse. Solo que no piensa en metérmela o terminar rápido, sino que se ríe cual chacal y se retira.

—Gírate y mírame —ordena, arrodillándose ante mí, comenzando a quitarme la falda. La baja y pierdo la fuerza, la valentía, la capacidad de hablar. Sé lo que se propone, tengo vergüenza, miedo y tantas ganas que he empapado toda mi ropa.

—Eres perfecta —susurra, soplando sobre mis pelos púbicos y colando dos dedos entre los

labios que, sensibles, envían mil lenguas de fuego por mi ser.

Adelante y atrás, pronto mis caderas lo acompañan y no ha llegado a hacer nada, apenas una caricia y lo único que deseo es abrirme para él, suplicarle que me lo dé todo.

«No suplicaré, no, no lo haré», me digo, consciente desde el inicio de que es la mayor mentira de todas las que he podido contar.

«Si él te lo pide suplicarás, oh sí, suplicar suplicarás».

Se inclina y trato de retroceder, no tengo a dónde. Saca la lengua para que pueda verlo en todo momento y, con las pupilas sobre las mías, roza mi clítoris solo con la punta. Un toque, casi una advertencia de lo que está por venir.

Quiero llorar y gritar, estoy al borde de la locura.

—¿Tendré que acudir a otro aviso en tu auxilio?

—Dep... —Me arrebatan las palabras con un lengüetazo que profundiza con habilidad, serpenteando sobre mis pliegues—. Depende. ¿Quieres? —logro terminar, negándome a darle tanto poder.

«¿Ahora te haces la digna?», interviene la sucia pervertida que habita en mi interior.

Con el dedo corazón deslizándose en mi interior y trazando círculos demoníacos, su lengua aprovecha para marchar un ritmo completamente diferente. Uno que trato de seguir, de memorizar, y muta sin remedio. Cuando creo que podré soportarlo incrementa la presión, cuando estoy alcanzando la cima, se retira y sopla al tiempo que sonrío orgulloso.

—Es tor...tura.

—Gracias —replica satisfecho.

—Me las pagarás...

—Me encanta que las mujeres hagan tan sucias promesas. Dime, bombón, qué me harás.

—De todo... —El gemido reverbera por mi garganta a la vez que une un dedo más y me dilata con ambos.

—Describemelo.

—No puedo hablar...

—Describemelo o pararé —me amenaza y, por un segundo, le creo cuando me deja ir. Apenas logro mantenerme en pie, mis piernas se mecen tanto que podría acabar de culo en cualquier momento.

—Yo...

—Así me gusta.

En esta ocasión atrapa el clítoris entre los dientes, dos dedos se mueven, sus labios envuelven la zona, succiona y suelta, lame y muerde. Mi cabeza se retuerce, mis dedos se contraen ante la necesidad de aferrar su pelo, mis caderas acuden en su busca, rozándose contra su cara con auténtica desesperación.

No me importa nada más que mi orgasmo, uno brutal, uno que deje al resto por el suelo. Un clímax de película, de los que te dejan sin alma y con una sonrisa de tonta que no puedes con ella.

Eso es lo que quiero, lo que busco, en lo único que pienso. Incluso olvido su nombre, su cara, cómo le conocí, solo reconozco los dedos, la forma en la que su lengua traza una serie de letras sobre la zona, la...

—Sigue hablando —me regaña ante mi mutismo.

—Creo que voy a morir...

—Todavía no —asegura.

Todo mi ser arde, se me seca la boca, Tomy ha tomado el control y yo se lo cedo cada vez que le

apetezca. Me caigo y me sostiene, me dejo ir y él recoge con la lengua cada gloriosa contracción, negándose a alejarse cuando el placer deja mi piel tan sensible que se torna doloroso.

Me acompaña hasta que no puedo más, solo que, en el último espasmo, mi teléfono comienza a tronar.

—¿No lo coges? —pregunta Tomy tras dos llamadas.

—Aunque quisiera, que no quiero, no podría —mi excusa no sirve mucho más ya que me libera, la curiosidad me lleva a mirar la pantalla. El nombre de Sarina es clave para explicar por qué me decido a descolgar—. ¿Qué? ¿Dónde? ¿Por qué no me has avisado antes?

Silencio, dios, está realmente nerviosa...

»¿Que qué estaba haciendo? Nada, nada importante. Sí, bueno no, no he dormido mucho. No, no te preocupes, cogeré un taxi. Nos vemos ahora.

—¿Ahora? —pregunta remolón Tomy, mostrándome una ristra de condones y con una mirada lasciva inequívoca.

—Tengo que irme.

—¿En serio? ¿Te corres y te largas? Me siento... ¡utilizado!

—Tessa está en urgencias, tengo que irme.

—¿Tu amiga?

—Sí.

—Joder... te acompaño.

—Gracias por la oferta —ironizo, recuperando mi ropa e ignorando cómo las braguitas enfrían la zona—, no es necesario.

—Insisto. No quiero que te encuentres con otro que sepa usar las esposas mejor que yo. Algo me dice que tiendes a meterte en problemas.

—No lo sabes tú bien —respondo, observando de reojo a mi problema favorito.

Capítulo 14

Ana



Doy un rodeo y compro una napolitana. Me siento en el parque a comerla y disfruto de cómo el sol incide sobre mi piel. ¿Cuándo dejé de soñar? ¿Dónde están esas metas que de pequeña construí con tanto esmero?

«Dicen que el sexo es lo mejor que hay para la piel, normal que te sientas irresistible», ignoro mi propia reflexión, es más, la rebato:

«Lo último que quiero en este momento es a un hombre dando por culo».

«Pero folla bien...»

«Como mucho podría aceptarlo de chico pañuelo. Usar y tirar».

«Llámame guarra, pero ¿cuántas veces se pueden usar antes de tirarlos. ¿Se pueden reciclar?»

El ángel y el demonio de mi cabeza son ignorados por mi yo terrenal, una que comienza a reírse sola ante las atónitas miradas de los viandantes. Lo normal apesta, al igual que la

responsabilidad.

Me vibra el bolsillo, es hora de tomar el toro por los cuernos. Me niego a echarme atrás, a dejar que lo que otros consideran correcto defina mi existencia.

No es lo que me esperaba.

Diego

Te has dejado las llaves tiradas en mi oficina.

Me importa todo una mierda, tampoco tengo ganas de volver. Me recuesto sobre el banco y alzo el teléfono mientras escribo.

Yo

Quizás me mude. Quién sabe, tal vez no las necesite. ¿Crees que podría entrar por el agujero de la cerradura? Si fuera tan diminuta como un pulgar, como en el cuento, ¿sabes a cuál me refiero?

Mi mente divaga y no me importa, tampoco que ni yo logre comprender mis pensamientos. Lo que no espero es que me sigan en mi aventura, cual Alicia ante el sombrerero loco.

He perdido mucho tiempo subsistiendo, levantándome y lamiéndome las heridas, incluso compadeciéndome de mi situación como si yo no tuviera la forma de cambiarla. Ya no más, no lo permitiré.

Tirarme en paracaídas, hacer mortales, aprender a esquiar... Una lista entera acude a mi mente, inmensa y tan cerca...

¡Submarinismo! No puedo olvidarme de eso. Ver el arrecife de coral, aunque los tiburones me aterran creo que no hay por esa zona, ¿verdad? Bueno, algo a investigar más tarde.

Diego

¿Te mudaras a un calcetín? La verdad es que tenerte siempre en el bolsillo no me desagradaría. ¿Puedo acompañarte?

Puede que me haya sacado una sonrisa, no importa el motivo, simplemente acaba de ganarse un punto.

Yo

Si te ato una tela a la espalda y te tiro de un avión, ¿seguirías queriendo conocerme?

Diego

¿De verdad crees que lograrías subirme a un avión?

Yo

Ni siquiera te he invitado. Consuélate sabiendo que te guardaré como consolador en momentos de apuro. ¿No es lo que todos queréis?

Follar sin compromiso.

Sonríó a una señora y la ayudo a subir unas escaleras, ofreciéndole la mano. Tengo tiempo y me detengo a conversar con un viejo que lleva más de media hora sentado en un banco observando la vida pasar. Supongo que llega un momento en el que ya no te quedan, ni ganas ni fuerzas, para levantarte y vivir y te conformas con ser un mero espectador.

No quiero ser así, me niego a serlo.

Hace tanto tiempo que no conduzco que me decido a hacerlo. Abro el garaje, me subo al coche y tiemblo al dudar de si recuerdo qué pedal hace qué. Estúpido pues, tan pronto la llave gira, actúo por inercia.

Me dirijo hacia el este, quiero salir de la ciudad y ver algo de campo, quizás algún pequeño yacimiento o iglesia medio en ruinas. Comer en un restaurante pijo y caminar, vagar sin rumbo. No obstante, justo antes de salir, una pequeña pastelería llama mi atención. No es que me guste mucho el dulce, en realidad, a excepción del chocolate, lo odio. No obstante, ¡quiero bombones! ¡Ahí hay un sitio!

«Coñe, es demasiado estrecho...», me planteo la posibilidad de pasar de largo. No, puedo hacerlo. De lo que no estoy muy segura es de cuánto tardaré, la cantidad de ridículo que haré... Se me acelera el pulso.

Es entonces cuando todas las alarmas se encienden pues me percató que voy detrás de un coche patrulla, bueno, en medio. ¿Cómo es eso posible? De alguna forma he acabado entre dos coches de policía, con las luces encendidas y el que me sigue acaba de pitarme ansioso al ver mi patético intento de estacionar.

Sudo, pienso rápido, y desisto. Tengo que lograrlo, además, los de adelante han parado mal y no sé tampoco si podré pasar. Me arrimo como puedo a un lado y ahí colapso. El mundo juega en mi contra y me importan una mierda las putas consecuencias.

Apago el motor y me bajo, braceando como una loca para que me vean bien. La patrulla se detiene y descienden del vehículo, me armo de valor y suelto con desparpajo:

—¿Podrían aparcarlo por mí?

Tras el shock inicial y mirarse entre sí, uno de ellos se acerca y toma las llaves.

»Lo siento, ¡pero me han puesto muy nerviosa! Además, creo que en este estado podría armarla y tendrían que volver.

La agente femenina sonríe y asiente, demostrando que no solo es bonita, sino que tiene una voz preciosa:

—No te preocupes, para eso estamos.

—Es el efecto que causáis cuando vais de uniforme, ¿no? Ponéis nerviosa a la gente. —¿Estoy flirteando? No me gustan las tías, eso no me impide reconocer a una belleza y difuminar un poco mis límites. ¿A quién cojones le importa?

—Te sorprenderías —me toma del brazo para moverme, ya que estoy en medio de la calzada, y no cortar el tráfico. Por mi parte, lo único que noto son sus dedos en mi brazo y la forma en la que le brillan los ojos—. Tenemos historias de todo tipo.

—Has despertado mi curiosidad —suspiro, observando de reojo a su compañero y, por qué no decirlo, vigilando que no me ralle el coche.

Sonríe y descubro que me encanta que la gente sea feliz, ser la causante ilumina un poco más la mañana.

—Borrachos, ladrones que niegan que lo que le sacamos de los bolsillos estuviera ahí, pitonisas...

—Lo típico vamos —replico, acercándome más.

—¡Ya está! Toma las llaves —comenta el moreno.

—Gracias —respondo, aunque no llego a mirarlo—. Pensaréis que estoy pirada —me disculpo, ¿cuándo dejaré de hacerlo como si todo lo malo del mundo hubiera sido ocasionado por mi persona?—. Es solo que me temblaban las piernas y...

—No importa, de verdad. Lo preferimos a la gente que se lleva por delante una señal de tráfico

—asegura él.

Mi teléfono vibra y lo cojo por instinto, porque llevo años atendiéndolo a cualquier hora del día y de la noche, porque mi cerebro no puede ignorar la memoria muscular.

—¿Qué? ¿Dónde? —me falla la voz, ya no recuerdo cuánto hace que no duermo y eso está pasando factura a mis facultades mentales—. Voy ahora mismo.

—Tenemos que irnos. Nos han llamado de que alguien está dando problemas aquí al lado, en realidad por eso veníamos; nuestros compañeros necesitan refuerzos —explica ella, tras quedarse atrás solo por despedirse.

—Claro. Sí, no importa —suelto en trance.

—¿Estás bien?

—Sí, no, no sé. Solo me pregunto cómo lograré llegar al hospital.

—¿Al hospital? ¿Ha pasado algo? Si quieres puedo llevarte —se ofrece con ternura, acercándose y sujetándome, como si temiera que, en cualquier momento, pudiera venirme abajo y eso me desarma—. Seguro que pueden apañárselas sin mí.

Qué poquito hace falta para rozar mi corazón, o quizás he pasado por demasiadas mierdas y he aprendido a valorar los gestos.

—No es necesario. Ve, que te necesitan. Yo ya veré cómo salgo y vuelvo a aparcar —sonrío sin hacerlo, en el fondo no sé de dónde proviene esa tristeza que me ahoga, la sensación de que apenas me queda energía.

—Toma, este es mi número —suelta tras garabatear con rapidez en un trozo de papel—. Si necesitas algo avísame.

Observo el contacto con recelo y alzo los ojos, detestando a cada una de las personas que me hicieron dudar de la bondad humana.

—Katia... —musito mientras me sonrío.

«Es tan achuchable...» «¡Qué coño!»

Y lo hago porque me sale de los cojones, porque soy así y me gusta, porque dejaré que juzguen cuanto gusten mientras disfruto de cada bocanada de aire.

Salto sobre ella y la envuelvo en un abrazo que permite y se extiende dos o tres segundos, para retirarme y correr a esconderme en el coche, donde apoyo la cabeza en el volante y trato de recuperar el aire.

—Es hora de saltar al vacío sin red y es más aterrador de lo que parecía —le confieso a quien sea que está ahí arriba partiéndose el puto culo con nuestros devenires.

Capítulo 15

Tessa



Tras cuatro horas infernales y con la vía haciéndome daño, logro ponerme en pie y llego al servicio. Un lugar diminuto y de horribles baldosas blancas que vio tiempos mejores y me muestra a una mujer demacrada que poco puede arreglar lavándose la cara.

—Lo mataré —aseguro, solo recordar el malestar y los dolores, las náuseas y lo otro, me provoca escalofríos.

«Primero follar y luego las cuentas pendientes, nos lo debe», me recuerda mi libidinosa interior. Tiene toda la razón, ya puede hacerme el mejor cunnilingus del mundo y tener una polla enorme. Regreso a la cama justo a tiempo de ver cómo la puerta se abre y el vikingo de mis sueños, el ser creado para que peque una y mil veces, aparece triunfante.

—¿No está aquí? —pregunta, pasando los ojos por el lugar sin detenerse en mi persona de tal forma que el deseo que una vez sentí por su persona se transforma en desdén.

—¿A quién espera el señorito?

—Oh, perdona mis modales. ¿Cómo te encuentras? Ya he hablado con... —suelta, colocándose a mi vera e inclinándose ligeramente, al tiempo que aparta un par de mechones rebeldes que se han adherido a mi rostro.

Aprieto los labios y contengo el aire. Creo que tanto vómito y mierda han fulminado a todas las mariposas de mi estómago, pues me ha dejado tan fría como antes. O yo me estoy volviendo loca o mi cuerpo le odia pues, a pesar de tener a un dios vikingo al alcance de la mano, uno de carne y hueso dispuesto a follarme durante horas, siento tantas ganas como de tirarme de un puente.

¡Me niego!

—Si lo que quieres es disculparte hazlo con un buen beso.

—Esas cosas no me van. Deberíamos hablar y...

Un pellizquito de nada en el culo y el exagerado pega un salto de dos metros, retrocediendo como si le acabase de clavar un tenedor en un ojo. Su cara de susto es todo un poema, tengo que reconocerle que es un gran actor.

No, ahora no actuará como si todo fuera un malentendido, fruto de mi calenturienta imaginación.

¡Si me concentro todavía puedo sentir su erección frotándose contra mi coño!

—¡Lo que me faltaba! ¿De verdad pretendes fingirte gay? No, no es eso, soy yo —siseo, con ganas de echarme sobre él para asfixiarle con el cable de la vía—. Supongo que ya no te pone acostarte con la tía que, literalmente, se descompuso ante tus ojos.

—Si me dejases hablar...

—Ni siquiera pasamos de un restregón y acabo ingresada. ¡Podía hacer de figurante de «the walking dead» sin maquillaje! ¿Has sonreído? ¡¿Cómo te atreves?!

La rabia y la ira me dominan, llevándome a olvidar que estoy convaleciente y no debo ponerme en pie. Tampoco tengo en cuenta que esta puta bata de tela de araña se abre por detrás y deja muy poco, por no decir nada, a la imaginación.

—Tú eres un... —aseguro, clavándole el dedo en las costillas—. Pobrecito... Tan perfecto él tras darse una ducha y descansar algo. ¡Yo estaba al borde de la muerte! He llegado a ver la luz en el retrete al que abrazaba...

Me desinflo y él me sostiene, ayudándome a regresar a la cama.

»¡No me toques! ¡Yo puedo!

—Si te hicieras daño...

No le dejo continuar y lo sujeto de la camiseta, aplastando la boca contra la de él. Un beso insulso, sin alma, que no acompaña en ningún momento.

—¿Qué está pasando aquí?

—¿Cómo puedes hablar sin mover los labios? —inquiero tras separarme unos centímetros, para desistir y dejarme caer sobre la almohada.

—¿Y bien? —giro la cabeza y ahí me percato que estoy dormida. ¡Hay dos! Me froto los ojos y sonrío.

—¿Esto es una fantasía erótica? Si lo hubiera sabido la habría aprovechado mucho mejor. Joder, ¿de verdad es necesario que todavía me sienta como una mierda? —ronroneo, estirando la mano en dirección al recién llegado.

—¿Fantasía? —pregunta Roberto II, acudiendo a mi llamada y rozando mis dedos.

El calor asciende desde el lugar en el que nuestras pieles se tocan, devolviéndome esas emociones que tanto añoraba.

—¡Por fin! Creí que me había quedado sin lívido. Mi mente debe estar atrofiada tras tanta pota porque con él no sentía nada —suelto sincera, ¿por qué habría de mentirle a mi propio

subconsciente?

—¿Perdón? —exclama Roberto I.

—¿De verdad? —se interesa el segundo.

—Lo besé para comprobarlo, pero no sabe hacerlo. No mueve la lengua así, como jugando a atraparme —explico, de lo más descriptiva.

—¿Eso hago? Y dime, ¿te gusta? —ronronea satisfecho, olvidando que no estamos solos o que mi aliento debe ser asqueroso en ese momento. Quizás ese es el motivo para...

Me besa sin aviso, sin tregua. Me asalta y pierdo la capacidad de pensar, de respirar. Sus labios lo ocupan todo, encontrando mis debilidades y encendiendo cada centímetro de mi dermis. Me aferro a él húmeda, necesitada y sincera. Quiero que me posea, que me domine y que también sea tierno.

Lo quiero todo.

Su lengua busca la mía, envuelvo su cuello y tiro de él tratando de que cubra todo mi cuerpo.

¿Por qué coño tiene que haber ropa en una fantasía? ¡Qué resistente es la camiseta!

—¡Nosotras preocupadas y tú montándotelo en el hospital! —exclama Sarina, cruzada de brazos y sonriente.

—Tanto correr para nada —suspira Mónica, con el ceño mucho más fruncido que Sara.

—Yo traté de detenerlos, pero creo que mi hermano me daría una paliza antes de dejar que toque a su chica —comenta Roberto I.

¿Hermano? Las piezas comienzan a encajar al tiempo que la vergüenza tiñe mi rostro. Trato de esconderme tras la almohada, pero Roberto, el original, no lo permite.

—¿Y tú eres? —interviene Ana, estirando la espalda y preparada para la pelea.

—Oliver. Eso era lo que trataba de explicarte...

—Tío, ni la mires. ¿Gay? ¡Y un cojón! Bien que te dejabas... —le acusa Roberto.

—¿Y qué querías que hiciera? No quería lastimarla.

—¿No dejarte? Existen formas de evitarlo, ¿no crees? —ironiza Roberto.

Las chicas aprovechan para acercarse por el otro lado y besarme, al tiempo que se interesan por mi estado.

¿Por qué tengo la impresión de que esto dará para mucho más? Si os digo la verdad estoy agotada y necesitamos un tiempo a solas. Sí, sé que sois curiosas y queréis saber cómo es en la cama, más allá de estar para mojar pan.

Os toca joderos, yo sé bien de qué hablo, y esperar. ¿No queréis? Pues a otra cosa mariposa.

Voy a tratar de ponerme al día, estas locas todavía tienen muchas cosas que contar.

Sara

The sexy woman



Si no fuera por las piradas que tengo como amigas no tendría este cacao en la cabeza, que sí, que tengo paciencia, pero es que a veces dan ganas de colgarlas por los pies a ver si les entra algo de sangre en la sesera y no solo en sus...

Está bien dejarse llevar por las hormonas con 17, ¡pero no puedo justificar lo que hicimos con casi cuarenta! Que no es que yo me quite responsabilidad porque, disfrutar disfruté y vamos, que repetiría. ¡Sin embargo! Vale, quizás no se me ocurra nada que decir a mi favor ni cómo justificar mis acciones. Es que estaba para mojar pan... ¿sabéis hace cuánto no mojaba? Aunque Tessa también mojó y eso que es intolerante al aceite de oliva... ¡Y el otro todo embadurnado y brillando como una luciérnaga!

Si estas tres se enterasen de que os estoy contando esto me colgaban por los ovarios, ¿se lo vais a chivar?

¡Solo fue una noche loca! ¡Solo fue una noche loca! Va, ya dejo el móvil si, total, no me ha escrito desde ayer, ¿por qué iba a hacerlo ahora?

¡Ha sonado!

Un coscorrón nuevo tras saltar sobre la cama, resbalar y caer con los cuernos. ¿Lo peor? Era Mónica para informarme de que acaba de hacer una pizza y que nos invita a ponernos las botas.

¿Cómo negarme a eso?

Venga, ¡nos vemos más tarde!

Tessa

Teresín para quienes me aman-odian



Ya es la hora de hablar sobre lo que comenzó como una noche de fiesta. En el fondo sé que me voy esconder, pero no me importa. La realidad es que estoy cachonda y preocupada, que necesito volver a verle y que, sin embargo, temo estar yendo demasiado rápido.

A mi favor diré que está para mojar pan... Y eso que a mí me gustan bajitos y el tipo me saca cuarenta centímetros. Sin contar con la mierda de noche que me hizo pasar en nuestra primera cita de verdad. Cuando me dijo que bebiera de sus abdominales esperaba que el brillo de su piel se lo diera algún tipo de aceite de almendras, ¡no de oliva!

¡Los sudores y el mal rato no se los perdonaré nunca! Aunque el hecho de que hubiera dado la cara al día siguiente, puede, y solo puede, que le hiciera ganar un par de puntos.

Al final acabé tan mal que veía doble, al menos eso creí cuando, tras meterle la lengua a mi chico, apareció otro exactamente igual, solo que bastante molesto, por la puerta. Reconozco que

el beso no me supo a nada, aunque, ¿cómo sospechar que estaba metiéndole mano a un completo desconocido? ¡Yo y mi sexto sentido!

¿Todavía no lo sabías? ¡Mi chico tiene un gemelo! Vale, todavía no es mi chico, no obstante, si la negociación va bien esta noche no pienso salir de mi dormitorio en los próximos meses. ¡Es hora de quitarme las telarañas!

¡Al fin llegué! Antes de tiempo, como es común en mí. Un segundo más tarde ya estoy abrazada a Mónica en busca de consuelo (o algo de cordura).

—Se me hace extraño verte sin las esposas —susurro sobre su oído, ganándome un “suave” codazo.

—¿Cuáles? ¿Las del poli mandón?

—Sabes que estaba más que dispuesto a empotrarte —atajo, escondiendo el rostro en el arco de su cuello.

—Sabes que estaba más que dispuesto a empotrarte — me imita Mónica con voz de pollo, colándome una bolita de papel en el escote. Alzo los ojos al cielo en busca de paciencia y acepto el café que me ofrece, necesitando mucho más de un kilo de cafeína en el organismo. ¿Cuándo fue la última noche que la dormí de un tirón?— ¿Y tú? Porque mucho hablas, pero ese tío te ha revuelto algo por dentro, ¿no?

—¡Serás capulla! —exclamo, golpeándola en el hombro.

—¿Qué? ¿No es cierto?

—Parece más de lo que es. Si me lo follara una docena de veces, acabaría tan harta de él como del resto.

—¿Y por qué no lo haces?

—¿Y tú? ¿Qué coño haces aquí en lugar de esposada al cabecero de su cama?

Es ahí cuando percibo que no es tan inmune como quiere creer a las atenciones del chaval. En el fondo es una romántica, no obstante, la han jodido demasiado y confiar ya no le resulta tan sencillo.

Mónica alza los ojos y contiene el aliento, las palabras se mecen en la punta de su lengua sin que se atreva a pronunciarlas, masticándolas despacio antes de, finalmente, lanzarse:

—Ya no soy como antes. ¿Qué sucederá cuando el sexo deje de serlo todo y comprenda que no puede manejar a su antojo?

—¿A qué le tienes tanto miedo? —la espoleo, aguardando con paciencia a que deje ir el miedo. Sabe que estamos en un espacio seguro, eso no impide que sus inseguridades la bloqueen.

—Cederle el control en unos momentos de intimidad es una cosa... —suspira y reordena los pensamientos antes de continuar—: Me gusta y sé que le pongo a mil. Hasta ahí bien. No obstante, ¿qué pasa si no quiero ir más lejos?

—Tampoco es un mal lugar para quedarse, eh, ¿guarrona?

Se ríe y yo me doy por satisfecha, disfrutando de la luz que dulcifica sus rasgos.

—Descubrirá que no puede doblegarme, que las esposas solo las llevo entre las sábanas y empezarán los problemas. Es un tío acostumbrado a obtener lo que desea y yo también. ¿No ves el conflicto? No, desde luego que no quiero más.

Por la forma en la que se expresa ya está perdida, aunque todavía no quiera reconocerlo. Es extraño cómo el corazón se burla de la razón, comprometiendo nuestra integridad y obligándonos a enfrentarnos a lo impensable.

—Eres fuerte —le recuerdo— y no dejarás de serlo por permitirle entrar.

Asiente, no muy convencida.

»Quizás no lo comprendas, mas yo lo he visto. Ya no eres la misma y no volverás a caer, así

deba ser yo quien te recuerde que, con Mónica, no se juega. ¿Hay que patear traseros? Allí estaremos. ¿Asesinar? Tengo una pala en el maletero. Aunque he visto en Tik-Tok una sierra que nos ayudaría a cortarlo en trocitos más manejables... —medito en voz alta, perdiéndome en los cerros de Úbeda.

—¿Echarle cera en las pelotas?

—No fue tan grave como suena... —musito con una enorme sonrisa— Nadie se mete con mis niñas y ese gilipollas se lo pensará dos veces antes de engañar o amenazar a una mujer.

—¿De verdad lloraba?

—Primero que lo soltase, después que si la cera estaba demasiado caliente. ¿No te lo conté? Resulta que se le pegó uno de los huevos a la pierna y cada vez que se movía le daba un tirón considerable. Cuando lo dejé ir salió de la cama a saltitos, entre gemidos y con las manos en alto como si le estuviera encañonando, aunque creo que lo que temía era tocar el estropicio — describí a conciencia, solo para ella, solo por ella, solo porque necesitaba desconectar.

Doy un largo trago y aguardo a que se incline sobre el mesado, bajando el tono y convirtiéndolo en una confidencia.

»De la polla ni hablemos, esa se dio a la fuga y no sacó la cabeza ni para defender a sus compadres. Aunque bueno, seamos sinceras, el tipo muy dotado no era y, de tamaño, ni hablemos.

Le tapo la boca suplicando que contenga las carcajadas antes del toque final.

»Si... Shh, coñe —suplico, casi sin aire—. Lo vi... tan... Joder, me duele la barriga. ¡Calla o no sigo!

—¡La culpa es tuya!

—Venga... que sé que te gusta... —Una fuerte palmada y ella asiente, aunque una enorme lágrima recorre su mejilla y mantiene los labios firmemente apretados—. El caso es que lo vi tan indeciso que decidí llevar a cabo mi buena acción diaria y le ayudé.

—Mentira, casi le despellejas —me corrige bajito.

—¿Yo? Dicen que lo mejor es dejarse de mariconadas y dar un buen tirón.

—Bruta.

—¡Cómo corría cuando traté de coger el trozo de cera de la otra pierna! Daba saltitos con el culo al aire. En ese momento comprendí que debería haberle dado la vuelta antes de dar por concluida la tarea. Al final quedó lisito por delante y oso yogui por detrás...

—Gracias —suspira Mónica, limpiando la humedad de su rostro y recuperando la compostura, aunque noto que las dudas siguen ahí, torturándola.

¿Por qué es difícil saber lo que debemos hacer cuando están en juego nuestros sentimientos?

¡El timbre! ¡Nos vemos!

¿Final?

Y así llegamos al final de esta historia, ¿o puede que solo sea el principio? Ese momento mágico en el que dos personas empiezan a conocerse y todo es maravilloso. Dicen que las grandes historias de amor llegan inesperadamente, poniendo tu mundo patas arriba y esas piradas a las que, no solo adoro, sino que considero hermanas; pueden dar fe de ello.

¿Yo? ¡Por supuesto que no! ¡Nunca dejaría que un hombre como Diego, ni como ninguno, me cortase las alas! Al fin sé lo que quiero, o casi. ¡Me cago en...! Vale, quizás le desee, pero no dejaré que se meta en mi cabeza como les ha pasado a ellas.

¿Queréis saber más?

Acompañadnos en la complicada búsqueda del «felices para siempre» que todos añoran. Compartid nuestras locuras y miedos, dejad que sus peleas y reconciliaciones os muestren el cielo y el infierno y como, en ocasiones, la línea entre ambos es tan fina.

Lo único que no debéis hacer jamás es acobardaros, permitir que el miedo os bloquee y os impida tomar lo que queréis con ambas manos. Si de algo estoy segura es de que sois perfectas tal cual sois y que, si estáis con la persona correcta, sabrá valorarlo.

Por mi parte prometo bloquear los malos pensamientos y dejarme llevar. ¿No os lo conté? El innombrable se cree con derecho a darme órdenes y reaparecer en mi vida. Sí chicas sí, si es que tengo tanto que contaros...

¿Un resumen rápido? El tipejo ese cree que puede darme órdenes o aparecer sin previo aviso en mi vida. Bueno, quizás haya cometido algún error... Es posible que sepa hacer auténticas locuras con la lengua, no obstante, es negadísimo para mantener una conversación madura. (No como yo.)

¿Diego? Es mi constante incansable, quien trata de demoler, uno a uno, todos los muros que he erigido para mantenerme a salvo. En realidad, de los dos, es quien más miedo me da, pues podría destruirme.

Tengo que dejaros, si no les abro acabarán echando la puerta abajo.

Por cierto, si volvemos a vernos, sabréis de primera mano cómo le hice pagar, al innombrable, todas sus putadas, yo solo... Bueno, lo dicho, nos vemos en breve.

PD: No olvidéis compartir con nosotras vuestras impresiones y no nos dejéis solas en nuestra siguiente aventura.

Agradecimientos

Agradezco sinceramente que hayáis dedicado vuestro tiempo a leer mi libro. Vuestra contribución a la realización de mi sueño como escritora es invaluable. Sería de gran ayuda si pudierais compartir vuestra opinión y valoración, ya que me permitirá mejorar y crecer.

Además, me complace informaros que podéis encontrarme en Facebook como EscritoraARCid y en Instagram como a_r_cid. Estoy emocionada de conectar con vosotros y compartir nuestra pasión por la lectura.

Espero seguir creando historias cautivadoras para que disfrutéis de todos y cada uno mis futuros libros.